colección ANTARES

PLATA Y BRONCE

Fernando Chaves

LIBRESA

CAP. I

FRAGANCIAS DE IDILIO

Pensaba la longa con la cabeza entre las manos. Su amplio pecho se levantaba, a intervalos, arrastrando en su. movimiento a la camisa de lienzo blanquísimo y a las huallcas que adornaban el cuello turgente y moreno. La longa lloraba…

En vano su compañera se obstinaba en calmarla, La mimaba rudamente. Con sus toscas manos le alisaba la cabellera negrísima y pugnaba por descubrirle la cara para acariciarla,

Acabó por vencer el dolor.

Gemían las dos indias y sus entrecortados hipos llenaban el ambiente de la choza, que, alejada del camino, se erguía como tina pobre flor de vida, en la cima del tallo berroqueño fingido por el peñascal que caía a plomo sobre el cauce den. torrente.

Largo tiempo lloraron las dos indias abrumadas por su dolor oscuro y concentrado. Al' fin se serenaron.

Jóvenes eran y bellas, con esa belleza vergonzante, humildosa de las mujeres de su raza que ocultan de la Salacidad del blanco sus deslustrados encantos.

—Tía Manuela, no vais casa de patrón Raúl, indicó la que parecía mayor, la que consolaba. No vayás…

—Amu llamú tengo quir, contestó la Manueía, la longa que lloraba desde el amanecer sin que los mimos de la Marica la distrajeran de sus negros pensamientos.

—No vayas, amu Raúl ha de abusar. Malu, malu. Si estáis con blanco has de encalmar. Y si llega a saber tu longo, el Venancio, tu novio ….

Manuela comenzó a llorar de nuevo. Estrujaba nerviosamente entre sus manos, cuajadas de gruesas sortijas de metal amarillo con enormes piedras, el huso de sigse, que giraba desorientado con el hilo de lana parduzca hacía tiempo roto …. La longa suspiraba, entreabriendo la boca roja y pulposa y de sus ojos salía abundante vena de llanto que esmaltaba el cristal de la pupila con lánguido brillo. Corrían copiosas lágrimas: por las mejillas carnosas bañando el rostro de corrección hierática. Las manos rugosas, al enjugar las lágrimas, dejaban Huellas en la cara tersa de Manuela.

Habló la Marica:

—No llorís Manuela. Ojalá el niño no haga nada. Venancio no ha de saber.

Temblaba la Manuela en una ardorosa fusha interna.

Se puso en pie y salió del corredor de la choza, pajiza y miserable, a la especie de patiecillo que, frente a ella, se extendía mínimo, coquetón y limpio.

Se Apoyó en uno de los lecheros cercanos a la cabaña y continuó lamentándose .

Los rayos del sol recién nacido triscaban en las violentas laderas de las colinas. De la tierra parda se desprendían vaharadas de aliento tónico de bienestar. Las montañas enormes, de

cabezas albas y cuerpos violetas, aún no se libraban por completo de los tules vaporosos del amanecer que les formaban túnicas translúcidas.

Bueyes perezosos mugían mansamente tumbados sobre la tierra removida.

Mañana plácida de tranquilo encanto en que los campos despertaban vibrantes, trémulos, ansiosos de las caricias del hombre, que los destroza para fecundarlos, para encomendarles la vida.

Y en ese alegre orto de belleza optimista, las dos indias se afligían con desconsuelo intimo por un fatal suceso que se acercaba sin que ellas pudieran detenerlo. Morenas flores de tristeza se mustiaban presintiendo el huracán de lascivia que azotaría a la una inevitablemente. ¡Cómo resistir al mandato del blanco libidinoso que dejaba, con satánica desvergüenza, traslucir sus intenciones en la faunesca sonrisa que contrajo sus labios al ordenar:

—Manuela, mañana vendrás temprano! ¡Te necesito aquí en la hacienda!

Y comprendiendo que la resistencia era imposible, que Manuela después de pocos instantes debía ir a la hacienda a entregarse al patrón, las indias se desesperaban.

¿Qué podían hacer para quebrantar la férrea voluntad del amo? Tenían que resignarse y obedecerle con ese acatamiento ancestral, con esa abyecta sumisión al blanco impúdico y ambicioso que extendió sus dominios por codicia y prolongó sus vicios raciales por lujuria.

Eran las siete de la mañana ya.

Subía el sol brillante por las nubes azulosas y se tendía en lluvia de oro, deleitosamente, por los surcos brunos de la tierra feraz... Manuela seguía apoyada en el lechero llorando.

Se contraía su cuerpo-con estremecimientos angustiosos:

Bella silueta la de la longa.

Alta y fina, de prietas carnes morenas, se ceñía el talle mórbido con numerosas vueltas de la faja multicolor; cubría sus puros flancos de bronce con la camisa nívea de lienzo, que asomaba por-la abertura vertical del anaco de bayeta azul oscuro, que descendía dejando al descubierto el nacimiento de la pantorrilla firme y bien formada. — El busto erguido, poderoso, ostentaba el florecer pujante de las ocres magnolias de los senos, aprisionados por el buche de la camisa, bordado con hilo rojo. Sobre los: hombros se ufanaba la listada fachalina que ondeaba al viento frio de la serranía, revelando los brazos redondos y macizos. En el pecho túrgido y abovedado y las muñecas tostadas, esplendían hileras de coral falso y de vidrios polícromos.

Al llorar la india, con el rostro oculto entre las manos, parecía una exótica estatua del dolor, una cobriza Niobe virgen.

La Marica se acercó, y entre lágrimas y sollozos agudos, recordó a la Manuela su deber de ira la hacienda. Aquella se serenó. Dejó de llorar y su boca pequeña y de un rojo intenso de flor de guanto, se contrajo en la suprema mueca de la resinación ante lo irremediable. Se pasó por los ojos el borde de la fachalina, abrazó a la Marica y empezó. a caminar por el único sendero que llevaba de la choza al valle que abajo sonreía iluminado por el jubiloso sol mañanero. Anduvo largo: rato deteniéndose a trechos, obligada por la batalla interior que libraban su tosco amor, su afección pueril y completa por Venancio, y la obediencia al amo, esa obediencia ciega e insostenible que era como un legado de oprobio que los

padres trasmitían a los hijos en la sangre ruin y en el cerebro entumecido por una esclavitud de centurias.

La obediencia venció. ¿Cómo iba a sacudir la pobre longa ese secular marasmo de la volición que, abonado por el miedo y unas creencias supersticiosas, gravitaba sobre los débiles espíritus de su raza? Tenía que salir humillada y someterse. No era ella quien había de inicias la rebelión contra la casta odiada y abusiva, contra el español opresor y sensual que consideraba al indio sólo como animal de labor y placer.... Oh, no..., y seguía avanzando a la casa de la hacienda: que albeaba entre eucaliptos corpulentos, a la derecha del camine sombreado de higuerillas y por las hojas erectas, carnosas y ofensivas de la cabuya. La Manuela entró en el patio grande de la hacienda

El patrón Raúl estaba allí en traje de montar. y en mangas de camisa, probando un caballo que esa mañana llevaron a venderle.

Miró a la india con afectuoso desdén y le gritó. Manuela, anda no más a la cocina! ¡Busca que hacer!

Y volvió a entregarse a sus tareas con una fingida despreocupación. Probó el caballo, habló de las siembras próximas con los chagras sirvientes, impartió órdenes secas, concisas.

Joven, de distinguida familia, fue a matar sus ocios, y distraerse una temporada en la hacienda de sus padres. y, ¡cosa rara!, demostró excepcionales aptitudes para las labores agrícolas y un deseo de trabajo intenso, desconocidos entre los de su clase.

Musculoso, alto y audaz, ninguna faena campestre le fatigaba, ni hubo, aventura peligrosa que no acometiera con sonriente desenfado. Hermoso y cautivador, insinuante y generoso, sus conquistas amorosas se contaron por docenas en los pueblos cercanos. Creía él, en su juvenil y rozagante cinismo, que no existía fortaleza femenina que no se le franqueara, -y su animalidad plena y voluptuosa, pedía repetidas batallas de amor.

Las víctimas, claro está, fueron las flores autóctonas de sus dominios, las vírgenes indias de su hacienda. Todas caían ante su influjo de macho bello y por ese su heredado doblegamiento frente al blanco imperioso; y a los primeros requiebros, sentían; sin rechazar, en sus bocas sangrientas, las caricias cosquilleantes del bigotito rubio de Raúl.

Por eso, a éste le llamó la atención y le exasperó la resistencia de. la Manuela que se hacía la sorda a sus chicoleos y que respondía con el invariable: ¡Qué está pes el niñu! ¡Loco cro que haicho!, a sus frecuentes solicitaciones. Beldad: arisca, la. Manuela huía del joven y hasta esquivaba sus miradas, y, alguna vez que se dejaba sorprender por el amo, respondía. a sus preguntas con tan selvático rubor, .con tan. montañesa dignidad, que Raúl, a pesar de su bien probado desparpajo, vacilaba y no se atrevía a acercarse a la india, que, conocedora de su debilidad, oponía a la. desenvoltura del blanco una defensa pasiva, silenciosa y humilde.

Raúl no comprendía.

Nunca se había estrellado así su lasciva voluntad. Las indias eran rebeldes, pero siempre cayeron como bestezuelas mansas, asustadas, en sus manos ávidas de placer. Y la Manuela era la mejor longa de los contornos; una belleza morena y' provocativa, con unos ojos de: almendra, de mirar dulcísimo hasta cuando expresaban el rencor, la que así detenía a Raúl. El amo codiciaba a la Manuela. Esta casi despreciaba al patrón y desatendía sus febriles ruegos. Nila ambición: del dinero, el funesto señuelo que anula la voluntad de sus hermanas de raza pudo nada con ella.

Y era tan guapa la Manuela ... Con su airecillo tímido de virgen montaraz que ponía sobre sus encantos fecundos, tentadores, como un velo de rara santidad, aleo así como. el perfume soñado de una flor, hermosísima que no. es posible aprisionar, se tornaba más adorable,

Raúl se obstinó en vencerla.

La asediaba a todas horas. Ya eran las llamadas insistente a la casa de la hacienda en donde la Manuela servía con más frecuencia que las otras longas, y allí, en cada ocasión pretendió anudar pasajeras conversaciones con la india huraña que sólo contestaba a las galantes preguntas del niño con ásperos, silbantes monosílabos que lo desconcertaban. Siempre la Manuela procuraba huir, y huía, pese a las imposiciones de Raúl, en cuyo espíritu se alzaban indignados los recuerdos de sus triunfos anteriores y protestaba por esa derrota de su sensualidad.

Se iba la Manuela, y Raúl quedaba venteando como un animal febricitante el aroma cálido de esa flor de juventud y de belleza. La Manuela era una hermosa crátera que contenía bullicioso un vino fresco y tentador de vida; que los labios abrasados de Raúl anhelaban beber sin conseguirlo, y, nuevo Tántalo, el señorito se desesperaba.

La longa estaba en sus manos. ¿No se hicieron los indios para satisfacción de los caprichos de los blancos? Sólo porque una india era joven y linda, iba él a quedarse burlado? No. Antes por eso, Raúl creía un derecho suyo y nada más que suyo, saborear las delicias que la juventud lozana, vigorosa de Manuela prometía.

Una nueva víctima, qué más daba? Era india... Mejor! Después... le buscaría novio, y en persona sería el padrino.

Fácil hubiera sido para Raúl violentar a la Manuela, pero no lo quería. Por la defensa rústica y ardorosa que la india hacía de su persona, el amo la deseó más y sintió en su alma una especie de respeto, así como un reconocimiento del derecho de la longa a retirarse, y admiraba lejanamente su bravía dignidad de hembra integra en contraste con las urgencias del macho sensual que la buscaba sólo momentáneamente.

Raúl quería domeñarla por cariño. Ansiaba que la longa cediera a sus exigencias domada por sus palabras y sus ternezas. Y la mimaba y la obsequiaba.

Cuando iba a rodear las chagras, a vigilar las faenas, siempre se detenía en la choza del peñascal, en la del concierto Gregorio y jamás dejó de pregunta? por la Longa Manuela, y allí, cuando ella estaba sentía sed y pedía agua.

La longa ruborosa le servía en un mate que ella misma lavara con un ruido musical de las sortijas innumerables de sus dedos gordezuelos y rojizos. El patrón bebía el agua con placentera lentitud y siempre procuraba enhebrar la parla con la Manuela que, toda turbada, esperaba que el niñu desocupar a el mate.

Al despedirse Raúl anunciaba al oído de la longa: “Tengo unas huallcas, unos anillos, unos: aretes .... para ti”. Ella jamás contestó, nunca fue a recoger los obsequios, y no quiso recibirlos y los abandonaba si el patrón le ponía, a la fuerza, en las manos algo de lo ofrecido.

Y sin sentirlo, Raúl acosando a la longa con una pertinacia insólita y la Manuela resistiendo y despreciando al blanco tentador, llegaron a colocarse en una situación original.

Sin saberlo, sin analizarlo, con bruscas e importunas llamaradas, Raúl se dio cuenta de su amor a Manuela. Extraña mezcla, de amor sensual para las formas divinas e intactas de la longa, y veneración amorosa por su pudor desusado e invencible, por el recato tímido de la virgen indígena y bellísima que, al parecer, no se daba cuenta de la pasión que fomentaba con su rudo despego, con su montés desprecio, en el amo que sólo trataba de mancillarla.

Ya era así. Raúl no se lo explicaba. ¡Cómo! Un Covadonga enamorado, y de qué manera de una india zafia y brusca, sólo porque no cedía a sus requerimientos, únicamente porque no fue una conquista hecha... Pero, la verdad, Raúl amaba. a Manuela..

Cada vez encontraba más encantadoras sus huidas y la defensa terca que de su virginidad hacía la doncella perseguida.

La mansedumbre de la paloma. al evitar la garra mañosa del gavilán, la compasión de éste, y el alba, en su alma encallecida, de un sentimiento que pudiera llamarse amor a la paloma.... Bien raro era el fenómeno.

Raúl luchó por convencerse de que no estaba enamorado. No. No podía estarlo.

Pero si la Manuela le servía, él, sin saber cómo, se sumía en adoración respetuosa, a la distancia. Le deslumbraban sus, pies menudos de un rosa vivo, bien lavados, relucientes. y el erguirse prometedor de los senos duros tras la blanca barrera del lienzo púdico, y el dibujo de la cadera fuerte e impecable bajo el anaco azul que caía recto sobre las piernas rígidas, si la longa arqueaba el busto venusino en una inclinación para coger algo del suelo.

La india estaba tan cerca ... En la hacienda, nadie se inquietaría por unos gritos más... No era la primera vez... y sin embargo, Raúl vaciló. No pensó abusar. Su hirviente sangre que Je subía en oleadas turbadoras a la cara, cegándole, se neutralizaba con un sentimiento desacostumbrado pero incontrastable de respeto, disfrazado de extática contemplación de la belleza pura, radiante, prístina de la longa.

El galán fogoso y brutal, cuya voluntad erótica no reconocía, en ese su feudo, ningún valladar, se sintió subyugado, esclavo de la actitud tímida y pudorosa de la india.

Raúl se desconoció.

Deliraba en sueños; dirigía a la india ignorante finas cortesanías.

Comprendió lo absurdo de su situación, se río de ella; pero a pesar de su empeño no consiguió cambiarla.

Por el desierto de su vida sentimental que jamás culminara hasta allí—Raúl contaba veintidós años—en un grande, en un desbordante amor; desierto en el (que surgieron monótonos oasis de placer, refugios de la carne insatisfecha, y nunca nidos de sentimiento, vagaba aérea, inalcanzable la sombra de Manuela.- Si, era su talle mórbido y cimbreante, eran sus flancos redondos y elásticos, su seno abombado y palpitante, su sonrisa enigmática de fetiche, su mirada incierta que resbalaba sobre las cosas sin adherirse nunca, los que él veía en sus febriles sueños.

La longa aunque a veces juzgó que esa. silueta tenía el rostro de una chiquilla que, allá, en la ciudad ruidosa y lejana, en la vida loca de la capital, apresó fugazmente su pensar inquieto en la red de un flirt.

Otras veces, no alcanzó a precisarlo con claridad, ese adorado fantasma lucía una faz apacible que él miró en su vida de antes, en su vida de estudio y lectura, en un cuadro querido o en el poder maravilloso de las líneas descriptivas de su escritor dilecto.

No lo sabía. Pero siempre en esa figura obsesionante, había algo de ella, de la hembra primitiva que alentaba a su lado, allí cerca de él, al alcance de sus manos afiebradas y sólo protegida por su candor de animalito huaño.

El, Raúl de Covadonga, el tipo que estuvo de moda largo tiempo en la ciudad frívola y galante, enamorado como un patán de la hija del concierto Gregorio, y suspirando porque ella no percibía sus piropos ni entregaba la fortaleza blanca de su virtud al asedio criminal suyo, resultaba una historia vergonzosa.

La longa era atrayente. Flor sal aje de perfume embriagante de fuerza y castidad, estatua animada de línea perfecta; bocado exquisito para su refinado paladar de gourmet de los platos picantes de Afrodita, pidiendo estaba un admirador; pero amarla, con esa adoración respetuosa, con esa unciosa timidez con que él, el conquistador voluble, le amaba, convirtiéndola en una alta y seductora imagen, era un contrasentido tan grande, un despropósito que rayaba en locura.

Lo peor residía en que no pudo librarse del. conjuro. Cercana la india, indefensa, y sin embargo parecía lejana, poderosa.

En ese estado de triste indecisión, mejor era huir a la ciudad, anegarse en las aguas pútridas de sus amores fáciles, de sus francachelas costosas y dejar al lirio selvático, solo, intacto en sus riscos nativos. Olvidarse de él. Cuántas chicas superiores al lirio del monte, amas de la india grosera desfallecerían de amor en los brazos de Raúl. Había que alejarse.

Su razón se extraviaba.

Cómo dejar una flor del jardín del pecado, una rosa nueva que aromaba su aire, su aliento y que Raúl podía cortar, y sumirse en su sensual perfume sin más que un poco de resolución, con sólo quererlo... Ah, qué indecoroso... Toda su fama de conquistador se derrumbaba estrepitosamente, y le sonaba a ironía lancinante el rumor misterioso de las risas, de los gritos de placer de las mujeres de antes, de las otras que fueron suyas. Sobre todo ese espectáculo de evocación, coronándolo, surgía radiosa, distinta la figura de la longa que en. su rebeldía montañesa, en su. instintivo encogimiento, encontró el escudo encantado de su amenazada doncellez.

Raúl dejaba de pensar en la laida entregándose con ardor inusitado a todas las. faenas, hasta a las que no le correspondían. Y en todo tomaba parte con una vehemencia, con un temblor nervioso desconocidos que traían asustados a todos los sirvientes.

¿Qué pasaba con el señorito? Nunca le vieron así. Tenía la mirada por momentos fija, con fijeza turbadora, movible, errátil, con inquietud de amenaza; el ademán inseguro, fluctuante. Jamás estuvo así.

El patroncito fue siempre bueno. Gozaba de una salud a toda prueba. Parecía un bello joven de hierro. Ahora, un impulso desacordado le hacía trabajar, afanar sin tino, sin medida; se puso flaco y pálido.

Su alegría perpetua de antes huyó, sin dejar en sus labios. carnosos y rojos, más estela que la que dejan en las, nubes las alas blancas, raudas de las aves migradoras.

Raúl acabó por confesarse a sí. mismo, entre sonrojos, su enamoramiento de la Manuela.

Sin tener a quien confiarlo en el aislamiento de la hacienda, su cariño inmenso tomó para él los perfiles de un suplicio. Por otro lado, cómo decir que sentía amor, a más de deseo, por la longa del Gregorio?

A un amigo tal vez entregara su secreto. Después de todo por qué no podía el amo sentir cariño por la sierva si ésta era gallarda y esquiva como una Diana?

Las diferencias. de clase, de color, pasaban por la mente aturdida de Raúl en un amontonamiento confuso, formando una masa impalpable de un peso desmesurado, fabuloso que gravitaba sobre sus hombros enflaquecidos.

Un enorme lago, un río inacabable de aguas turbias que le cercaba, ahogándole, y le obligaba a flotar rígido, inerte sobre sus capas superiores, impotente, vencido; sin que pudiera sumergirse en él para dejarlo pasar por encima, menos huirlo, alejarse triunfal... El caos.

Eso se podía decir a un amigo, pero, allí, él no lo tema.

Por eso, su amor reconcentrado alquitarándose en su alma solitaria, hermética; sin un espíritu enemigo que lo combatiera en sus comienzos, crecía desatentado, prodigiosamente, como la vegetación lujuriosa de las selvas del Oriente ....

Dominó el amplio miraje espiritual del patrón quien perdió el sabor de la lectura en la cual solía abstraerse con beatífico deleite, en las interminables veladas de la hacienda.

Raúl quedaba perplejo cada vez que pensaba en su extraño sentimiento. Una sensación confusa de desorientación, de falta de equilibrio psíquico le invadía y creía caer en un abismo insondable.

La cara tranquila, morena de la Manuela le perseguía. Sus ojos de almendra, taciturnos, vagos, aterciopelados ponían en todas partes su brillo melancólico, pleno de añoranzas, desbordante de saudades .... Y el amo en una inconsciente evocación histórica vio pasar por los cristales oscuros de los ojos tristísimos de la Manuela, el áureo boato de los Incas sensuales y divinos, de aquel Atahuallpa magnífico que se hundía con sus andas de oro en un mar de sangre en las lejanas legendarias de la historia dé su patria.

Pasaron los españoles codiciosos aguijoneados en su obra, al principio únicamente destructora y de exterminio, por los frailes sombríos cuya diestra empuñaba una ahijada simuladora grotesca y torcida de la cruz... Valverde y Pizarro... pes

La degradación de la raza vencida, su resignación ante los mandatos del blanco, la humildad nacida de la convicción de su inferioridad, en el insinuarse de las lágrimas que anegaban la pupila, cuando él, Raúl, el enamorado se acercaba. Y esas lágrimas no eran lloro, no llegaron a ser llanto de protesta, ni siquiera de franco dolor, porque hasta ellas fugaban cohibidas, intimidadas por los ojos altivos, en el amor incluso, del nieto de españoles.

La huida era imposible. Ya la ensayó Raúl. Pero no pudo. El alma soledosa de las cuchillas silentes le detenía. Con sus brazos de niebla le aprisionaba el encanto desmedidamente nostálgico y sugerente de esas quiebras andinas por las que ambulaba el alma callada, sombríamente rencorosa de los indios, alma fosca que se cristaliza en las notas desvaídas, llorosas de las flautas miserables que gimotean en las chozas por las tardes.

Todo adquirió vida y formas humanas para contener a Raúl. Las quebradas agrestes y las lomas enhiestas; los pajonales rumorosos del páramo y las manchas verdinegras de los

hosques en la montaña, el precipitarse de las aguas en los saltos y la superficie de espejo del lago perdido entre las breñas; la brisa fresca y perezosa de las cementeras y el viento cálido, reseco que pasa haciendo oscilar las serpientes -espinosas de los tallos de las tunas y las espadas ciclópeas de los cabuyales glaucos en los valles profundos, inmergidos en el bajío.

Todo, todo le apresaba. La Manuela se disolvía en la naturaleza toda y en el mínimo detalle se encarnaba potente y dominadora, proteica y vengativa. Una Calipso, una Armida aborigen y él, un Reinaldos, un Ulises que no podía desprenderse.

El encanto, el sortilegio no tenía fin.

Como irresponsable, la india no se daba cuenta de nada. Su actitud hosca siguió la misma.

CAP. II

EL INTRUSO

Un día el sirviente que partía cuotidianamente al pueblo. vecino regresó con un papel amarillo. Un telegrama para niño Raúl. Los padres encontraron anómalo su silencio, de tan largo tiempo y averiguaban por. él. Tres meses pasaron sin que Raúl escribiera a sus padres. Ese tos preguntaban por su salud y anunciaban la visita de un primo, mozo apuesto y libertino, que para descansar unos días o meses de la fatigosa vida capitalina, iba a la hacienda, con lo que daba pábulo al gran deseo de los padres de Raúl.

—No tiene quien le acompañe, decían. Se aburrirá soberanamente. Sabemos que trabaja, demasiado. Quién sabe sí hace eso por no poder otra cosa. Y no quiere salir de allí. Necesita distraerse. ¿Para qué trabajar tanto?. .Los sirvientes se hacen lenguas de su: diligencia y, últimamente, hablan de su hipocondría. Anda, sobrino, acompáñale algún tiempo... Danos noticias ciertas de él, No quiere personalmente avisarnos detalles. Anda, Hugo, tú nos tranquilizarás.

Hugo marchó a “Rosaleda” para recuperar los gastos fisiológicos de su cuerpo endeble, y como espía, como un consejero del de Covadonga.

Raúl envió los caballos que le pidió su padre, casi con disgusto. Sin embargo de saber que era Hugo el que llegaría a la hacienda, sentía, con toda el alma tensa en un esfuerzo de

adivinación, que le interrumpirían en su doloroso ensueño de amor y que su situación cambiaría bruscamente.

Casi le encontraba agradable a ese torturador estado de impotencia. En su empeño de asir a la india fugitiva, de encadenar a su afecto a la beldad broncínea, sin más resultado que el fracaso, descubrió un placer remoto, sinuoso, no sospechado por su espíritu hecho al triunfo fácil después de breve y ficticia lucha. Una voluptuosidad que jamás paladeó. El amargo sabor de la derrota adquiría un dulzor ambiguo de anonadamiento, un dejo consolador de resignación ante lo imposible.

Como alguien le iba a escoltar e en su soledad, tal vez a cambiar el rumbo vacilante de su vida en esos momentos, sintió nacer en su. alma un rencor. para el intruso.

Con el desamparo aumentaba su martirio, pero esa misma plenitud de dolor no mitigado por las manos suaves de la consolación ajena, le poseía, le embargaba de tal modo que ya le hallaba placentera, y, poco a poco, atisbó que se tornaba egoísta: de su dolor y que lo guardaba para sí con avaro deleite; trocándose de comunicativo. y jovial que era, en arisco y serio, como si el alma anquilosada y amorfa, el alma amiga de la tristeza y el encierro, el alma de la india se hubiera pasado a su cuerpo y le rigiera, y se adueñara de él, lenta, gelatinosamente haciéndole súbdito de su tenebroso imperio de vileza y de silencio.

La fastidiaba pensar que tendría compañía durante algunos días. Ya no haría sus confidentes a los desmantelados cuartos de la hacienda, ni a los muebles vetustos, ni a las crestas severas y distantes...

Otro u otros espíritus le acompañarían y sus afectos se refugiarían, se esconderían en las simas de su alma.

Por eso ni se preocupó siquiera de indagar si Hugo iba con otros.

El mismo Hugo podía ser un estorbo; si llegaba acompañado más aún. Quizá antes, fuera como una roca para él que se sentía naufragar desfalleciente en un piélago de amor inconfesable. Pero ahora ... Su temor le exasperó, Tener

Que relatar a otro que, por miedo, por vacilación, llegó él, cobarde, irresoluto, a dejar crecer en su alma esa planta auto venenosa, esa toxina que llaman amor.

Cómo confesar su pasión deprimente.

Se burlarían de él. Esas burlas le harían mayor daño porque no se creía capaz de evitarlas; porque se convenció de que le faltarían fuerzas para comprobar que era el mismo Raúl, el enamoradizo irresistible de otros tiempos. no

Sus esfuerzos estériles. sólo servirían para demostrar que se cambió en la oveja mansa de Cupido, y que la flor exótica, la india miserable hizo el milagro que no pudieron las otras, y sin más armas que su humildad salvaje, su pudor campesino y sus encantos de tierra nueva y prometedora.

Crecía su furor contra el inoportuno visitante.

Mandó los caballos solicitados únicamente por obedecer a sus padres; pero se preparó a dispensarla más glacial acogida a su mismo primo Hugo.

Esperó. consumido por la impaciencia, que el huésped llegase.

Al fin llegó... A las nueve de la mañana de un día de trabajo en la hacienda; su primo. Hugo, solo. El alegre muchacho compañero de sus zambras de antaño con las gentes de la vida de la capital.

Con él quizá no había objeto de portarse serio. Tal vez no fuera un obstáculo. Y aunque se convirtiese en una furia nada habría conseguido; porque apenas le vio Hugo, echó pie a tierra y voló a los brazos de Raúl que no tuvo más que abrirlos cariñosos.

Hugo no se andaba en requilorios. - Con su habitual franqueza daba uno y otro abrazo a Raúl.

— Estás destruido. Te encuentro pálido, y me decían que te convertiste en un verdadero chagra de anchas espaldas y rojiza faz. Claro, más alto, quizás te pusiste más ancho, pero ahora has enflaquecido. Qué es lo que te pasa? En tu casa se inquietan por tu largo silencio. Primo de mi vida, di qué tienes ?

Raúl se dejaba abrazar. No contestó nada encastillado en. su silencio.

—Hombre, tú nunca fuiste así. Oh, al: contrario. Guapamente hablabas y reías a mandíbula batiente, cuando en casa de la...

—Bah, calla. Es eso tan lejano.

—Lejano y todo, tú eras feliz y zumbón, y hoy creo que no tardarás mucho en recibir la investidura de santo. Vives como un cenobita. y te han nublado el alma y agostado la sonrisa la meditación y la fiebre de .macerarte. San Raúl...

—Calla Hugo. Antes yo era un muchacho. Ahora soy un hombre.

—Valiente viejo, Andas muy lejos de los veinticinco años y yo que tengo algunos más, ni que tal. No me salgas con esas. Algo nuevo tienes. Edad? No. En la tuya uno goza de la espita franca del vino embriagador de la juventud. Si te habrás entontecido con estos aires tan puros, pero al mismo tiempo, tan campestres...

—Ya hablaremos Hugo. Tal vez: algo os de entorpecimiento. Quién sabe.

—Saltó la liebre. Bien decía que algo ocultabas. Desde el principio te entendía

—Lenguaraz de todos los demonios. Te callarás al Tin .... Nada te he dicho y ya forjas suposiciones por millares... ¿Ya sabrás hombre, ya sabrás.

Dominado por el júbilo de poseer el secreto de Raúl, el primo fue callándose.

Conocía a su primo y sabía que si mucho le apuraba, se quedaría con la curiosidad más hambrienta que al principio, y prefirió guardar silencio en. lo sucesivo.

—Estoy a tus órdenes, mi querido Raúl, exclamó por toda contestación, y cerró a piedra y lodo la boca parlanchina.

—En tu casa, primo. Tengo mucho que hacer, perdóname Hugo, fue la despedida del señorito.

Montó a caballo y picando espuelas al reluciente chaguar, en una nube de dorado polvo, se alejó fantástico, como un jinete de ensueño hacia los campos áureos que relumbraban bajo el sol ardoroso de las diez, prometiendo una espléndida cosecha. Hugo quedó. solo entregado a sus pensamientos. Que pasaba por el alma de ese Raúl misterioso, tan locuaz y juguetón antes, y hoy tan callado y taciturno?

Alguna dolencia se ocultaba dentro de ese juvenil espíritu que él conoció y creyó todavía frívolo y alocado, y encontraba austero, con la capa externa de tranquilidad que dan al semblante las grandes tempestades interiores.

Más, ni el paisaje encantador sobre toda ponderación ni el ánimo burlón y vivaz de Hugo consentían estar triste y pensativo mucho rato.

Se apoyó en el baranda del corredor a mirar. al sirviente que desensillaba los brutos sudorosos que allí los llevaron después de largo galopar.

El cholo, musculoso y ágil, se deslizaba entre los caballos como un. mono y en un santiamén les libró de los arneses, y luego, con su voz ronca y potente y como absorbiendo el aire, produjo un sonido que impulsó a las bestias hacia la pesebrera entre brincos y revuelcos de contento y descanso.

Los lomos humedecidos de los caballos se cubrían de la tierra amarilla del patio en el que elevaban densas columnas de polvo al arrastrar sus cuerpos fornidos.

La casa de la hacienda estaba en uno como terraplén al fondo de unos collados.

A esa hora el sol la miniaba por completo. Las tejas rojizas llameaban y las hojas de los álamos, cercanos brillaban. con destellos de plata.

Frente al enorme patio que daba dl tiene, se levantaba el pabellón habitado... Se subía al corredor por una escalinata de. piedra que el continuo trajín de los pies desnudos de los indios pulió,. dándole un lustre metálico.

El corredor tenía pilares y un barandal de madera envejecidos. De las paredes colgaban cuadros de un pintor anónimo; que hizo bien en Pies su nombre, porque sus tentativas de reconstrucción histórica «de escenas de la do resultaron, en verdad, infelices.

Un pasadizo que partía del centro del corredor principal daba acceso al interior.

A, la derecha, las habitaciones de Raúl. Amplísima y cómoda la que le servía de dormitorio, con la holgura fastuosa y un poco cursi que emplean los ricos en la decoración de sus viviendas de campo. Reinaba en ella un agradable desorden de los muebles. . Uno de los extremos lo ocupaba la cama de Raúl, una cama enorme, de las antiguas, con altos espaldares y un imperial primorosamente tallados. Junto a la cama un velador lleno de los más heterogéneos objetos. Periódicos, libros, frascos de medicinas, un reloj, un candelero con esperma a medio concluir .... Un armario abierto mostraba en risueño abigarramiento los lomos y las tapas de los libros encerrados. Allí moraban en fraternal compañía el dulce, el áticamente irónico France de Catalina la Encajera y de Jerónimo Coignard, el sabio abate, con el diletante aguafortista del Vicio Errante, con Lorrain, que distraía, en ocasiones, las horas muertas del señor de ese castillo torvo, con las descripciones de las tiestas absurdas. de los caprichos inverosímiles de los alienados que llama: Sacha Noronsoff y el señor de Phocas. Junto al soñador Loti del Pescador de Islandia y de las Desencantadas, reposaban los cuentos. vivientes de Maupassant y las escenas brutales de Zola, el de Naná. Sobre las narraciones 'morosas de vicios, refinados y falsos, sobre los versos del poeta de los miserables, del intenso Carrére, sobre las lucubraciones sociales de un Tolstoi y las admoniciones de un Gorki, asomaban el casco abollado y la desmedrada lanza florecida de ensueños, del idealista eterno, de Don Quijote, que sobre el cansado Rocinante, obligado por el mandato genialmente imperioso de. la única mano del gran Cervantes, iba a la conquista de la tierra mejor, entre las befas de todos y el espeso sarcasmo humano. Don Quijote allí, alto, seco, huesudo era como un emblema, un estandarte pisoteado.

El sublime loco, la rodilla en tierra: ante la aldeana que su mente insegura creyó Dulcinea, para respetarla y rendirla homenaje ferviente, era una representación «el Raúl de esos días, y al mismo. tiempo, el honesto caballero apuntaba como un, gesto de reconvención para el joven hacendado, por sus antiguas correrías de las que subsistía una dolida y luminosa estela de bellos cuerpos profanados, de corazones sangrantes para siempre en el silencio, y una teoría de criaturas adorables que ignorarían toda su vida quien: fue su padre, y si lo sabían, jamás recibirían de él una caricia ni podrían llamarle así...

El manchego ilusionado dejó las. mozas. del partido para los, arrieros, y fue en busca. perenne, férvida, temblorosa de ideal y emoción; de la. belleza sin par, de Dulcinea, la de ojos como soles, igual a la que no había otra en todo el orbe.

Esa figura agobiada físicamente y elevada, rígida moralmente, dominaba la biblioteca y la voz sonora del orador del “discurso de las armas y las Letras” se prolongaba con tonos proféticos, vibrantes: Clarinada del Ensueño que se deja oír, a pesar de todo, en las almas por broncas que sean. ; e:

Raúl veía cada vez que entraba en su cuarto la pasta roja y los filos dorados de. su “Don Quijote”, y en la esquelética figura del Caballero de los Leones, en sus labios plegados, bajo su lacio bigote cano adivinaba una frase da protesta por. sus desmanes amorosos en esa nueva conquista de lindos cuerpos en qué se empeñaba, y casi sentía vergüenza…

Otro de los armarios, grave y panzudo, mostraba ropas de todas clases y colores, en una alborotada confusión, probadora del descuido de su dueño.

Aquí y allá cueros. pieles de animales muertos en las cacerías, a las que tan aficionado era Raúl, armas de caza, útiles para la misma, baúles, morrales, alpinas, y en un ángulo, filas de botellas, guardianas olímpicas y empolvadas del divino zumo descubierto por Noé, el único hombre bíblico industrioso...

A este “cuarto de locos”, que decía la Asunción, una vieja chola criada de la hacienda desde cuando era guagua, que tuvo en sus brazos renegridos a Raúl, fue a parar el turbulento Hugo, Encontró una cama a más de la del niño, cama que le correspondía a él, según dijo la Asunción respetuosamente. Habían añadido un lavabo, con servicio: completo, velador, mesa, sillas. Por fortuna el cuarto del patrón era tan grande.

—Dispensará yo más, niño Huguito, silabeó la anciana afectuosa y sumisa. El niño Raúl acaso consiente que le arreglen el cuarto... No deja tocar nada sino cuando él está ordenando. Sobre todo, esos papeles no almite que le toquen, y señalaba con el índice magro y oscuro el revuelto estantes de los libros.

Hugo guardó silencio: se quedó pensativo. Su espíritu observador no acertaba a amalgamar la seriedad de su primo con la algarabía que reinaba en su cuarto. Aquel hombre adusto, de entrecejo fruncido, cómo podía vivir en ese desconcierto de guarida de bohemio trashumante?

Así, sus inquietudes crecían. Hubiera dado la mitad de su vida caduca por saborear el secreto de Raúl.

Pero era un hombre que sabía poner sobre tolos sus sentimientos la capa del sosegado aceite de su reflexión.

Pensó que su febril impaciencia le delataría y que Raúl lejos de confiarle su enigma lo ocultaría con mayor celo y empezó a acostumbrarse a fingir tranquilidad para el minuto decisivo y se tumbó sobre su cama.

Realmente cansado, sólo la alegría de ver a su pariente, el gusto de conocer la hacienda, le engañaron sobre su verdadero estado.

Deshecho por el galopar ininterrumpido de largas horas, su cuerpo enclenque, habituado a la molicie y a las afeminadas diversiones del Club, se resentía con esos ejercicios hípicos muy largos y muy fuertes. Se extendió en la ama, y, a poco, formando una equis con sus delgadas extremidades tiesas, se quedó dormido.

Soñó. Cruzaba a galope desenfrenado tierras desconocidas, pero de paisajes idénticos a los que recorriera en horas anteriores. Arenas soleadas como las del norte de . Quito; una cuenca árida y pobre como la del raquítico Pomasqui; una brecha profunda con hálitos de horno, abrasada por un sol de infierno como la del Guayllabamba, y una estepa fría y desolada como la de Malchinguí y unos páramos agrios, de hermosura religiosa y sombría como los de Mojanda.

El cerebro calenturiento de Hugo fingía un nuevo y más fatigoso viaje porque el alma débil se impresionó con esa caminata a lomo de veloces corceles, que duró trece horas bajo un sol ardoroso y rachas gélidas del viento de los pajonales.

Hugo dormía y soñaba.

CAP. III

LAS ALAS DE EROS

El joven hacendado fue a cumplir sus obligaciones, a dar órdenes frías, secas:

—Que se preparen los peones para el corte de cebada, marcó. Más que por eso huyó de la casa por huir de Hugo.

Quería reflexionar.

Se vio su figura prócera, sobre el ágil potro que se movía a su sabor, vagar por la cima de los collados opulentos, bajo la caricia de ese sol delicioso que torna doradas, de un dorado vívido, las espigas del trigo.

El niño erraba reflexivo. Los indios se asomaban a las puertas de las chozas de sus huasipungos, para contemplar la silueta móvil del patrón que marchaba al azar por los senderitos de entre los sembradíos. Iba con la cabeza inclinada, los ojos casi cerrados, abstraído. Se Paró el caballo y aspiró con delicia, dilatando las rojas narices, el aire embalsamado de trébol y hierba-buena que corría sobre la tierra nutriz, generosa y ubérrima. El jinete no se dio cuenta y siguió meditando. El sol cabrilleaba en las espuelas de plata y porfiaba por vencer la defensa que «le la tez, ya comenzaba a tostar del caballero, hacían las anchas alas del “Stetson” plano que cubría su arrogante testa.

Así permaneció bastante rato. Caviloso, semejaba una estatua.

Razón le asistía al pobre para pensar tanto.

Aquel amor que le nació en el pecho con ímpetu fiero e incontenible, le transformó. No era, no, el Raúl de antes, se veía diferente. Y por qué? Por una india de mirada dulce y turbada, pero que en la limpidez de cristal de sus ojos delatando estaba la ignorancia y la rusticidad; por una india de formas venustas, pero, al fin, vaciadas en bronce; por una india, fruto agraz, que tuvo el maravilloso poder de refrenar su viciosa voluntad, pero sólo una india....

Imposible... El, un Covadonga, no podía amar a la doncella aborigen. Desearla, poseerla porque era una bella obra de arte, sí; pero sublimarla, llegar al vértigo de la pasión, prestarle homenaje, endiosaría, amedrentarse, él, Don Juan por herencia y por tradición, ante sus melindres bravíos; qué ridículo.

Raúl pensaba: Cómo va a reírse Hugo cuando le cuente este deslayado amor. Justicia tiene que le sobra.

No, no le. contaré nada. Se burlará de mí, y, ¡quién sabe!, tal vez sus pullas aumenten el abismo que se abre desde hace días. a mis pies. Quién sabe si el remolino en que se hunde mi razón se obscurezca con sus bromas.

Y el primo es tan satírico... Pero la tortura de callar es imponderable; no puedo resistirla por más tiempo. El demonio. del silencio me obsede con más satánica crueldad que lo que pueden quemarme las cuchufletas de Hugo. Necesito decir a alguien que amo a la Manuela: Este suplicio acabará por matarme... Debo decirlo. Y ese alguien no puede ser otro que Hugo.

Violentamente se resolvió. Levantó el ala del sombrero y sus miradas otearon desafiantes espaciándose en las manchas verde plata de los cañaverales de allá abajo, del valle tropical y fecundo. El perfil aquilino y tostado del joven reproducía el de un conquistador. Nueva conquista la que él efectuaba. En lucha anteica con el clima, implantaba la industria y extraía con sus manos robustas la riqueza pródiga de esa tierra moza, riente y abandonada, Y bañado por el oro ardiente del mediodía, Raúl se afirmaba altanero en los estribos, y, mirando su feudo dilatarse sin límites en el horizonte enrojecido, recogía una belleza marcial y briosa de rey, de señor...

Miró el reloj. Las doce pasadas.

Hincó las espuelas. Él potro hizo un esguince de dolor y partió al escape.

Era el centauro mítico, ¡atravesando los lujuriosos campos vernales al rítmico son de sus pulidos cascos. : El torbellino audazmente ciego de los castellanos que vinieron a violar la pereza de estas regiones para que abrieran los soñolientos párpados a las fúlgidas auroras de la civilización, involucradas para ellos en las hogueras y los autos de fe.... Ese galopar desaforado era simbólico. El mismo de hacia cuatrocientos años. Así fueron a la conquista. Antaño de territorios inmensos y de riquezas sin cuento. Ahora de riqueza limitada y después de ruda brega.

El animal llegó jadeante. De un salto bajó el hacendado. Hugo le esperaba ya en el comedor.

Fue allá.—Discúlpame, primo. Tuve mucho que ordenar. Ya estoy aquí. Sigamos.

Volvió a encerrarse en se mutismo de la mañana como en una concha. Taciturno y ensimismado..

Hugo con un apetito de caníbal, celebraba las viandas. La caminata despertó las fuerzas de su fatigado estómago.

Los manjares sencillos y sanos, sin complicaciones ni aliños, le prometían mucho bienestar, mucho vigor y el quiteño comía a dos carrillos.

Raúl probaba apenas. Su mente se debatía en el imperio despótico de la idea fija.

El primo—sin perder por ello un bocado—le observaba cautelosamente hacía rato. Al fin, cortó el silencio.

—Supongo no será prohibido hablar aquí... Raúl, qué te pasa, qué tienes? Cuenta, desconfiado.

—Nada—objetó el patroncito, casi displicente,

—Entonces, como se explican tus pertinaces mutismos, tus rumias inacabables y ese modo de poner los ojos en blanco con tanta frecuencia?

—Ya te diré. No es el momento.

—Hugo se consumía de curiosidad. No obstante se calló.

Después habló sobre la vida de Quito: Hiperbólica y cínicamente. Recordó de cuantas chicas estaban en la edad, según él decía. Trajo a la memoria de su pariente accidentes que él creía ya esfumados en su vida y que no lo eran tanto. Episodios de su vida de soltero rico en la. capital. Noches de juerga. Amoríos fáciles, caprichos siempre satisfechos, holgorios, jaranas y hasta lances con gotear de sangre y lumbraradas trágicas; pero en ese desfilar caleidoscopio de visiones de galanía,. no asomaba por ninguna parte una. pasión desbordada, un amor plenario, nada que se les pareciese. Todo era frívolo, a flor de piel, con un dejo burlesco, con mucho de ironía picaresca hasta en las escenas peligrosas... Todo rezumaba un no se qué de vacuo, de superficial...

Tomaron el caté.. Un café excelente, de exquisito aroma producido en la misma hacienda. Hugo paladeó la bebida con un lento deleite.

Raúl siempre ensimismado, alargó en silencio un puro a su primo. ll encendió otro y pausadamente se levantó. Como un sonámbulo, envuelto por las azuladas espiras del humo del cigarro, avanzó hacia su dislocado cuarto.

Fugo le seguía.

Se Acomodó en un sillón bajo y con un ademán indicó al primo que debía imitarle.

A esa hora sentíase calor. Una temperatura melosa y traidora que, cual un narcótico, obraba sobre los nervios y los sumía en un sopor, en un desconcierto placentero. ll alma se adormecía también.

El humo fabricaba paisajes de maravilla, efímeros panoramas alucinados. Los sueños más discordes. parecían realidades... El espíritu cansino se complacía en imaginar un cuerpo fuerte de joven selvático que recorría los llanos incendiados de sol arrastrando esa alma enteca, enfermiza, a rejuvenecerla, a fortalecerla, a enmendar esa voluntad ansiosa de teatralidades, a regenerarla, a lavarla, haciéndola volver a los deseos primitivos y viriles, urgiéndola se torna a tener “ganas de beber leche, de domar un potro, de atravesar un rio”.

El patrón simuló dormir. Su primo le acechaba, Su conciencia alerta se esforzába por rechazar la indolencia, el mareo agradable, perfumado de calor que le invadía.

Inopinadamente, Raúl comenzó a hablar. Hugo no podía precisar. Estaba despierto o dormido?

---No te rías Hugo. No, lo que voy a contarte es muy risible. Aguza la carcajada; pero puede pasarte también a ti. Yo mismo no creí que nunca me pasara tal cosa. Y sin embargo...

—Pero, hombre, qué es?... Dilo. ¡Yo de nada me río. Puedo entrar en concurso: con la Esfinge en cuanto a seriedad. No me recomiendes tantas cosas y habla.

Te dejaré con la espina, rey de la curiosidad. Pero, a mi pesar, esto me atormenta, y tengo que decírtelo a ti aunque mi insultes.

Se detuvo de improviso. Los ojos azules sé extraviaban cual si quisieran aprehender una imagen delicuescente.

—Vaya, para que lo sepas... Estoy lo que nunca en mí vida: enamorado,

—De quién? Se puede saber? Aquí en la hacienda ? Raúl, estás loco.

—Aquí, Hugo, aquí en la hacienda, Loco, sí señor, rematadamente loco. Y crío que mi locura no cederá mi con ti presencia. No sé qué hacer. Estoy enamorado. Repetía la frase con amargor reconcentrado, el gesto turbio, febril. Volvía a repetirla como si encontrara en ese acto una ignorada complacencia. Ese ritornello que le lastimaba el alma le traía al mismo tiempo un bien infinito.

—Cuenta, dijo secamente Hugo. Te escucho con, devoción; siempre tuviste confianza conmigo. No ha de ser tan vergonzosa esta desconocida llama para que la ocultes de mí.

—Siempre me reí de los. amores novelescos que empiezan sin que el protagonista sepa cuando. Esos, erotismos de folletín me producían una larga risa. Acaso, pensé yo, no tiene uno el dominio de sus actos espirituales. Por qué, una dirección sentimental, no se la -ha de poder cambiar a voluntad? Y juzgué sencillamente irrisorias esas tempestades incontenibles que pintan los novelistas sólo porque el papel inerme no rechaza las necedades con que maculan la albura de sus carillas. Lejos de la vida, fuera del sordo batallar de las: codicias que se desarrolla en las ciudades, ya puedes figurarte mi existencia en este retiro apacible. Puedes prever por lo tanto el rumbo de mis atrofiadas inclinaciones amorosas. Para qué he de referirte mis conquistas? Las coliges.

Un día, mejor una tarde, en una siembra, conocí a la longa más hermosa que he visto. Y cuenta que las he visto y simpáticas por centenares. Toda esta hacienda ostenta fama de guardar las mejores caras de longas de la provincia... Naturalmente comencé a sitiar a la india en la forma acostumbrada.

Sería una fortaleza de pudor más sumada a las innumerables que había ocupado. La longa estaba de novia.

Todos mis ardides, mis trapacerías, mis promesas se estrellaron en su resolución inquebrantable de no cejar ante mis vesánicas argucias. La india resistía y resistía victoriosamente.

No conseguí. someterla. Su, timidez «de paloma, su arte inconsciente de encenderme sin que acercara los labios sedientos a su cuerpo intocado, la defendieron, la colocaron, lejos de mí cada vez más...

Pude emplear la violencia y hacerla mía. Varias veces lo intenté. Ordené que viniera a la hacienda con cualquier pretexto. Fue mi única sirviente muchos días, en repetidas ocasiones. Ella me servía en la mesa, arreglaba mi habitación, y en mis fingidas enfermedades de las noches, ella me atendía y pasaba, cándida y solicita, los remedios pedidos. Y a pesar de mi resolución de poseerla, de mi rabioso deseo, nada obtuve. Cuantos subterfugios me ha enseñado mi experiencia del “eterno femenino” fueron inútiles. Yo mismo me detenía intimidado, cobarde, si la longa huía con salvajes remilgos defendiendo su virginidad en peligro.

Indeciso, sin saber la ruta, cuando la Manuela decía con su voz fresca en la que palpitaba el miedo “deja, niñu, para qué queris coger”.

Cegaba. Mi renovado afán de conquista crecía. Una manía ya. La obligué a que permaneciera en la hacienda sin respetar nada. Esperaba sentirme valeroso para aspirar el perfume de esa flor sirenaica y garrida. Esperé que la longa al fin cayera ante mis ofrecimientos ilimitados, por codicia, por cálculo ; ya que me temía y me respetaba, pero no me quería.

Mana espera. La india firme en su virtud...

Raúl ponía una fúnebre tristeza en esto desgarro canallesco con que hablaba. Pero es la verdad. Este es el eterno drama: en una u otra forma, que termina perpetuamente con la posesión ruda, brutal cúspide del sentimiento amoroso. Y siendo todos los mismos se nos arrebolan lis mejillas porque uno cuenta sus hazañas con más verdad que otros. Es la duradera hipocresía humana que gusta de las cosas veladas.

La voz del joven dejó aparecer un mudo tremor.

Hugo callaba. Vagó por sus labios resecos una equívoca sonrisa, que bien podía ser de aprobación o de reproche.

El sol se había ocultado entre nubes caliginosas formadas por sus rayos socarradores. A la cegadora luz cenital sucedió una semipenumbra morosa y cálida. Dentro del aposento casi dominaba la oscuridad.

Las persianas entornadas negaban el acceso a la luz y sólo permitían el del recargado olor de floripondios del jardín vecino.

Propicio el ambiente para las confidencias.

--- No has visto a la Manuela? ---indagó Raúl.

—No —afirmó Hugo.

—La verás en la merienda ---continuó Covadonga. Sin poder subyugarla, inhábil para llamarla mía, fue naciéndome en el alma, sin que te pueda decir desde cuándo, un obscuro sentimiento que yo interpreté como despecho y nada más que despecho por mis fracasos. Mas no era, porque en vez de odiar a la longa, su imagen me rodeó por todas partes. Todo aquí me habla de ella. Ya lo ves, hay para reírse. Yo, enamorado de una longa... Y no puedo huirme. Me siento ligado a esta casa, a estas soledades, a estos campos, a este cielo de un azul declamatorio y engañador, por unas cadenas fortísimas que sor los brazos. morenos y ásperos de la Manuela.

Hugo se puso serio, pensativo.

No reía como imaginó Raúl. El carácter antiguo de aquel, festivo y despreocupado, exigía vislumbrar algo muy grave detrás de esa confesión romántica.

Nunca habló de semejante manera.

—Qué me dices?—interrogó Raúl.

—Nada, querido primo, por ahora. Ya hablaremos... ---exclamó Hugo, parodiando a su pariente.

Ambos quedaron abismados en sus pensamientos.

—Vamos a pasear por el parque—insinuó el dueño.

Salieron.

Por las calles enarenadas de los jardines distrajeron su preocupación mirando las rosas de la colección que poseía la hacienda.

Caía la tarde. Una tarde andina, una agonía esplendorosa del sol en los picachos de las cordilleras seculares. La imprecisa sinfonía pastoral extrañamente ecoica, se iba apagando...

Hacia el norte, en un horizonte de vidrio se destacaban nítidas las cumbres del Chiles y el Cumbal, levemente escarchadas de crema por los moribundos rayos solares.

El sur era un enorme incendio. Hogueras desmesuradas, titánicas, los híspidos torreones del nudo de Mojanda.

Esas nubes de llama palidecían. A sus reflejos cárdenos sucedieron sutiles resplandores rosados que se tornaban lilas, quedando lívidos hasta llegar al blanco anémico.

Y toda esa opulencia de colores en un fondo azul turquí cual si el cielo fuera una gigantesca campánula invertida.

La calma tardecina era un sedante para los males espirituales.

Los mugidos del ganado ahíto en las praderas llegaban distantes, tenues. No los mugidos roncos de los toros encelados; mugidos de satisfacción, dulces, de égloga: de los animales tranquilos; la oración por el día agonizante. Una elegía natural y balsámicamente hermosa, subía en espirales aromadas y plácidas de todos los campos por la muerte del sol, oleada: de la vida.

El ocaso, de una majestad infinita, ponía humedad de plegaria en las miradas que se dirigían hipnotizadas hacía los riscos lejanos en que descaecían los últimos coágulos de la sangre rútila del astro.

El rumor diario se extinguía en una penumbra evanescente. De todo se adueñó el silencio, rey todopoderoso que extendía su capa de sombras por los campos serenos.

Callados, el uno al lado del otro, contemplándose en las claras pupilas la agonía lujosa del sol, Raúl y Hugo se aproximaron a la casa.

Las seis de la noche.

Por el corredor del caserío avanzaba en dirección al comedor, después de salir de la cocina, una india joven y esbelta que llevaba en las manos, lavadas hasta el primor, una fuente grande de papas humeantes, de harinosas entrañas amarillentas que se salían fuera, se libraban de la cárcel que les formaba la corteza delicada y rosa. Aquello era gloria. Papas nuevas y excelentes. Manjares que ofrecían un rústico rejuvenecimiento del cuerpo debilitado y pobre. La longa andaba con premura. Todos los músculos de su cuerpo adquirían una tensión ondulante de gato en la serpentina rapidez de su marcha. Hugo se quedó, mirándola perderse en la sombra.

Una mal. dominada inquietud de los ojos de Raul le delató.

—Quién es? —inquirió con calma falsa.

—Ella, ella—, repuso Raúl, ruborizándose.

La carcajada esperada por el joven no separó los labios de su primo.

Azorado, miró a Hugo.

—Qué piensas Hugo?

—Nada—respondió meditabundo.

CAP. IV

LA TRAGEDIA SE ACERCA

Perdiéndose entre las nubes plomizas que el sol estival del mediodía levantó de las tierras bajas, se erguía la choza del Gregorio, del concierto padre de la Manuela.

Por las rendijas de la puerta hecha de carrizos mal unidos, salía la luz del fogón, la única que había en el miserable aposento, la sola que acostumbran los indios porque no sienten ni la necesidad corporal de la luz, tan ausentes como están de ser atormentados por la sed de claridad espiritual...

Al rededor de las tres piedras que sirven para sostener las ollas en que cuecen sus frugales alimentos, se amontonan, envueltos en sus ponchos rojos, con listas multicolores, que se tornan más sangrientos al ser heridos por las luces trémulas de las llamas; se agrupan tres indios, y pegada a las brasas, soplándolas de cuando en cuando para reanimarlas, y en la posición característica de la raza: las cuclillas, una india, cobriza, pero de puras facciones egipcias y de edad avanzada.

Hablan en voz muy baja. Bisbiseando. En su idioma natal. Dirigen medrosas miradas a la puerta que tiembla bamboleada por el viento, como que recelan de que alguien les oiga.

—Para qué llamará tanto el niño Raúl a la Manuela? ---comienza banal la india.

Casi al mismo tiempo bostezan los indios. Uno, el Gregorio de formas atléticas. En la cara rugosa brilla con reflejos sanguinolentos la nariz ganchuda y sudorosa. Los labios gruesos, de un rojo amoratado, agrietados, escamosos se retuercen en un rictus irónico que hace pensar en que su propietario ha vivido mucho y posee la sabiduría subconsciente del instinto, trasmitida al través de miles de generaciones. Los cabellos caen. por los lados de la cara en gruesas trenzas, que a pesar de: la edad del indio, Se conservan negras, relucientes.

Los otros dos-son delgados, macilentos, de una lividez de cadáver. En los rostros alargados y escuálidos se perfilan las narices de aletas abiertas que olfatean con facilidad recogiendo los olores como los perros de caza. Tiemblan isócronamente las figuras encorvadas de. los dos indios esmirriados que se aglutinan contra las piedras del fogón con un ávido afán. Les resuenan los dientes amarillos y afilados. Sobre los labios convulsos y los ojos rodeados de livores se asoma la desesperación. Los indios son enfermos. En el valle ardiente han adquirido la traidora fiebre palúdica que, como no saben combatir, les aniquila por completo, volviéndoles esqueletos vivientes en los que sólo conservan animación las pupilas codiciosas y vagas.

En torno al fogón que les ilumina con sus fulgores de sangre, los indios forman un grupo alucinante. Se Diría cuatro demonios en un horrendo conciliábulo. Sobre las pieles cobrizas resbalan los rayos exiguos de las llamaradas, dejándolas como untadas de luz roja, amarillenta que se desvanece para cobrar nuevo y fugaz vigor en un renacimiento de las candelas al influjo del soplo anhelante de la india.

Porque su primera pregunta a quedó sin contestación, insiste con la misma.

Gregorio repuso con un expresivo centellear de las pupilas, opacas hasta entonces.

Otra indio, el más delgado y que acusa mayor edad, llamado Juan, insinuó tímida, desconfiadamente:

—Niño ha de estar enamorado de Manuela. Por eso llama a cada rato.

La esposa de Gregorio, la Teresa se estremeció... Sopla con fuerza en los tizones agonizantes y se pasa las manos, húmedas y temblorosas, por las crenchas indóciles...

---Así ha de ser—corrobora el Ramón, el otro indio, joven todavía, prematuramente gastado por el infernal trabajo en los climas cálidos.

—Mishos bandidos, ladrones —ruge Gregorio.

Luego se queda mirando rencoroso, los ojos buidos, la epilepsia de las sierpes encendidas que acometen un tronco verde de capulí. Le tiemblan los labios en un rapto de furor.

—Ha de querer llevar la cuicha a la hacienda, indicó Juan. Blancos sólo eso saben. Llevar las longas bonitas.

Si niño quiere ca ha de llevar, musita, avergonzándose de su debilidad, de su inercia, Ramón.

La india llora silenciosa, se enjuga con el «rebozo los lagrimones que le salen en chorros de los ojos enrojecidos. Y nervudo corpachón de Gregorio se crispa de impaciencia. Se muerde los labios.. Su mirada vacilante se fija con amor en la escopeta que pende de uno de los muros de barro sin revocar de la choza. Caricia de homicida....

— ¿Por qué será que blanco no contenta? Ámu Raúl ca ya llevó a la hacienda a la Rosa, hija del Tomás, a la Carmen, a la María y a otras. Aura ca quiere mi hija, dice entre sollozos la india. Ya tiene en hacienda más de un mes. Qué tan querrá hacer.

Y, cual si pensara en la inutilidad de sus esfuerzos para librar a la hija de sus entrañas de las garras del sátiro rubio, se araña las manos de iras impotentes.

Gregorio calla.

Ramón irrumpe evocador:

—Linda guambra puso la Manuela. Aura ca ya va a llevar el niño. ¿Como no contenta con robar trabajo, con quitar tierritas que han sido solamente nuestras, todavía quita nuestras longas...

—Qué dirá el Venancio cuando sepa que novia ca van a quitar...

Juan titubeó sin atreverse a decirlo que pensaba. Aletean en sus labios las frases y no llegan a salir. En todo pusilánimes, hasta delante de sus hermanos, no se resuelven a exteriorizar ni sus venganzas.

Al fin hablo.

Bruscamente, a borbotones, atropellando las guturales palabras de su lenguaje híbrido.

---No hay que dejar que niño Raúl se e a la Manuela.. Ha de estar con él. Ha de tener guagua. Después no ha de haber quien case con ella. Venancio ya no ha de querer a la pobre longa. Estos blancos ladrones sólo eso saben. Todo robar… No hay que dejarle. No hay que dejar, decía adormilándose por obra de SH estribillo de ínfima protesta.

Luego reacciona, y al impulso de una ajena voluntad, exclama frenético: Aunque sea de a malas hay que impedir que niño duerma con Manuela. Los blancos solamente eso quieren. Después ni acuerdan de las longas que desgracian, ni de hijos. Ni dan ni para trapos. Shuguas! Shuguas! Después ha de mandar sacando el niño a la Manuela de hacienda. Sólo

rogando ha de hacer casar con un longo manavali. Sino quiere de buenas largar a la Manuela, hay que trairle sin que consienta. Matara tan al niño si está con Manuela...

La conversación estaba sesgada por encalidecidas ráfagas de odio racial. Abochorna el recinto un ambiente de rencor pesado y maligno. Todas las iras acumuladas de la raza oprimida se han dado cita allí, para imprecar reunidas, en globo, en masa temblante de dolor, contra la rapacidad de los opresores...

El niño Raúl odiado y temido asume proporciones enormes. Es representativo. Encarna toda la histórica maldad de los conquistadores y los frailes. que maniataron a los iridios, y los arrojaron así a las lontananzas deslumbrantes del porvenir.

Los cuatro indios allí aglomerados no lo piensan. No se dan cuenta siquiera de que existe otra manera de vivir, sino por las manifestaciones materiales de vida más regalada, más ociosa y quizá más feliz que ven gozar a los otros. que les mandan, les hacen trabajar sin que ellos se rebelen, ni siquiera alcen la cerviz aunque noten que el expoliador es: menos robusto, menos sufrido: él se cansa en un canino, no es capaz de soportar en sus espaldas un peso insignificante; él se anula al afrontar las inclemencias de la naturaleza... y sin embargo...

El blanco es el amo de siempre. Fue amo de los abuelos remotos que narraban, con lágrimas en los ojos, las reconditeces de la ferocidad hispánica que ocultan historiadores parciales o abultan, equivocadamente, sentimentales anodinos. Fue amo, después, del padre que ya se extinguió embrutecido por el alcohol, agobiado por la fatiga del trabajo continuo y extenuante; por él se unió a la india que el amo gozó primero con la violencia de siempre; por él se convierte en el siervo sumiso y el idólatra inconsciente de fetiches groseros en cuyo culto enervador y dispendioso se agotan la vida y la fortuna...

El fue también quien arrancó, en tur pasado de leyenda brumosa, el cetro del poder de manos de los vástagos de los Shyris que tan heroicamente lo defendieran de otros invasores a las orillas del lago pardo y ceñudo que en los repechos de esas lomas áridas se aflige como un espejo manchado de sangre. Fueron los hombres barbudos los que asesinaron al inteligente Atahuallpa, heredero del Hijo del Sol, por arrebatarle sus riquezas, y cambiaron la tranquila y vegetativa existencia de los indios bajo el gobierno paternal de los. Incas, con este alocado y tormentoso vivir de sus descendientes, que se destrozan el cuerpo, sin acordarse jamás del alma, en una búsqueda trepidante de dinero para el amo, en primer lugar, y luego para el vicio potente, dominador, auspiciado por la Fiesta Religiosa, vampiro de la conciencia y del bolsillo.

Ellos, siempre ellos, habían traído esa religión. incomprensible para sus cerebros anémicos y debilitados, porque nunca supieron que servían para algo. Las nébulas idolátricas que surgen en su mentalidad, se sintetizan en cultos lógicos, monstruosamente absurdos y depredadores, y forman un halo grávido de estupidez, semejante a la atmósfera densa, asfixiante. que se soporta en los lugares, palúdicos. so que los indios no entienden, porque nadie quiere ni puede aclarárselo, no merece ni llamarse religión. Los evangelizan para robarles. Se les entenebreció el alma y se les sigue oscureciéndola inmisericordemente, para poder explotarlos a perpetuidad, no por afán de que sus espíritus se abran a la luz como flores nuevas de palpitantes corolas. No. Todo lo que se ha hecho con ellos tuvo finalidad de negocio. Fray Jodoco Ricki, el franciscano de la Conquista, se levanta como una cima bondadosa y solitaria, excepcional... Más tarde, en todo se ha descubierto el ansia judaica y el deseo del lucro.

Largo tiempo callaron los indios.

Así conversan ellos. Aherrojada, su alma, sus emociones son raquíticas y no sienten sino el egoísmo animal y el anhelo especifico de luchar por la vida. Pocas veces son expansivos. En ocasiones, espoleados por el aguardiente, cuentan en melopeas tristísimas su vida descoyuntada de bestias de labor. Regularmente callan, y sus sentimientos, sus emociones, sus deseos se adentran y tal si fermentaran, se recogen y aumentan hasta que estallan en un hervor gigante de odio o de amor, los dos polos entre los cuales ellos no reconocen posición intermedia. Aman u odian con total vehemencia. Agradecimiento, simpatía desamor: sentimientos medios, ellos ni los sospechan. Para qué? El amor y el odio expresan su corta gama emotiva. A quien no quieren ni odian le ven con indiferencia de estatuas. Si una persona no logró hacerse querer de los indios ni se hizo tampoco temer, que es lo mismo que odiar para su psicología incompleta, pasarán por delante de aquella como si no se dieran cuenta de que existe; afectan—y lo hacen tan naturalmente no percibir la presencia de ese ser, que en algunos momentos se admite su esotérica superioridad por ese desdén manifiesto, por aquella suprema frialdad que destilan en sus relaciones con un desconocido o con uno que no despierta sus afecciones aletargadas.

El diálogo inconexo se reanuda. Gregorio inicia:

—Mañana he de ir a la hacienda a llamar a la Manuela. Con ella he de volver aunque niño no quiera.

—Niño ca no ha di soltar— se atrevió a decir la Teresa.

---Acaso ella es concierta— murmura sordamente Ramón.

---Pero patrón ca, patrón es... Cuando niño manda ca siempre: hay que obedecer... Cuando no hacen caso niño: Raúl ca bien bravo es... —musita Juan, dejando visibles su rencor y su miedo cerval.

—La Rama ya no más es. El niño dijo que Manuela ha de estar en hacienda hasta después de fiestas. Ay desque necitan para que sirva.

—Acaso sólo en eso ha de quedar... Por qué no lima a otras longas?

—Otro niño ha venido a acompañar a ño Raúl, —anunció Ramón.

—Ya ha de estar pensando ir — apuntó Juan.

—En la Rama ca ha de ber toros. Han de dar chicha y trago a todos. Esos días no ha de haber trabajo... Niño ca generoso es... Bonito ha de estar... ---explicaba Ramón con una pasajera fulguración en los ajos amortiguados ¿Olvidaba el aplanamiento anterior, la rabia contra el amo, para soñar ufano en el placer innoble de la borrachera, único que conoce el indio, a la sola enunciación de la fiesta cercana.

Desventurados seres que se olvidan de todo, de su dignidad incipiente, de sus familias, de sus hijos, de sí mismos, cuando oyen la palabra mágica; trago, Sólo ella evoca para sus almas rudimentarias una leve noción de dicha, un retazo de placer embrutecedor, bastardo, pero placer al fin. Ei indio esconde su personalidad, transige con todas las injusticias, se doblega ante las imposiciones todas, por el alcohol. El alcohol es el tercer amo del indígena después de sus semejantes blancos y sus creencias.

Con el alcohol viene el indio a la vida, con él se va a In. tumba. Lo: considera una panacea. Es el lenitivo omnipotente. Agua de juventud eterna. Fuente de olvido. Es su refugio y su

cielo. Todo. Nace un niño, a emborracharse. Una defunción no es sino un pretexto para una orgía.

Sus rencores, sus pasiones se apagan al rumor de la voz que ofrece el nepente divino.

Las candelas fenecían. Los esfuerzos repetidos y prolongados de la india por dar vitalidad a las brasas casi extintas, resultaban estériles. El fuego espiraba y sólo de cuando en cuando bruñía las caras cobrizas de los agrupados en su, torno con visos amarillentos de sangre acuosa y millares de chispas. Alisaban los indios sus pelambreras indómitas y se mordían los labios.

Media noche.

En esas soledades, únicamente en la choza del Gregorio había luz a esas horas. En la campiña ilimitada los indios fatigados duermen en sus chozas, tendidos sobre cueros de borrego, sin más abrigo que las mantas y los ponchos. El indio reposa desde que empieza la dominación de las sombras. Su cuerpo extenuado necesita descanso largo. Al otro día madrugará a las cuatro de la mañana para volver al diario desgaste. No pierde pues, ni un minuto de calma. Se ha entumecido su sensibilidad de tal manera que no gusta, no sabe de los entretenimientos que al civilizado le hacen falta.

La noche era negra. Las nubes bajas y pesadas se hacían tangibles.

Apagado todo rumor, el silencio la obsesiona, oprimía con una vaga inquietud, con un inmenso temor.

Ramón se levanta y va a mirar el exterior de la choza. Regresa temblando. Afuera sopla un viento helado. Con gesto de convulso desagrado se acurruca junto al fogón. No le place aventurarse en. esa oscuridad y con semejante frío por las laderas desoladas y peligrosas en busca del hogar. No dice nada.

Juan se impacienta. De no temer los riesgos de fuera se marcharía. Resuélvese de súbito y estira sus miembros escuálidos en un prolongado desperezamiento, recoge el poncho y se manifiesta pronto al viaje.

Ve por última vez, con disimulada nostalgia, las brañas mortecinas, se dirige a Ramón, seco, autoritario:

— Vamos.

El llamado se pone de pie.

Se queda mirando a la Teresa, deja. rielar en su mirada un ruego, una imploración para que le detenga.

La india atisba a Gregorio consultándole.

Aquel habla.

—No se vayan. Quedensen aquí.

Los indios son hospitalarios entre ellos. Con el blanco, desconfiados hasta el extremo. No les falta razón. Son tantas las villanías y las iniquidades que con ellos se cometen...

Teresa da a los huéspedes unos cuantos cueros y una manta para que se cubran. Sus ponchos también les servirán. Con muy poco se satisfacen ellos...

Gregorio y Teresa se acostaron en el cuarto de la choza. Los otros dos afuera. - A la intemperie. Su organismo resiste victorioso todas las injusticias. Las naturales y las humanas.

A poco rato, los del cuarto y los del corredor roncan beatíficamente.

De tiempo en tiempo se escuchan lejanos ladridos que llegan débiles, a veces; otras, aumentados. por los ecos de las sinuosidades del peñascal.

Pasada la medianoche, la puerta de carrizos mal unidos se abre sigilosamente. Con infinitas precauciones es forzada a dar paso al cuerpo de Gregorio.

Juan y Ramón dormían sin sobresaltos. No lo sintieron. Gregorio se acercó a los dos y con cuidado extremo principió a despertarlos. Juan se incorpora primero. Va a dar un grito de alarma que sofoca obligado por la: voz queda y vibrante del dueño de casa:

—¡Upallay!

Luego despierta Ramón fastidiado. Gregorio parece tener algo muy importante por decir, pero no se atreve. Guarda un silencio, dificultoso. Su respiración es entrecortada, jadeante. Continuamente lleva las manos a las sienes y con el filo del poncho seca las gotas de sudor que caen abundantes por su frente estrecha.

Los otros dos. indios permanecen asombrados. Los fríos les atacan insistentes. Oscilan sus cuerpos delgados y chocan sus dientes a menudo con ruido siniestro.

Gregorio comienza a hablar muy despacio. Su voz imita un soplo. Sus compañeros apenas le oyen aguzan do sus sentidos. En las tinieblas, sus ojos agrandados por la sorpresa resplandecen como los de los gatos.

---Si niño en Rama duerme con mi ja, yo he de matar al niño.

Sus palabras no dejan notar la más mínima vacilación. Ha tomado esa resolución después de meditarla mucho. Habla con aplomo y seguridad increíbles.

Le escuchan. los otros temblando como azogados.

La idea del crimen les turba. Matar al niño creen algo tan imposible, tan sobrenatural que excede sus fuerzas.

Insinúan débiles protestas que permiten columbrar su miedo:

—Si no les necito. Yo sólo le he de matar. ¡Cobardes! Sólo les cuento. No irán a avisar, mitayos manapingas, masculló furioso Gregorio.

Ramón y Juan debieron ruborizarse con los insultos, No podía vérseles. Sólo los ojos fulgían más amenazadores, horripilantes. Cesaron sus dientes de producir el ruido característico, Anhelantes, turbados por la emoción callaron al principio. En seguida, repuestos de la impresión que la noticia del crimen les originara y solicitados sus timoratos espíritus por la llamada urgente de un sentimiento ambiguo de odio al blanco y de solidaridad con el hermano, exclamaron a una:

—Te ayudaremos nosotros. Juntos 'mos de matar al niño si abusa de Manuela.

—Palabra?—profirió Gregorio desconfiado y gozoso.

—Palabra —afirmaron los otros con las voces varonilmente resueltas.

Las manos rugosas y fuertes se entrechocaron.

Pactaron en la sombra una sentencia de muerte. Ya no podían retroceder.

La suerte del amo lascivo quedaba echada.

Mientras él se revolcaba en su lecho, presa de deliquios sensuales, los vengadores ocultos de la pureza de Manuela decidían matarlo por impuro, por depravado.

Se oyó en las sombras el aleteo cauto de un quiróptero que fue a perderse sin rumor en las nieblas circundantes. Un chushig pasó. graznando su lamento histérico y zahorí.

Los indios aterrados callaron.

Se cubrieron con las mantas, entre temblores de pavura.

Gregorio penetró en la choza.

A poco roncaban.

En el cielo la Luna débil se debatía lastimosamente acosada por nubes espesas que le ahogaban robando a la Tierra su lechosa blancura.

CAP. V

LA RAMA

De los parajes más lejanos de la hacienda acudían los indios. Era la Rama, fiesta que se conmemora con harta largueza por parte de los patrones, que emborrachan a los siervos con aguardiente gratuito. En las primeras «horas de la mañana ya llenaban el patio de la hacienda. Sobre el fondo terroso se destacaban en el triunfo magnífico del sol canicular, las notas sangrientas, ardorosas, llamativas de sus ponchos de lana y la albura de sus camisas y calzoncillos de lienzo. El patrón aún no asomaba, pero por orden suya la fiesta comenzó.

El mayordomo, un cholo membrudo, cenceño, un tipo de varonil prestancia, con facha de centauro y de gigante; hombre enérgico, curtido al sol dañino de los valles y al soplo crudo del viento de las cumbres, repartía el aguardiente que salía borboteando de las espitas de madera de vinco barriles pródigos que se alineaban en el corredor principal de la hacienda.

Antonio era el nombre del mayordomo. Le quería el patrón y le querían los conciertos. Trabajador y activo, leal y sumiso; capaz de ir al sacrificio por el patroncito. Los indios le apreciaban también por su benignidad y porque trabajaba con el ejemplo.

Los mayordomos, esos hombres de hierro crecidos entre asperezas, que se acostumbran desde niños a las rudezas de la existencia, para ellos, de choque y lucha siempre, y que se pasan la vida en las haciendas extrayendo de la tierra avara, tan sólo con el esfuerzo mísero de las manos suyas y de los peones, las riquezas que aumentarán el caudal de los amos sumergidos en el ocio ciudadano, son héroes del trabajo silencioso y abrumador.

Sin máquinas, sin ciencia, con el mismo arado primitivo de reja de madera que hace cuatrocientos años roturó el suelo de San Francisco de Quito, para albergar granos de dorado trigo, indefensos contra la naturaleza versátil, esos. hombres, en brega cuotidiana, por una escasa remuneración; facilitan y mantienen la pereza grávida, invencible del blanco que a la menor ocasión vocifera en raptos de necio, de triste y cómico orgullo: “soy descendiente de españoles”, como si eso no se le conociera en la fatuidad, en la holgazanería, en la inutilidad tan propia para los trabajos prácticos y prolongados; en su enfermedad endémica de soñar y sólo soñar; en su ferocidad para con los vencidos, para con los que la suerte le entregó esclavos e ignorantes; en su tirria contra la cultura sólida y efectiva; en su egoísmo imperdonable; en su misticismo risible que le ata a la roca prometeica de la inacción, en espera de un más allá soñado, y, a fuerza de mentido, casi real en sus espíritus de sombra en los que sólo el-error prospera con vegetación lujosa de supersticiones y de vanos temores... Si, muy españoles, mucho tal vez desgraciadamente. Hijos de españoles parejamente por el afán dela conquista, por los rasgos hidalgos, quijotescos de nobleza; por el amor de la aventura; por el ensueño perenne... Hundidos en el recuerdo de lo que fue esa raza de acero que se enseñoreó del ancho mundo llevando por doquier el estandarte glorioso de Castilla en los palos más altos de sus barcos audaces y en las puntas de las lanzas heroicas «de sus capitanes atrevidos, los nietos de españoles se han anquilosado en la vagancia... Náufragos en un mimar de molicie, de enervamiento asesino, embebidos en la evocación de la figura grandiosa de héroe dolorido de Cortés, de la de zorro valeroso de Pizarro que no tiene el valor de la tragedia, sino el de la celada tétrica y aleve, pero que es valiente, temerario hasta la locura; los hombres de hoy, de esta época práctica, dolorosamente .real, en que ya no triunfa el denuedo sino la constancia, que acaso es más hermosa, aplastados por sus ingentes reminiscencias épicas, no aciertan a empuñar la azada ni el pico, y se dejan morir aislados, lejos de la civilización, en la inopia, en la impotencia, caducos siendo tan jóvenes; gastados prematuramente, rascando, como en el episodio nocivo, ruin, deprimente de la Biblia, las llagas costrosas, malolientes que les consumen, despaciosa, lentamente, con la voluptuosidad del dolor, con una resignación fúnebre y cobarde, que será buena para Job pero no para un pueblo.

El patrón no durmió en toda la noche. ¿Qué iba a dormir si el recuerdo lacerante de la Manuela le perseguía con furor, casi con una fantástica venganza? Y él, menguado, evocaba la imagen placentera, codiciable de la india en plena juventud, derrochando el tesoro de su belleza inmarcesible. Hugo se acostó en silencio.

Ya a oscuras, se limitó a decir a su primo:

--- Yo te curaré de tus dolencias mañana.

Raúl quiso saber cómo, pero al principio, le sepultó en un aturdimiento tonto el aplomo de Hugo, y cuando reaccionó y probó a interrogarle, Hugo dormía o fingía dormir, como un bendito.

Tuvo pues el castellano que masticar a solas su flaqueza. Su idea fija, revolviendosele en el cerebro sin encontrar salida posible, le martirizaba. Quería sacar esa locura lejos de él, gritarla, herir con sus palabras apasionadas el manto inconsútil y sereno de la noche. Y esa obsesión, arañándole las paredes del cráneo, materializada ya, semejaba un escarabajo que delira encerrado en una caja diminuta. Sí, esa idea era él, Raúl por entero, su alma no existía más que para esa operación psíquica: amasarla a ella, crear a Manuela en las tinieblas. Y su cuerpo que para nada servía desprovisto de la energía interna era así como una cosa muerta, un cofre vacío mientras no lo ocupara la imagen taumaturga.

Entonces se animaba siquiera transitoriamente. Se sumía en dulces sueños eróticos de los que despertaba con los miembros cansados, con los ojos húmedos, cercados de livores, caluroso, trastornado.

Así le sorprendió la mañana. Clareaba el alba y Raúl no había descansado. Al contrario.

El sol se esparcía por el suelo en una mirífica lluvia de rayos brilladores.

Por los corredores de la hacíenda los indios se paseaban con una bulla alegre, una festiva algazara.

Raúl comenzó a vestirse. Hugo dormía aún. Su cuerpo no recuperaba el desgaste del día anterior.

Asunción entró con el desayuno. Venía la buena vieja diligente, limpia, cariñosa. Traía en sendos platos dos vasos de leche nívea, espumante. La traía del ordeño. La vaca del amito, una suiza de amplias caderas y poderosas ubres, la producía todas las mañanas para el niño Raúl, exclusivamente.

--- ¿Sí el niño quiere café?

--- Tráelo ---ordenó Raúl.

Asunción acercó una mesita. Salió. Volvió al instante con el servicio. Conducía las tostadas áureas, calientes, provocativas.

Hubo que despertar al primo que seguía zumbando. Se desperezó. Se sentó en la cama rápidamente. Las ropas íntimas casi dejaban al descubierto su desmedrada osatura.

--- Toma leche o café, querido primo. ¡Qué bien has dormido!

--- Sí, Raúl, gracias. Opino que tú, a la inversa, has pasado en vela. Estás ojeroso y pálido.

--- ¡Asunción, dame café!

Sonaba el pan al ser triturado por los dientes de Hugo, que comía golosamente. Sentía apetito. Había dormido el tiempo justo... Esa leche purísima, ese café espléndido, aromático; el pan y la mantequilla superiores, no eran para despreciarlos por un hombre que los necesitaba. Casi se diria musical el rumor alegre que producía Hugo al comer con delicia, con un placer que hacía tiempos no experimentaba en la ciudad. Linda empezaba la vida en la hacienda. Gozaba con el viaje.

Súbitamente, al fijarse en Raúl, le vino a la memoria su asunto, como él ya le llamaba. ¿Qué entresijo de los diablos podía sobrevenir de esa pasión inesperada de su primo? Le conocía. No era enamoradizo. Y aunque lo fuera. De una india, por bella que sea, resultaba tonto, necio. Tu misma pasión te curará, pensó por fin.

Fijó la vista en el cielo raso, mudo y meditativo. Una sonrisa maliciosa floreció en sus labios finos y descoloridos...

---Son las siete de la mañana; nos vestimos?—consultó Raúl.

—Ya lo creo—asintió Hugo, contento.—Qué bien se pasa en tu hacienda. Ahora justifico tus largas permanencias. ¿Qué significa ese ruido apagado que llega hasta aquí?

—Son los indios que andan y conversan por los corredores. Hoy.es el día de la Rama, aquí en Rosaleda.

—La Rama? Una fiesta? Y qué vamos a hacer en ella?

—Nosotros... Nada. He prometido a los indios aguardiente. Lo daré. Viéndoles lidiar unos toros que les he ofrecido, gozaremos nosotros.

---Quieres divertirte ?

—Pregunta es, y excelente la tuya! Bien digo que llevas camino del monasterio. Linda monja harás primo mío.

Hugo reía con toda su alma.

—Bueno... Te solazarás. Aunque no lo mereces por gruñón.

Mientras hablaba se vestía. Hugo igualmente.

Ya medio vestido, se cubrió el busto con un holgado “sweater” de lana marrón, salió al corredor y llamó:

—Antonio! Antonio!

Una voz hombruna. resonó en el interior:

—Ya voy patrón!

Inmediatamente asomó el mayordomo. Genuflexiones y reverencias.

—Cómo ha amanecido pes su mercé? Durmió bien niño? Raúl le golpeaba ruidosamente las anchas espaldas le preguntó solícito por cada miembro de su familia. Luego:

—Antonio, entra!

En el aposento Antonio reparó en Hugo que se hallaba enfrascado en su toilette matinal, y le saludó con respeto.

—Es mi primo—advirtió Raúl.

—Para servirle mi niño, Antonio Cifuentes para lo que guste mandarme. Y le extendía la diestra callosa y viril que Hugo apretó con efusión en la suya transparente y floja de señorito libertino.

—Mira Antonio, vas a irte al pueblo y allí dices a la Rita Antúnez y a la hermana que se vengan a la Rama, que yo les invito, y que le traigan con cualquier pretexto a la maestra de escuela que ahora es nueva, recién venida. Que no se vengan sin ella... Llévales caballos y no asomes por aquí si no las traes.

Hugo palmoteaba de regocijo. La visión del jaleo inminente bañaba en alegría su alma alborozada y espolvoreaba de luces sus ojos mortecinos.

Vestidos ya, salieron a los corredores. Llegaron al principal. Un vocerío inmenso de cariño y admiración les acogió. Los indios saludaban al patrón comedidos y gustosos. Le querían a Raúl.

Las indias jóvenes espiaban ruborosas al amito, juncal y armónico que paseaba la mirada de sus grandes ojos azules por la multitud de sus siervos que le rendian homenaje.

—Patrón, ya es hora de hacer la ceremonia de la Rama—se acercó a decir el escribiente, un hombre bonachón y cándido de plateada barba rala, de unos cincuenta años, pero aún fresco y vigoroso, que había servido en la hacienda desde que tuvo uso de razón. Allí contrajo matrimonio y en Rosaleda moriría.

—Vamos —contestó Raúl.—No ha de ser largo.

—No patrón—silabeó el escribiente sabiendo que las ceremonias eran larguísimas.

El cholo les guiaba por mitad del tumulto formado por más de cien indios de ambos sexos y diferentes edades. Compacta era la muchedumbre pero al paso del patrón serpeaba maleable y dócil.

Llegaron al centro del patio.

A una indicación de las manos del sirviente y constreñidos por los empujones de los mayorales, los indios engendraron una tortuosa línea.

Un indio viejo y atezado, con el rostro ceñudo y grave, en el que chispeaban los ojuelos negros y desconfiados, se adelantó. Le seguía su mujer. Se Colocáron frente a Raúl. Entonces la india sacó de bajo del rebozo un gallo blanco, completamente blanco y lo puso en manos del esposo. Este, lo depositó en las del patrón previa una profunda inclinación y murmurando frases ininteligibles que querían ser una salmodia en loor del amo y una especie de discurso de salutación y pleitesía. Raúl recibió el estrambótico speech con el entrecejo fruncido, Vagó su mirada largo espacio hasta que fue a posarse: amorosa y cálida, en la cara, empurpurada por la vergüenza, de la Manuela que al lado de su padre asistía a la fiesta, - Por el cuerpo de Gregorio pasó un temblor de ira.

El gallo azorado aleteaba en manos del niño. Cogió el indio una gallina asimismo nívea, que le daba otro y con la cabeza del ave suya golpeó la del gallo que cuidaba el patrón, y lo arrojó a un aposento que iba a ser depósito de los obsequios. Fue la señal. Esté privilegio de dar la señal es hereditario. Inmediatamente desfilaron por delante del niño los conciertos de la hacienda. Todos llevaban un ave que, después de ser golpeada con la que Raúl sostenía, era lanzada al depósito.

Los indios conducían una gallina. Las indias, un gallo. De diferentes colores.

Regalaron posteriormente frutas, pan, huevos, quesos a frescos, leche, cereales...

Muestra de sujeción, extraña e inexplicable. El ave altiva y pendenciera era abandonada en manos del patrón en prueba de acatamiento. Y la entregaban las hembras como ofrendando la virilidad y el valor de sus hombres? Y luego, los varones ofrecían la gallina, como símbolo de su hogar que ponían al arbitrio del amo? Quién sabe. El alma envilecida del, indio bien puede anclarse en esas honduras del servilismo.

¿Significa esto la festividad o no representa nada?

Sólo obsequian gallinas los indios por considerarlas de mayor valor que otras cosas O como el mejor de los manjares para la mesa? No se sabe. Nunca explican el simbolismo del festejó. Han perdido el significado y persiste la diversión con su aparatosa apología del rebajamiento.

Terminado el desfile, Raúl agradeció al mayoral y a los demás indios y ordenó al escribiente que colocara a disposición de ellos todo el aguardiente que pidieran. Para la tarde les ofreció toros, El júbilo fue indescriptible. Alaridos de gozo vomitaban las bocas negruzcas ya hediondas de aguardiente. El puro había circulado? y seguiría refrescando los gaznates resecos de los indios insaciables. Con justicia se regocijaban. El amo pagaba el gasto. Podían emborracharse como cubas sin que les costara nada. Muchos iniciaron la paradisiaca tarea prometiéndose cumplirla a conciencia.

En copas de madera trasegaban el líquido cristalino que extendía por la hacienda entera un acre tufo de caña. Del alambique trajeron el día anterior una pipa llena de puro para regalo de los indios. Se repartía el venenoso jugo profusamente. Como que el patrón ordenó dar de beber sin tasa. El niño era bien gente.

Y así, sintiendo espoleada la codicia primitiva y sorda que late en sus almas rudimentarias, lista a exhibirse en cualquier momento, los indios procuraban llegar al delirio, emborracharse como locos, ya que no gastaban, y hacían, en cambio, despilfarrar al amo a quien roban siquiera una migaja, poniendo en el robo un ardor místico, una fe y una voluptuosidad inusitadas.

El indio roba por un impulso atávico poderosísimo que le insta desde las sombras del pasado. Quizá el robo es su única. protesta, áfona y vergonzosa, contra los abusos del blanco. Su espíritu, sin fuerzas para enfrentarse con el autoritario de los. dominadores, recurre a las almas falaces, blandas, cautas de la astucia y el disimulo y de ellas dimana una especie de cleptomanía hereditaria. Es el solo engaño que devuelve al explotador... Robarle al patrón hasta puede ser considerado como un acto virtuoso en las reconditeces. sin explorar de su mentalidad obturada y pobre.

Pronto empezó él jugó travieso de la caña a surtir sus efectos en el cerebro canijo de los indios. La algarabía aumentaba.

Concluida la ceremonia Raúl y Hugo eligieron la azotea oriental del patio y desde allí contemplaban con una tristeza imposible de ocultar el cuadro de vileza que se desenvolvía a sus pies. Raúl lo hubiera evitado, pero los indios le reclamaban fervorosos. No dándoles la fiesta lo achacaban a mezquindad del amo, y Raúl pensaba: alguna vez deben divertirse estas pobres bestias fatigadas.

Y al ser generoso, dilapidador oía los consejos de Hugo, quien reflexionaba: que se embriaguen estos desgraciados indios, libres alguna ocasión de sus tiranos.

Se cumplieron los deseos de Hugo. La ebriedad se generalizó. Baco reinaba sin envidias.

Un indio atlético se retorcía en el suelo aullando y su lengua tartajeaba elogios para sí mismo, sin que nadie le entendiera sus merecimientos. Pregonaba los terrenos, los animales que. poseía y no olvidaba el dinero sonante, ni sus hazañas de macho. El era muy valiente.

Otro le interrumpió frenético:

—¡Cobardi! Shamuy guagtangui!

Y le mostraba los puños renegridos. Con los brazos en alto, el poncho echado hacia atrás, la mirada insolente y provocadora y la boca abierta como para el mordisco, el indio, desafiante y altanero, recobraba el gesto varonil que perdiera hace tanto tiempo... Sólo el alcohol resucita esa personalidad oprimida por una asfixia de cielos. El vicio se redimía; en medió de su miseria, era enaltecedor y noble, reivindicador.

Se Irguió el retado con los ajos llameantes, ululó unas pocas frases y con la boca contraída y desbordante de espumarajos, avanzó hacia el otro

Se golpearon largamente con furia de gallos. Sonaban los cráneos duros al ser machacados por las manos toscas y enormes. Caños de sangre brotaban de las narices rotas y teñían la blancura de las camisas de lienzo. Delirantes continuaban hiriéndose con furor brutal como que encontraran placer en causarse daño. Los pómulos sangrantes, amoratados, los ojos tumefactos, casi cerrados por las hinchazones súbitas, aturdidos por los golpes, pero aun ciegos de inquina, se detuvieron los indios. Sin fuerzas para la arremetida bestial, con los brazos colgantes, lacios, los ojos extraviados, prosiguieron eruptando injurias por las bocas sanguinolentas y obscenas.

Los patrones asistían a la escena bárbara: Raúl quiso interrumpirla. Hugo le impidió.

Que se peguen esos brutos. Sólo así se vuelven hambres.

Crecía la bronca. Asordaban las voces, los gritos, las interjecciones, las amenazas, revueltas, mezcladas...

Los dos campeones tornaron a embestirse furiosos. intervinieron ya los parientes. Las mujeres de los que ve fundían saltaron a la arena y se abrazaban a sus maridos estorbando sus movimientos. Los héroes se deshacían de esos incómodos abrazos con dos o tres mazazos certeros y las hembras rodaban por el suelo con las mejillas cárdenas. Volvían al pacificador empeño y entonces se trababa una lucha confusa de la que todos resultaban con un chichón de más.

Un campo de Agramante feroz y empequeñecido.

La peor parte sacaban las mujeres cuyos guangos serpeaban en las manos rudas de los varones. Vacilaban los cuerpos felinos formando un remolino humano.

Los anacos azules se enredaban con las camisas blancas, las fachalinas listadas se confundían con los rebozos rubí, azul claro, rosa, morados y los ponchos de sangre con fajas polícromas.

El espectáculo era de rústica y terrorífica belleza.

A una señal de Raúl, dos sirvientes mediaron para separar a los adversarios. Repartieron trallazos en la carne trémula y enardecida. Los eternos esclavos se alejaron poco a poco. Sólo las bocas femeninas rechazaron la paz insultando a los cholos.

—Mishos entrometidos, por qué no dejarán que pegue marido ca, para eso es pes marido.

Esto gritaba con voz atiplada, metálica una india joven que fue arrancada de las garras férreas de su esposo que le arrastraba de la cabellera en el suelo arenoso y ardiente.

Al fin fueron apaciguándose.

Calmados del todo y entregados nuevamente a la deliciosa tarea de ingurgitar el puro hirviente y. loco, no se ola. en. el vasto patio y los extensos corredores sino un murmullo sordo como de río correntoso que se remansa.

El sol calentaba demasiado a esa hora, El patrón mandó que se diera de comer a los indios. Se Pegaban las mujeres a la cocina. Portaban platos de madera o de barro y los pilches. Regresaban trayéndolos llenos de una colada arcillosa, la mazamorra en la que flotaban raros pedazos de carne. Un olor a carne quemada, al chicharrón infame que deleita a los indígenas, se difundía por el ambiente y lo hacía pesado, irrespirable.

Á continuación les: dieron chicha en azafates rojos. Todos comían o bebían.

Intemperantes, el indio nunca deja de tener hambre mi sed, engullían velozmente dos o tres platos de la mazamorra y sorbían con ruido desagradable, chasqueando las lenguas carnosas, la chicha acre y chumadora de jora.

Culminaba el festín de los heliogábalos criollos.

—Vamos—dijo Hugo a Raúl—, esto es inaguantable.

—Denles toda la chicha y toda la comida que soliciten—indicó al sirviente más viejo—y huyó del brazo de su primo, dudoso, entristecido.

Esa alegría ruidosa de los indios que disfraza la infinita melancolía de sus vidas embotadas, animales casi, le despertaba, a ratos, envidia. Si, una intensa envidia que le nacía muy adentro, pero no en el cerebro, una envidia cenestésica. Retornan a la absoluta inconsciencia primera esos desventurados seres sin ningún esfuerzo, sin el menor dolor. Y en todo simples, dejan regarse como un licor espumoso su satisfacción radiante de pocas horas.

Una vez al año disfrutan de la liberalidad del patrón... Entonces lo hacen con fervor. ¡Les roba tanto!

Sin complicaciones, tan sólo con la idea unilateral de que es la plata del amo la que se desperdicia, suben al pináculo del placer grotesco empujados por el demiurgo del alcohol que el mismo blanco derrama en sus bocas sedientas con una antañona ojeriza.

Arma de embrutecimiento y degeneración, el alcohol pervive ejerciendo su obra nefanda. Es la peor coyunda, el yugo más tiránico. Cien años de libertad no lo han quebrantado. Ni lo

han mellado siquiera. Menos aún, hasta los cómitres son esclavos del mismo vicio grosero y aniquilador.

Sin industrias, sin manos dadivosas que rasguen las vendas de la ignorancia, esas muchedumbres caminan desaladas, con las espaldas vueltas a la civilización, Se las arroja inermes y ciegas a las distancias luminosas del futuro. Les aguija el alcohol y les oscurece la senda el egoísmo del blanco que les inyecta creencias enrevesadas para facilitar su apocamiento, buscado perpetuamente. Hombres fuertes a los que carcomen la barbarie y la abyección. Así se fabrica ese lastre de ignominia que detiene a un pueblo en su ascensión a la cultura...

La batahola aborigen seguía. Rugían, gritaban como poseídos y zigzagueaban ebrios por los corredores de la casa, chocando, dándose empellones, insultándose rabiosamente y repitiendo—por la milésima vez—en letanías densas, lúgubres, inacabables sus proezas, sus méritos y sus tesoros...

CAP. VI

LA SOMBRA DE DYONISOS

Los dos blancos huyeron al interior. En el cuarto de Raúl se acomodaron para una larga espera. Fumaban con delectación sus cigarrillos y se abismaban en la persecución de las azulosas volutas del humo perfumado.

No osaba ninguno romper el silencio.

Raúl no se sentía con valor para recordar su asunto.

Para qué? Evocándolo padecía invencibles languideces un desfallecer de la voluntad amenazador.

Hugo parecía madurar un proyecto. Cortó el silencio, como un latigazo, la interrogación del primo,

—¿ Qué es de tus invitadas ?

—Deben llegar de un momento a otro, -replicó Raúl.

—¿Está dispuesto todo para la juerga de esta noche, verdad, querido primo?

---Todo.

—Vamos a holgar de lo lindo.

—La maestra de escuela de Torrebaja es nueva, Ha venido recientemente. Quiero conocerla. Por eso la he invitado. Me han dicho que es una chica simpática, un bocado apetitoso...

—Bien se pasa con ellas ..... No?

—Espléndidamente. Pobres chiquillas. Abandonadas en estos pueblecillos poco hospitalarios, sin vida, sin sociedad, incultos y groseros; cuando son inteligentes se ahogan y marchitan; cuando no, cumplen de mala manera su misión, se embrutecen, se vuelven tierra del agro extenso que lo domina todo...

—Los hacendados, los forasteros las explotan ?

En un arranque espontáneo de justicia que emergía de las profundidades de su alma, Raúl contestó:

—Si, desgraciadamente. Todo hombre, el macho lúbrico y maligno, cree su deber humillar esas virtudes. Y el hacendado, el visitante del poblacho emprenden esas conquistas. Y todas, más o menos tarde, acaban por someterse, ajenas a una indeclinable voluntad protectora, porque el asedio es sin término. Infelices muchachas, rodeadas por la tierra prepotente en innúmera germinación, terminan por imitarla y buscan afanosas en el amor falso un alivio para! su ínfima condición.

No acostumbramos respetar a la mujer y cada vez que alguna pasa al alcance de la garra, hacemos presa.

—Así sea ... ---canturreó Hugo con voz ronca, y glosó su pensamiento con una sonrisa malévola.

Raúl se quedó viéndole.

—No vaya a estropearme con su platiquilla cuaresmal el baile próximo, señor misionero.

---Oh, nada de eso primo. La vida es así, la situación es la que yo pinto. - No vamos nosotros a tratar de remediarla. Lo harán los que vengan si sienten más hondo ese mandato. Nosotros estamos obligados a gozar—se disculpó, con forzada y dolorosa sonrisa, el joven. Se veía que le costaba trabajo enhebrar las frases cínicas que antes florecían con tanta frecuencia en sus labios, como en los de toda una juventud dorada y viciosa, corroída por el afán del placer efímero, de una cd que huye del esfuerzo.

Se Oyó una algazara en el pato, posterior de la casa. Ruido de caballos.

—Alguien llega. Veamos—insinuó Raúl.

Hugo fue tras él.

El mayordomo, ya en el suelo, ayudaba a desmontar a una linda chagrita.

Era Rita Antúnez. Venía acompañada de su hermana y la “maestrita de escuela” a quien escoltaba un pariente vetusto.

Don Antonio atento, cortés, habilidoso, ya ducho-en estos ajetreos las mimaba, y suelta que te suelta ternos y rudas palabras afectuosas, les bajó de los caballos a todas.

---Se Apoye no más bien, linda niña, preciosita,—decía el viejo a la maestrita de escuela.

Aquella se recataba y escondía las piernas elásticas y admirablemente torneadas que estallaban dentro de las transparentes medias de seda clara, de las: miradas picarescas y caldeadas de los dos jóvenes que atalayaban desde la azotea de la hacienda.

Todas en tierra, el mayordomo se adelantó y guio a las invitadas hacia la azotea. La ágil e interesante figura dela maestrita le seguía, vestida enteramente de negro y tapado el rostro por el velo que descendía del sombrerito coquetón.

La maestrita era alhaja.

Morena y esbelta, cuerpo de ofidio que cimbreaba al andar como un junquillo de las peñas. Crenchas negras y rizosas orlaban el óvalo purísimo de la faz de un blanco mate de cera en el que flameaba la boca roja y pequeña como una fresa minúscula. Ojos vivos, alucinantes en su negror extraño, resplandecían de consciencia, Perfume de juventud y sana alegría emanaba de la silueta armónica.

Raúl se apresuró.

—Señorita, celebro el conocerla... Raúl de Covadonga, un admirador de sus gracias, de hoy para siempre. Sea bienvenida a mi casa que se honra acogiéndola.

La chiquilla se detuvo a examinarle unos segundos. Quiso sorprender en la mirada de Raúl la confirmación del > leve acento de ironía que creyó percibir en las palabras del joven.

Pero el hacendado se mantuvo sereno.

Repuso prontamente.

—El honor es para mí. Celina Estrella, una servidora suya.

Sonreía con donaire inimitable descubriendo los dientes afilados y blanquísimos.

—Entren ustedes. Rita, cómo estás ?

—Bien ño Raulito, gracias. Y usted cómo se ha conservado?

Entraron á la sala.

—Mi primo, Mi tío —dijeron el mismo rato: Pol y Raúl, presentando éste a Hugo, y a su acompañante la seductora maestrita.

El tío de Celina era un hombre de bastantes años. Caduco e insignificante; tal vez su escasa condición de hombre no sirviera de escudo para la virtud de la adorable Celita.

El rostro rojizo y abotargado del derruido tío declaraba la afición que por el alcohol debía sentir su poseedor. Mal cuidada vivía Celina de no contar con más protección que su tío inerme y vicioso.

En el pueblo estancado, fatalista, estúpido con desoladora frecuencia, es gran virtud insultar a la maistra porque lleva la luz, porque trata de quitar la venda de la estulticia de las cabezas de los niños, hijos de los aldeanos groseros. Oh!, qué gran placer procura a las mujeres del lugar, de amplias caderas, potentes ánforas de vida, de senos opulentos, descubrir una flaqueza de la “ciudadana”, de la maestrita fina y espigada que se aparta de sus toscas conversaciones y se encierra con sus librotes. Y cómo gozan cuando la odiada señorita estirada de la ciudad, que se baña el cuerpo y hasta usa perfumes, es burlada como cualquier chola que se entrega a su galán bobaliconamente en cualquier recodo del camino. Todas las gentes del lugarejo en que vive la chica ayudan-al Lovelace que casi siempre es el señorito rico, pervertido y licencioso que no reconoce muralla para sus caprichos en la extensión de sus agrícolas dominios. Así, unas veces por la violencia, otras por el amor, esas pobres flores de cultura que son las maestras rurales, se marchitan y ruedan por la fangosa pendiente del vicio. Se les deja tan indefensas en un medio adverso y todavía con resabios de un feudalismo anacrónico y repugnante. Aún es caballero que espera. el homenaje rendido de los siervos el dueño de hacienda.

Hugo remiraba a la maestrita temblando de codicia.

Realmente era una hembra soberbia. Bocadito primaveral y delicioso, muy distinto de las crasas redondeces matroniles de las cholas y de las formas quizá demasiado robustas de las. indias tercas e insensibles. Se regodeaba con el perfume de la conquista que ya imaginaba segura. ¿Cómo resistiría esa débil criatura la tentación del oro y las mentidas promesas que sus labios hábiles sabrían deslizar con oportunidad diabólica en las orejitas sonrosadas y menudas ?

—Usted, me dispensará Celina—dijo Raúl, como sin darse cuenta del sobresalto de la chiquilla al sentirse súbitamente tratada con tanta familiaridad. He mandado a invitarla porque quiero que conozca la hacienda que, desde hoy, está a sus órdenes. Asista a los toros de esta tarde. Venga a pasear cuando desee.

Calló la chiquilla. Hizo con la cabeza un vago movimiento de aceptación. Su instinto sutil de hembra adivinó en la Mamada una insidia y un peligro. Reaccionó sin embargo, y despreciando el abismo que hervía a sus pies, habló sonriente y decidida:

—Gracias, señor de Covadonga. La hacienda es primorosa y ha sido un júbilo mío conocerla.

Los labios de Hugo, resecos, eran. humedecidos por la lengua cautelosamente. Se Deleitaba con la viveza de la maestrita, con su desenvoltura que él creía desparpajo y se complacía en forjar posteriores instantes felices proporcionados por los encantos múltiples de esa muchacha que a su lado, se le brindaba maniatada y hermosa.

Como por un mutuo recelo la conversación se enfrió, desprovista de interés. Ni siquiera la charla de cotorra de Rita Antúnez le prestaba animación.

Indudablemente, los adversarios se medían en silencio y en él probaban la fuerza de sus armas. La maestrita era demasiado educada: y demasiado vivaracha en opinión de Hugo. Este, un poco descarado y con menos distinción que Raúl, para el modo de apreciar de Celina.

Por hablar, Hugo pronunció:

—Celita, cuántos días hace que usted ha venido a vivir en Torrebaja?

Otra vez se sorprendió Celina Estrella de que aquellos jóvenes la tratasen con tanta falta de miramiento apenas la conocían. No obstante, repuso:

—Poco tiempo, señor. Un mes a lo más.

—Si, porque yo no he oído nombrarla sino el domingo pasado que fui al pueblo—intervino Raúl.

---Y le gusta esta tierra? Está contenta en ella?

—Si, señor de Covadonga. Es agradable la tierra.. Se disfruta de paisajes tan lindos que una no puede menos que amar a estos parajes, y luego, sus habitantes son muy buenos.

—Porque no los conoce sino de un mes, dice usted eso —observó Raúl. Ojalá el tiempo, encantadora Celina, no se tome la tarea poco galante de contradecirla,

—Quizá tal no suceda—replicó entre: rubores y un precioso mohín la maestrita,

Son malos los del pueblo. Pero, en toda ocasión, cuente conmigo. Para servirla he buscado «su amistad.

—Gracias. Usted es muy gentil, murmuró fingiéndose anonadada.

A una señal de su amo, el mayordomo envió a la Manuela con un charol en el que venían unas copas de cognac.

Fugo tomó la delantera y galantemente ofreció una a Celina que la recibió con dignidad.

El juguetón cinismo del primo de Raúl, Hugo Zamora, le disgustaba a Celina; más aún, la repugnaba. Soñadora y virtuosa de verdad, se había acostumbrado a odiar al hombre sinuoso que desde el primer momento delata en el ademán turbio y la sonrisa ligeramente lasciva, sus sensuales intenciones.

En cambio, Raúl, digno y cortés, poniendo en sus atentas previsiones un lánguido sello de seriedad, aparecía a los ojos de Celina, simpático en extremo, Lástima que por un cálculo egoísta dejase el campo a su primo y se pusiese a cortejar, si bien por instantes, a la Rita Antúnez, a la chola buena moza y pegadiza que tanto le habló allá la aldea, del Señorito Raúl. Muchas veces había permanecido temporadas deliciosas la Rita en la hacienda. Todas las amistades de Raúl entre las gentes de Torrebaja pasaron por su intermedio.

Oh, Raúl era decentote…

Crecía a los ojos de Celina la figura garrida y delicada del hacendado y se prestigiaba románticamente.

Las copas, unas veces de vino, otras del extranjero whisky cuyo consumo constituye un timbre de distinción y de riqueza entre nuestras gentes, desempeñaba a maravilla su cometido de alegrar la conversación y tornar expansivos a los visitantes.

La Antúnez y su hermana, reían ya contentas. No cesaba ni un momento de hablar y celebraban con ruidosas carcajadas cualquier palabra de Raúl.

El hacendado, serio todavía, ironizaba con los labios convulsos sobre los eternos temas vulgares y trágicos: el amor y las mujeres.

—Poderoso es el Amor, cuando el atacado no sabe defenderse, e invencibles las mujeres si el hombre no sabe domarlas. El uno es una ridícula molestia, un catarro espiritual que

produce inquietud en el alma como el otro en la garganta, y, en ocasiones, enfermedades profundas que pueden desquiciar el equilibrio vital siempre que no se les cure con unas buenas tisanas de juicio y de buen sentido, Las mujeres, unas bestezuelas bravías que, como los gatos, quieren más al suelo, a la casa donde viven, que al amo que se deja lamer la mano con la lengua rugosa que a fuerza de rozar, lastima y se regala en la sangre.

Matilde Antúnez era una chola menos simpática tal vez que Rita. En todo caso de un género distinto de belleza, Rita era gruesa, incitante; Matilde delgada, pálida, sugería misticismos y maceraciones. La nariz afilada, de aletas traslúcidas desataba presentimientos de fiebres aniquiladoras en el amor de esa chola, fuera de lugar en el pueblo.

Reminiscencias lujuriosas de vicios exóticos, de mujeres ardientes y sensuales, venían a la mente al contemplar esa figura lánguida, consumida de molicie y de pasión, de Sulamita criolla. Los ojos encerrados en un hoyo lívido tenían, en la profundidad de las ojeras, un brillo siniestro de gemas entre negros y morados terciopelos. Instintivamente, después de mirar los ojos de la Matilde se le cogía la mano, esperando encontrar la garra y no hallando sino una mano suave, fina y reseca, con los músculos tensos en una perenne tentativa de posesión. En esas manos cálidas se retenían amorosas las ajenas.

Qué manos las de Matilde. Manos de vicio, manos de pecado.

Mientras Raúl hacía las delicias de las cholas ignorantonas con sus razonamientos que ellas sólo a medias comprendían, pero festejaban por entero; Hugo se iba aproximando, apasionado y trémulo, a Celita que casi exteriorizaba su asco por él.

Raúl tertuliaba con las cholas. Celina tenía que parlar con Hugo. Era una encrucijada. El simpático Raúl se alejaba y Celita sola se veía obligada a mantener conversación con Hugo que, todo tembloroso, no acertaba a agradarla. El joven veía confusamente que la virtud de Celina tal vez era indomable. Nunca se había aproximado con intenciones pecadoras a una virtud real y sólida en su vida de disoluto.

Solamente virginidades a medias, pudores artificiales halló en su camino. Castillos efectivos de pureza no tomó él por asalto. Recatos mentidos de señoritas que se dicen inocentes para cotizarse mejor, eso sí abundaba en la ciudad, pero una tranquila y profunda virtud, sin alardes ni desvanecimientos, como la de Celita era cosa nueva para Hugo... Temeroso del fracaso, el primo de Raúl avanzaba con cautela. Más conveniente era no precipitar los acontecimientos.

Abordó los temas frívolos para distraer a la muchacha que miraba de reojo y con un poquitín de disgusto dibujado en el semblante sonrosado y fresco, los juegos quizá demasiado atrevidos del hacendado con la Rita.

Le habló de la vida de la ciudad, añoró los pascos en la Alameda húmeda y florida en pes mañanas claras del comienzo del verano.

Por las calles enarenadas del paseo deslizarse llevando del brazo a una lírica chiquilla que tararea el pasillo en moda, mientras del centro, cerca de los laguitos artificiales, una banda militar desgrana compases invariablemente tristes de una tarda e íntima sensualidad.... De las palabras de Hugo fluía una emotiva y perfumada nostalgia.

—Echará de menos todo eso, verdad Celita?

—Pocas veces lo he gozado, señor Zamora.

Del internado, alguna ocasión que he salido, no ha sido para buscar placeres. Casi sola he ambulado por las calles de Quito, volviendo al poco rato al Colegio, deseosa de la dulce paz de las aulas umbrías y del placer espiritual, manso pero vigorizante del estudio. Y aquí en el campo sino hay bandas del ejército, de toda la tierra generosa y fecunda se elevan himnos Y cánticos diarios y bellísimos.

Hugo no pudo reprimir un gesto desesperado. Idealista parecía la hembra que él deseaba tonta y calculadora para que fuese fácil presa y cediera a sus caprichos. Difícil empezaba la conquista.

—Todo eso cansa después de poco ---arguyo Hugo. ---En el campo uno se aburre.

—No lo crea, señor Zamora. El aburrimiento no acosa a todos. Cuando yo estoy desocupada, leo, bordo, cultivo un jardín pequeñito y así ahuyento el tedio. Ya ve usted. Aquí en la hacienda, usted mismo, con ser tan descontentadizo, imagino pasará satisfecho.

—Bastante Celita—replicó despechado. El campo es pintoresco. Los paisajes encantadores, el aire puro y la sencillez eglógica de las costumbres aldeanas distraen no poco; pero cansan al fin, y el espíritu sediento de goces nuevos y complicados, añora la vida de la ciudad. ¿No le gustaría ir a Quito con alguien a quien usted quisiera mucho, mucho y vivir allí lujosamente, con todo confort, y muy cuidada y muy amada?

Celita se quedó perpleja. Hugo ante ella paseaba pá-Edo, demudado. Los ojos negros de la chica revelaban su asombro. ¿A dónde iban a parar los tortuosos pensamientos de ese hombre? Y rápida, precipitada, le interrumpió:

—Oh, no! prefiero vivir aquí, apartada y libre, cumpliendo mi deber entre las breñas. Aquino hay lujos, que por otra parte son transitorios, pero hay limpieza en el alma como hay diafanidad en el ambiente.

---Y quién pudiera quererme ?—concluyó, descubriendo en la sonrisa franca los dientes menuditos.

—Muchos —contestó Hugo, mordiéndose los labios. Decididamente, estaba torpe.

La maestrita le mareaba y sabía huir habilidosamente, las artimañas suyas. La conversación quedó trunca, Insistió Hugo después de largos y penosos minutos.

—Conozco una persona que iría al sacrificio por usted.

—Romanticismo cursi. Yo no le dejaría sacrificarse…

—Qué haría ?

—Nada. Decirle que pasara tranquilo. su camino. Un alto señor no puede amar a una cualquiera:

---¿Cómo lo sabe?

—Los hombres mienten tanto. Construyen un blasón de sus perfidias amorosas, porque la mujer indefensa en la lucha por la vida tiene que Doy en ellos y sucumbe siempre.

Sonrió el aristócrata...

—No piensa Celita que hay excepciones ?

---No las conozco. Vea. El señor de Covadonga amando a su manera a la Rita...

Raúl hablaba entre risas, sentado en el de las dos cholas y con la boca tan pegada a la cara dela Rita: que casi la besaba.

Celita manifestó con muecas de asco que no le satisfacía el proceder de Raúl.

Ofreció galante Hugo:

—Salimos Celita? Andaremos por el jardín.

— Gracias, señor Zamora. Me siento algo cansada. Después será.

—El almuerzo está servido, patrón —anunció parándose en el umbral de la sala el Antonio.

—Vamos señoritas. Nos harán la fineza de almorzar con nosotros—dijo Raúl a quien las copas habían vuelto amable y comunicativo

Se encaminaron al comedor.

Mientras los patrones almorzaban riendo, tos mientras Raúl espetaba bromas subidas a la Rita que, encendida, las devolvía tosca pero ingeniosamente; la Matilde temblaba de voluptuosidad insaciada mirando el arco tenso del cuerpo joven y ágil de Raúl, y Celita escuchaba, fastidiada las lisonjas melosas e inoportunas de Hugo, y el tío, comía y bebía sin medida; los indios seguían alborotado y emborrachándose con una escrupulosidad envidiable.

Los ruidos del patio eran más salvajes, pero más francos que los del comedor.

La encubierta liviandad de las frases que los amos empleaban al cerrar el círculo de lujuria en que querían aprisionar a las cholas fáciles y a la oveja nueva y pura que era la maestrita, resultaban más desagradables que los aullidos bestiales de los indios alcoholizados, revolcándose en el suelo.

Finalizado el almuerzo salieron de paseo los invitados. Raúl iba con Rita y Matilde, Hugo con Celina. El tío les perseguía. Erraron por las calles del parque tejiendo frivolidades y procurando, unos, sumirse en el sueño dulzón del placer carnal, y otra, la pobre Celita, huirlo y sacar a flote la cabeza y el cuerpo de ese mar de incontinencia y perversión en que se intentaba ahogarla.

CAP. VII

LOS TOROS

Calor asfixiante. Las dos de la tarde. La fiesta comenzó momentos antes. Apareció en la azotea el patrón de bracete con las dos cholas y seguido de Hugo que se adhería a Celita y del viejo que a duras penas conseguía tenerse en pie.

Al gran patio de la hacienda, cerrado por barreras de gruesos palos de eucalipto, habían sacado los sirvientes un toro. Lindo y bravío animal negro retinto que abría asustado los ojazos brillantes al ver tanta gente reunida,. Allá en las gélidas quiebras del páramo donde naciera y desarrollara, él era rey soberano y no brincaba ese bichejo ridículo que le provocaba con gritos incitantes y flameando ante sus miradas atónitas la mancha roja, sangrienta de los ponchos. Poco duró la vacilación del animal. El que le atraía, le desafiaba. Arrancó levemente una nube de polvo. Con la cola en alto, los músculos distendidos y la cabeza baja en la que se acusaban los cuernos puntiagudos y amenazantes, arremetió. El indio toreador le esperó a pie firme. Hurtó el cuerpo en el postrer instante, más por movimiento instintivo que por destreza y soltó el poncho que, suspendido de un cuerno, fue sacudido como una grímpola por el toro rabioso que saltaba sin concierto. Se desembarazó el bruto del poncho y después de cornearlo y pisotearlo, se irguió altanero, como en busca de enemigos que rematar.

Los demás indios estaban prontos. El puro esfumó su encogimiento y su miedo ancestrales y se sentían resueltos, audaces.

Citaron al toro unos cuantos con las Hamas ondulantes de los ponchos.

Borrachos, tambaleándose, fortuna que el toro no los destrozara en sus embestidas. Hacían el quite por casualidad. ¿Ellos lo atribuyen a la intervención del milagroso “Patrón San Luis”

Poco después, eran casi todos "los indios jóvenes, los. longos los que toreaban. A los casados, las hembras les impedían exponerse al peligro. -.Luchaban a brazo partido, originándose más heridas de las que podía causarles el cornúpeto,

Con gritos destemplados y ensordecedores se animaban unos a Otros.

De la plaza improvisada, del coso campero subían al cielo azul nubes de polvo cetrino recocido por el sol.

Se moría uno en la plaza. Calor, polvo y emociones fuertes. Con salvaje delectación el toro aporreaba a los indios que lograba echar al suelo. Más cauto que al principio, buscaba ya los cuerpos que se le escurrían tras los trapos llamativos. Rodaron algunos indios y el toro les daba vueltas con los cuernos y les pisoteaba. Llamado a, otro sitio, acudía impetuoso. Entonces se levantaba el caído como si tal, y entre vociferaciones y denuestos contra el bovino, corría nuevamente en pos de él.

Cada cogida de un indígena ocasionaba sonoras carcajadas de los blancos que presenciaban el espectáculo.

—Los indios son de caucho .... murmuraba Rita.

Enrojecido por el alcohol, desgreñado, casi feo el señorito Raúl ya ebrio, se puso a chillar.

No se le conocía. Era otro. Tan apacible de ordinario, tenía los ojos inyectados, las narices palpitantes, los labios trémulos y colgados.

—Chayay! Chayay! —gritaba dirigiéndose a los indios. Y exigía que la Antúnez ingiriera- repetidas copas de whisky que el paladar poco avezado de la chola rechazaba, Raúl llegó hasta la grosería. La chola se chumaba. No quería ya licor. Pero el niño insistía con obcecación.

Celita observaba melancólicamente otro lado. El griterío monótono de los indios ya no la distraía.

Sacaron otro toro y lo lidiaron igual que al primero, entre rugidos y nubes de polvo. Rodaban los macizos cuerpos y ondeaban los ponchos.

Y mientras la bestia humana se refocilaba en el patio, arriba una pobre alma desterrada ardía de angustia.

Atardecía... A través de un velo sepia de tierra se veía el disco rojizo del sol como una llaga en los anchos torsos de las montañas que se recortaban negras y distintas en la lejanía. Parecían en combustión los bosques de eucaliptos de los alcores que estaban al poniente fronteros a la hacienda. Tras ellos se hundía el sol, y los troncos esbeltos, lisos se alzaban al cielo aureolados de fuego. Tenía una trágica belleza ese tramonto en la cordillera. Las nubes —siluetas en tinta china de monstruos fabulosos—volaban en un cielo escarlata, de fragua, con bordes azulados.

Celina miraba el ocaso con una tristeza absorbente. Suspensa, con los codos en la balaustrada de la azotea, permanecía inmóvil.

Hugo a su lado: se esforzaba en vano por reanudar una deshilvanada cháchara... La maestrita casi no contestaba. El agresivo paisaje tardecino le atraía. Hugo le fastidiaba. El entretenimiento de Raúl con las dos cholas, tan fumas ya como el señorito, le encendía fugitivas luces coléricas en las pupilas extasiadas y un rictus de repulsión en la boquita breve.

Hugo comprendió que Celina pensaba en irse. Se le escapaba de las manos esa halagüeña conquista. Por su torpeza imponderable la maestrita no se enredaba en sus amorosos lazos. Al pensar en la derrota, una larga onda de rabia le enfriaba las entrañas y le subía, ya en marea encanlidecida, al rostro rubicundo por las libaciones copiosas.

El chocante vocerío de los indios no cesaba. El “toro de la oración” cometía desafueros. En la penumbra, su ágil figura diabólica daba saltos, brincos tremendos echando siempre al suelo algunos cuerpos achocolatados.

Aún circulaba el aguardiente. La beodez de los indios llegó al colmo. Se tumbaban en la arena del patio, inertes, y el toro se cebaba en los cuerpos dormidos, estrujándolos sin piedad.

Al fin el mayordomo mandó recoger el ganado.

Silbaron los lazos impelidos por las manos diestras de los cholos y se enrollaron matemáticos en el testuz de la fiera. La arrastraron al corral. De allí condujeron a todos a los pastizales distantes, a reposar de su furia inmotivada, de su cólera animal excitada por el esperpento bípedo que no contento con tiranizar a sus congéneres, aprovecha de los instintos de los demás animales para martirizarlos. En la hierba perfumada y húmeda

olvidarán los toros el patio polvoriento y los muñecos inseguros que acometieron en la tarde.

Los indios se caían en el patio, en los corredores, dormidos. Algunos lograban tomar el camino de sus chozas, pero no podrán llegar a ellas y se quedarán arrumbados en posturas inverosímiles en los bordes de las sendas con un fiel centinela contiguo: la mujer. El frio de la noche no los despertará de su pesado sueño de alcohol.

Raúl se cansó de discretear con las cholas. El abuso del licor le había trastornado. Lo tomaba después de algún tiempo de abstención. Se fijó el señorito en la expresión de disgusto que se dibujaba en el semblante de Celita, y por agradarle, invitó.

— Vamos al salón.

—Vamos—repitió como un eco Hugo.

Lentamente se encaminaron. Las cholas alumbradas pusieron a Celina entre ellas y le aconsejaban que se portara bien con los patrones que eran gente muy noble y muy generosa. Sus palabras turbias herían los oídos de Celita que las huía con desprecio.

La Rita con los ojos semicerrados llamaba al niño Raúl con voz ronca y vacilante mientras andaba difícilmente. Se enredaba en los centros. Se Deshizo de ellos con un gesto impúdico que desató las risas de Raúl ante la exhibición de las pantorrillas firmes y bruscas cubiertas por las arrugas de las medias de un rosa subido, demasiado chillón.

La Matilde tenía las ojeras más profundas, más violáceas que al principio; sus ojos relumbraban con una inextinguible llama de deseo violento y dominador, y sus manos finas, sus manos de garra, se incendiaban, trocadas en lenguas de un fuego blanco y translúcido. Iba la chola del uno al otro niño. Se agarraba temblequeante al brazo robusto y se ceñía al elevado cuerpo de Raúl, o se restregaba lánguida, sabia dejándose caer casi sobre la armazón feble de Hugo que la despedía de sí sin ojos más que para Celina quien contemplaba el sol, ya occiduo con la misma inmensa pesadumbre que cuando estuvo en la azotea.

Llegaron a la sala. Entraron las dos cholas del brazo de Raúl. Había una tenue claridad de dos bujías lacrimosas en la amplitud del salón.

—Sentarse señores y señoritas —invitó la voz gruesa del patrón.

—Gracias, primo —repuso Hugo, por de algo.

Las dos hermanas no interrumpían su algazara.

Celina callaba apretando sus finos labios en una mueva: desdeñosa. No se encontraba a gusto. Su tío no aparecía. Demasiado borracho se habría quedado en un rincón, vencido por el alcohol y el sueño, durmiendo pesadamente.

Trajeron nuevas copas. El niño ordenaba que las sirvieran con una frecuencia aterrante para Celita que las veía venir como truenos presagiadores de una tormenta contigua. La maestrita meditaba reviviendo su ensimismamiento del mirador. Era noche ya. Una noche oscura, cálida y bochornosa. El calor de la tarde formó densas capas de nubes abullonadas y plomizas que oprimían el ambiente ofreciendo una lluvia insistente, formidable.

Apenas se oían los gritos distantes de algunos indios borrachos, y los sordos ronquidos de los que dormían en los fríos ladrillos de los corredores. Pobre raza vencida; se tendía en el

suelo, arrastrándose materialmente hasta cuando regida por el alcohol adquiría un transitorio dominio sobre la inopia moral.

Los niños bebían... Hugo empecinado en que Celita tragara algunas copas de whisky. El había engullido una cantidad doble; por ella y por él, porque la adoraba. Celita depositaba en su diminuto pañuelo de encajes los pequeños sorbos del licor de cebada que la testarudez de Hugo le constreñía a llevar a la boca.

Raúl no se preocupaba ya de los dos. Con la Rita se confundía en una escultura confusa en un ángulo del salón, desafiando las miradas ardorosas de Matilde que, ebria, andaba de un lado para otro con las manos viciosas hacia adelante como queriendo apresar algo y los ojos llameantes de fiebre placentera.

El señorito se desprendió del abrazo de la Rita. Después de unos segundos se acercaba dificultosamente al diván en que Celina y Hugo empezaban a cada momento una conversación que no terminaba nunca. Llamó a Hugo a gritos.

—Hugo, primo, ven…

—Raúl, aquí estoy

Se acercaron, se unieron y la lengua trabajosa de Raúl deslizó en los oídos de Hugo unas frases obscenas, desvergonzadas.

Brillaron los ojos amortecidos de Hugo al escuchar la propuesta. Diabólico, el primo, insinuó a Raúl.

—Hazla traer acá. Y no seas bruto…

Se Irguió el señorito. Por su hermoso rostro cruzó una ráfaga de insolencia castellana. Los cabellos desordenados de su rubia melena ondearon a un soplo del aire húmedo y pegajoso, como gallardetes.

Afuera, el viento ululaba entre los eucaliptos y hacía doblarse lastimosamente a los álamos. Crepitaban las ramas secas coreando los silbos recios de la ventisca. Se trizaba el ambiente con zigzags fúlgidos, todavía remotos. El mugido del trueno llegaba amortiguado, devuelto en cien ecos por las anfractuosidades de la serranía.

La tormenta se aproximaba.

Celina en la sala se consumía de sufrimiento. Se levantó, fue a una ventana, aspiró el olor acre de la luvia inminente, se santiguó haciendo un mohín de profunda inquietud y volvió a entrar. La fatalidad le perseguía aquella noche como otras tantas.

El niño Raúl tambaleante pero más autoritario, bramó repetidas veces.

—Antonio! Antonio! —y el estrépito se propagó lúgubre por los corredores sombríos,

De afuera, Antonio contestó pronto.

—¡Niño!

---Ven acá.

El cholo se inclinó. Como saboreando las palabras, Raúl musitó:

—Haz que la Manuela venga con unas copas y cuidas de que no salga de la hacienda sin ser vista. Si sale, la haces entrar de nuevo, aún usando la fuerza. Las palabras brotaban borrosas de los labios hinchados y palpitantes. La nariz enrojecida recogía un olor sensual.

---Bien, patrón—dijo el mayordomo y se alejó.

—Señor... con su perdón, ---se excusó Celina dando unos pasos hacia la puerta..-

—Le acompaño—ofreció Hugo, cariñoso.

—Gracias, me importunaría. Vuelvo enseguida —rechazó afable, casi atenta la maestrita.

Hugo se sentó satisfecho. La miró alejarse pensando en que había ganado algún terreno en el corazón de la esquiva muchacha.

Ella a tientas, tropezando con los indios borrachos, encontró al fin, a una india servicia y se hizo conducir donde el amo mayordomo. Llegó donde él anhelante y temblorosa. Antes de que el rudo cholo se rehiciese de la sorpresa y le preguntara por qué estaba allí, Celina se arrojó a los pies del Antonio y entre sollozos le dijo:

—Sálveme don Antonio. Mi tío no asoma... Su patrón Hugo ha de abusar de mí... Sólo usted me puede librar. Usted ha de tener también hijas... Por ellas, sálveme por Dios, don Antuquito, y le cogía las manos callosas con las suyas estremecidas y las mojaba en una lluvia implorante de lágrimas.

—Niñita... Cómo puedo yo hacer?... Se ha de dar cuenta el patrón.

—No—dijo Celina, estirándose señera. Prepara un caballo —iba bajando la voz— y lo pone en el patio más cercano a la sala. Lo demás... yo lo hago.

—Pero niñita, puede matarse. Con este tiempo...

—Prefiero morir a quedarme aquí. Si el caballo es bueno y conocedor, nada ha de pasarme. Por sus hijas, sálveme don Antonio, y la arrogante muchacha se retorcía las manos de angustia y trenzaba su cuerpo codiciado al fuerte y erguido todavía del viejo mayordomo, convertido en sostén de esa enredadera bellísima.

Luchó interiormente el cholo un corto tiempo. Un sedimento de moralidad le llevaba hacia el bien instándole a rebelarse contra el amo omnipotente. Sus ojos deslustrados se irisaron en la sombra con un destello de voluntad. Adoptó una resolución. Ahora era firme como una roca.

—No llore niña. El caballo estará listo en el patio que sigue al corredor del cuarto de ño Raúl. La puerta al camino ordenaré que le abran sí quiere irse. A mí me parece que hasta con esconderse por aquí... SI se va, mande el caballo a mi casa a la madrugada.

Calló. La voz del viejo temblaba. Sumido en la obediencia, primera vez que no acataba una orden del amito. Pero era ya demasiado. Que se divirtieran con las cholas que se prestan, pase; con las indias que al fin no son más que indias, también; pero que intentaran abusar de esa linda chullita forastera, tan bonita y tan buena, ya no podía tolerar. Se sublevaba su alma ingenua de padre de familia campesino. El sería capaz de asesinar al que arrebatara la honra de su Emilia, su hija mayor, un pimpollo silvestre en que el chagra deliraba. Se quedaría fresco matando al infame .... ;

Esa pobre muchacha no tenía quién la defendiera. El borracho del tío no era cuenta. Por eso... El, el anciano honrado y moral desde que nació, la ampararía... No importaba perder

el empleo. Y hasta era posible que el niño no se enfadase. Nada había ordenado el patrón Raúl con respeto a la maestrita; podía, pues, dejarle escapar.

Y mordiendo su tabaco de envolver, cuyo humo hediondo asfixiaba a Celita, se separó de ella para advertir a la Manuela que llevara a la sala unas copas que pedía el patrón.

La longa servicia dormía en un cuarto apartado, de junto a la cocina. Fue a despertarla. Descansaba la pobre longa acurrucada sobre el suelo, cubriendo sus formas venustas con una manta parda que poco la abrigaba. Despertó sobresaltada al oír su nombre en la bruma del sueño y se acercó en camisa a la puerta.

—Amu Antonio—contestó.

—Patrón Raúl te llama. Vendrís al comedor para que llevís unas copas que pide.

—Ya voy —refunfuñó la longa atacada de frío violento.

Antonio se marchó mientras la india se vestía.

Razón le sobra al niño para quererla, iba pensando el mayordomo. Es una longa guapa. Por qué será tan tonta y tan porfiada que no se entrega al niño voluntariamente?... Bien le iría...

En el comedor se sentó a esperarla.

Después de largo rato apareció la Manuela llorosa. Su alta contextura ondulaba eurítmica en la prisión del anaco que revelaba en toda su pureza las líneas intactas del cuerpo robusto y fino.

Vio las copas sobre el charol de al y con un movimiento rápido —valor y fatalismo— se enjugó los ojos con el revés de la mano. Sus labios se contrajeron sorbiendo los restos de las lágrimas.

Cogió el charol y fue a la sala.

Se detuvo en el umbral intimidada. El espectáculo innoble atizó sus rubores. Los niños se mezclaban con las cholas en grupos impúdicos. Sintió un desmoronamiento en su postración de raza. Hl recuerdo del Venancio se interponía amenazador, los ojos fulgurantes de odio y de venganza, los puños cerrados y al caer sobre su rostro. Ella debía retroceder y huir a su choza para escapar... Allá lejos, a los riscos ásperos y protectores... Fuera del alcance dé ese hombre ansioso de carne. De ese conquistador resurrecto. Pero algo le detuvo. No un miedo ni un recelo. Un garfio desconocido que se le aferraba al alma como un anzuelo y que hacía presa dolorosamente... ¿Qué era ese grillete importuno ?

Ño Raúl fijó su mirada de ebrio en la longa irresoluta. Esplendieron sus pupilas dilatadas y vagas. Y en esa malla oscura se enredó la voluntad de la Manuela.

Huyéndole, odiándole, eludiendo sus embestidas, volviéndose trofeo para los deseos febriles de Raúl, la india fue lentamente, progresivamente admirándole. Era el blanco hermoso y subyugador. La otra raza, la dominadora que se le aproximaba en un gesto brutal, lascivo, pero bello. Ella no sabía de las blanduras aviesas que el blanco da al amor, de sus persecuciones, de sus civilizados, vericuetos. Sabía del apremio tosco, del retozo primitivo que encierra una solicitación amorosa en su franca brutalidad. Y el niño lindo pegándosele con dulzuras, con homenajes que ella solamente intuía, porque al fin era mujer, fue poco a poco tornándose agradable por más que ella soterrara su ternura en un

desvió manifiesto. Su espíritu de bruma amó insensiblemente al enemigo secular. Al blanco injusto que la gozaría, despreciándola después.

CAP. VIII
SÁTIROS Y ESTRELLAS

Ese amor fue un sentimiento hostil que su carne -desgarrada en sus antepasadas-, sus entrañas que palpitaban ante la posibilidad de la entrega, rechazaron con ira y con náuseas. Una lluvía lenta y tristona de cariño que mojaba sus miembros duros y le penetraba hasta el alma reacia. Y no pudo defenderse. Cuando lo intentó era demasiado tarde. Traidor, sombrío el amor oculto se desquitó de la aversión pretérita, anulándola, pugnando por salir a los labios en palabras acariciadoras.

Cuantas veces tuvo la longa sin ventura que evocar, como a un broquel, la silueta del Venancio, de pie, varonil y bello, allá en la rocosa ladera, para no responder a las lisonjas del niño con un amitu que hubiera vendido a su fisonomía de esfinge trasluciendo la emoción verídica.

Era eso lo que le retuvo en esa hora fatal. Unas lianas sombrías y quemantes que se anudaron a sus tobillos desnudos con un ardor lujuriosos, raro para ella. Y no puedo fugar.

Se quedó.

La voz del apocamiento se agitó en sus fibras con estridores de mando. Avanzó como sonámbula portando el licor, biombo cristalino de los vicios funestos.

Delante del amo se inmovilizó recta, altanera, con los ojos. semicerrados, canéfora de bronce.

La Rita borracha contorsionaba su mole rechoncha en. imaginarias voluptuosidades sobre un sofá.

Matilde retenía a Hugo que hastiado quería ir hacia la puerta en busca de Celina prófuga.

—Ven —mandó Raúl a la longa inmutable, estupefacta en medio del salón.

La india acortó la distancia. Un temblor intermitente estremecía las alas de su nariz ligeramente corva. Las pestañas azulosas velaban el misterio de los ojos deslumbrados. Apretados y firmes, los labios rehuían de miedo.

A dos pasos de Raúl, la india extática parecía no mirarle, sumergida en una visión interna. El blanco vacilante se llegó a ella. Tomó dos copas.

—Deja el Chacal en esa mesa —indicó. Ven, Manuela.

Y al ver que la longa no se movía; fue en su busca dibujando arabescos ridículos en el piso.

Babeante, trémulo, la respiración rota, perdida la vista en lejanías de concupiscencia, Raúl estaba horrible.

Quiso coger a la longa del mentón. Un movimiento repentino del busto elástico burló la mano torpe. Se acercó más. La india retrocedía atemorizada, dudosa.

La Persiguió. Por una puerta de comunicación pasaron a un gabinetito reservado y discreto.

La india huyendo, Ráúl mermando el cerco repulsivo de su anhelo, bordeaban ya el océano misterioso de los sexos...

Dificultosamente, Raúl aprisionó a la longa por una muñeca. Con dureza inexplicable, con una desatinada fuerza la ciñó el talle y la paralizó. Forcejeó la india acongojada.

Por los vidrios de la ventana que daba al corredor vio rielar una lucecita lívida. Una esperma chisporroteaba sobre un candelero como única luz del gabinete.

Raúl hizo beber a la fuerza el whisky de una copa a la Manuela. El licor ardiente removió sus rebeldías. Intentó evitar el abrazo mefítico del patrón. Pero éste, arrojó la copa al suelo y atenaceó las muñecas entre sus manos locas... Los menudos fragmentos de la copa se dispersaron quejándose.

Los mullos de las manillas caían en hileras llorosas y purpúreas sobre el piso.

Hurtaba la longa los jugosos labios a los asaltos del blanco. Convencida de su debilidad y de su impreciso amor al patrón, ponía todo su empeño en huir de los labios ávidos, procaces de Raúl, que buscaban su boca con insistencia ciega.

Las indias creen que el beso es el abandono supremo.

Desesperado el patrón por la terca negativa y excitado hasta la demencia por el licor, se ensañó contra la longa.

Luchó con ella salvajemente. A brazo partido, en un cuerpo a. cuerpo desdoroso y cobarde. Con ímpetu

bestial de hombre culto reconquistado por el instinto todopoderoso.

Golpeó a la india y su abrazo formidable dobló el torso erecto y apoyó en el suelo, con un brusco ademán victorioso, el cuerpo bello.

Un vaho lúbrico que soplaba enervante y calino de la sala, teatro de una bacanal odiosa, acabó de enloquecerle... Atontado, ciego, sin bridas morales, consumó el triunfo, el mismo triunfo venal y fugitivo que antaño obtuvieron sus muertos imperiosos, bajo el Dios de los Incas, en los caminos solitarios, en las oquedades recoletas contra las indias dócilmente yacentes...

La india quedó vencida, aniquilada.

El rostro exangüe, cruzado por las greñas del pelo azulejo y desordenado, recordaba el de una muerta.

La Levantó el vencedor de su altivez de virgen, como protegiéndola y la reclinó sobre un sofá luego de arreglarle los vestidos que se adherían tibios y pudorosos a la escultura mancillada.

De pronto el blanco quedó traspasado de miedo.

Pegada a los cristales creyó ver una cara chata y negra y oyó una risa aguda —funeral augurio— que se propagó por los corredores extensos con resonancias agresivas.

La voz del niño empapada de dulces inflexiones de caricia despertó a la longa del mareo sexual. Un sorbo de whisky la reanimó por completo.

Miró con los ojos muy abiertos a Raúl.

Las pupilas negrísimas de la india poseían una inmovilidad rara. Se Clavaban en las azules de Raúl, porfiadas y quietas como un agujero hondísimo que produce vértigo.

¿Qué pasaba en el alma de la Manuela en esos momentos? En vano hubiera pretendido adivinarlo el patrón. Ese rostro de enigma no confiaría su secreto.

Quizá sus reminiscencias se posaban al vuelo en el Venancio, en su novio indio que carecía de esas sinuosidades sanguinarias y amorosas de Raúl, pero que era más bueno y más franco.

La mujer que se da aún hombre lo hace siempre pensando en otro... Jamás se la capta integra. Defiende su sentimentalidad proteica en la altura intangible del recuerdo.

Inútilmente tentó el amo asomarse al fondo de ese espíritu distinto. Tuvo que pararse en el brocal de ese pozo ambiguo y silente después de haber gustado sus aguas placenteras.

Aún las mujeres de la misma raza quedan como perpetua incógnita frente a la anhelosa inquisitoria del varón. ¿iba a violar su misterio esa hembra de una casta atosigada de pavor, ahíta de justificada confianza?

Habló Raúl.

La palabra incoherente quiso consolar a la Manuela con razones económicas.

Calló la longa.

Raúl la mimaba. Despaciosamente, sus manos pérfidas repasaban el óvalo. de la cara y ambulaban, cálidas aún, por el cuerpo de la india.

Ahora la longa ya no huía

Sus pupilas de noche taladraban el alma desaprensiva de su dueño, marcando en ella una estela de desasosiego inexplicable y creciente.

Domaba el pelo rebelde ahuecando las manos, besaba la boca cerrada, oprimía entre sus brazos el pecho ya tranquila la india le miraba en silencio.

Y absorta, sin decir una palabra, comenzó a recibir en las manos amoratadas y llenas de rasguños, una lluvia dolida que le caía de los ojos fijos siempre en el patrón.

Raúl, beodo todavía, se enderezó.

Trabó del brazo a la Manuela. La condujo hasta la puerta y le dijo:

—Lleva el charol con las copas.

En la sala, Hugo, alcoholizado por completo, se revolcaba grotescamente atrayendo hacia sí, en sueños, el cuerpo de Celina.

Entró la maestrita. Se acercó Hugo a ella cínico y atrevido. Silabeando las frases, recalcó en sus oídos promesas ilimitadas.

Celina indignada devolvió los salivazos con un gesto. de asco. Se le Juntó el señor Zamora, desvergonzado y pálido y trató de abrazarla.

La muchacha cruzó la cara del primo con su manita nerviosa y frágil que vibró en el aire y cayó con ruido seco en la mejilla lívida.

Valerosa, más alta, la maestrita condensó su desprecio en una sola palabra:

—¡Insolente!

La sangre del noble bulló en las arterias escleróticas acuciada por la ofensa.

El rostro de Hugo adquirió un marcial continente. Con pasos menudos probó a aproximarse a Celina para cogerle las manos.

Un veloz movimiento libró a Celina de su perseguidor. Dejó la sala. Ya en el corredor, la muchacha avanzó presurosa hacia el patio.

Hugo jadeante, colérico no pudo atraparla, La llamó muchas veces con voz enronquecida que le restituyó amplificada un eco burlón...

Regresó a la sala desalentada, furioso. La Matilde a su lado le forzó a olvidar bien pronto a la maestrita zahareña y resuelta,

Ella corrió hasta el patio, montó en el caballo que cuidaba del freno el mayordomo, quien la ayudó y la animó cariñoso y cauto, y desapareció en la sombra clareada por la luz cegadora de los relámpagos....

Cuando la Manuela salió del gabinete llorosa y sobresaltada, recogió el charol y se dirigió al comedor. En la primera esquina del corredor una mano férrea le contuvo, y una voz imperiosa murmuró:

—¡Shuyay!

Por el acento reconoció a su padre. «Una crispación incontenible, un calofrío dinamizaba en el mismo sitio el cuerpo de la Manuela. Se quedó, a poco, inmóvil, esperando el castigo con la cabeza baja. Contigua al padre resbalaba otra sombra hermética, el Venancio.

—Longa sinvergüenza, ¿de onde venís? Patrón carajo, ¿forzó? ¿Por qué no avisaste pes 'quí patrón molestaba para llevar a casa?

—Acaso yo quería venir a hacienda...

Manuela lloraba con vehemencia a veces; silenciosamente otras.

—Ya ha de venir, mayordomo. Vamos a cocina —susurró el Gregorio.

Anduvieron. A la luz de las brasas pudo ver la india a su padre con la cara congestionada, horrible. El Venancio estaba monstruoso.

Sobre la frente se le agrupaban al viejo siniestras arrugas. La boca retorcida parecía morder en el aire. Las manos se engarabitaban como zarpas. Las uñas sucias, negruzcas, se diría que habían crecido súbitamente.

Falta Gregorio lo ha visto todo, pensó la longa en el paroxismo del terror.

—Quédate no más aquí, Obedecerás a patrón.

Pronunció las frases con una punzante ironía, destilando en ellas un zumo de saña que no pasó desapercibido para Manuela.

En las brasas encendió un cigarrillo. Su luz exigua rebotó en los ojos con un brillo fosforecido. El mismo fulgor escaso y asesino que vio la Manuela tras los vidrios del gabinete.

Tembló como sí le acometiera el paludismo, El padre vengativo había contemplado la escena faunesca. Su desquite sería espantoso.

El Gregorio dio unas chupadas a la tagarnina asquerosa y salió de la cocina rígido, impávido, callado.

CAP. IX

POCOS...

Guardó las copas la longa y se encaminó a su dormitorio.

Se tiró en el suelo convulsa. Dejó escapar su llanto libremente. La evocación de la escena del gabinete le semejaba la de un suceso pasado, muy pasado.

Raúl se perdía para ella en una nube sangrienta sobre la que se destacaba gigantesca la figura de su: padre, de Gregorio, acompañado por su novio.

Estaba segura de que los dos indios se vengarían de la afrenta. Y ella, la hija manchada no sabía qué partido tomar.

Su odio de familia le imponía a gritos que ayudase a los paladines de su honra. Sangre ruin y libertina debía lavar la ignominia, esmaltar de flores rojas el camino de Manuela hacia la felicidad... Sin la vindicta quedaba la injuria en pie. Como un estorbo, como una valla de vergüenza entre ella y el Venancio.

Si resguardaba al patrón del riesgo que los reticentes gestos de Gregorio y Venancio presagiaban, era desleal con su raza pero salvaba su naciente amor, apartaba la muerte de la cabeza del blanco malo, infame, pero colmado de encantos para sus sentidos groseros.

¿Por cuál senda decidirse ?

Sin resolverlo, insomne, la infeliz longa que nunca se ocupara en pensar daba vueltas en su cerebro a la misma idea. Reparar el baldón que Raúl arrojara sobre ella, o evitar que los siervos canijos destrozaran el cuerpo profanador del niñito.

Se Durmió al amanecer, rendida, con el cuerpo dolorido. Y en sueños vio la cabeza blonda de Raúl cubierta de coágulos de sangre. Se vio ella contemplando muda, horrorizada, la testa yerta cuyos ojos enormes, hialinos reflejaban en ella una opaca llama de súplica y perdón.

No, ella no dejaría consumar el crimen.

Opondría su voluntad a la de su padre. El patrón era muy lindu para que la india consintiera en desamparar a su recalcitrante galán. En la inconsciencia del estado que sigue al sueño surcado de alucinaciones, se prometió escudar al amo de la ley del talión que le circuía pesada y maléfica.

El regusto del placer y el cansancio, el limo de odió y sumisión, y el agua clara de un cariño grande y redentor, se amalgamaron en el espíritu mustio de la longa, creando una linfa discorde que la ahogaba y que la despertó turbada, con la boca sápida a besos y a sangre.

Celina llegó a su casa de madrugada.

Nerviosa, irritada ordenó a un indio que la servía fuera a devolver el caballo en la casa del mayordomo de “Rosaleda”, diciendo que ella lo mandaba.

Vestida, sudorosa, con el pecho plegándose y dilatándose como un fuelle se tendió en la cama. Contra sus designios pensó en Zamora. El airecillo enclenque pero patricio de Hugo, volvía inquietante y arlequinesco con el mismo afán de apresarla. Y su cólera se amortiguaba cada vez que en sus oídos cobraban íntimas reviviscencias las galanterías del primo. No obstante, concluyó por recordar con vascas al debilitado aristócrata.

Ella, ilusionada en el Colegio por las palabras inflamadas de sus profesoras, imaginaba su tarea como la de un sembrador magnífico que sólo viera en su torno sonrisas agradecidas y corazones limpios bajo la pompa solar. Y notando que se le pagaba con ofensas. sus desvelos, que un hacendado cualquiera sentíase con derecho a encenagarla, rectificó el concepto optimista de su misión que abrigara hasta entonces. La encontraba dura, espinosa, alterada por remolinos de vicio y tramas vulgares.

Cuánto sufrió Celina en contacto con la realidad que ella imaginó diferente.

¿Por qué la habían engañado? ¿ Pol qué no le dieron la meridiana noción de las batallas anónimas en que se vería envuelta y en las que, si triunfaba no obtendría galardón, y si caía vencida recogería todo el desprecio, todo el cieno?

Así al menos le hubieran ahorrado la muy humana brutalidad del desengaño.

Era una sembradora sí, mas una sembradora acorralada, una mano divina que esparcía la simiente, pero a la que esperaban en la encrucijada para escarnecer.

¿Por qué no serían ella y las como ella, intocables, acorazadas, augustas como vestales, fuertes como amazonas? Y no carne inexperta al servicio de una alma deslumbrada por la espectacular visión de un apostolado vestido de colorines que ocultan la verdad de su sacrificio ¿heroicamente y bellamente inútil...

Sola, inerme, en la reclusión de la aldehuela donde todo le era hostil, se veía como una rosa trasplantada a un terreno arenoso donde prosperan indiscutidos los cactus hórridos.

Pobre mujer sin confidente y sin sostén. Con el absolutista amor de la cultura que cuando no se arrima en el amor de otros, es solamente cruel. Escupida por la marea de la civilización hacia esa playa desolada de rocas duras y puntiagudas que lastimaban las plantas.

En su abandono, en su infinita soledad la muchacha valerosa no halló más refugio que el cuenco moldeable de su almohada, único regazo maternal y propicio. Sus lágrimas, sus primeras lágrimas de impotencia manaron silenciosas y ardientes.

No presentía siquiera el llanto de la otra hembra violada y febricitante. Esos llantos acordes las volvían hermanas. A la blanca que observaba el terremoto de sus ilusiones y a la india que vela el desastre de su vida.

La maestrita pensó huir, Separarse de ese poblacho ceñudo y llevar su sandalia de romera y su actitud fervorosa de siembra a un medio más acogedor. Algo se rebeló en ella contra la pusilanimidad de la fuga. Entrevió que aunque cambiara el ambiente los escollos subsistirían. El hombre persigue a la mujer perpetuamente, Y ese imperativo de la especie que condenó como injusto al principio, se hizo natural a sus ojos de razonadora.

No se resignó por eso a dejar de creer que ellas, las maestras debían ser intangibles.

Resolvió quedarse. Su voluntad indomable, acrecida por los idealismos librescos, no podía quebrarse en el primer cheque. Miedo ella de esos hacendados licenciosos y burdos... De esas linajudos que hacen consistir su hidalguía. en el atropello de mujeres solas...

Ella se quedaba. Aislada, como un lozano arbusto florecido, resistiría el ímpetu del río de lascivia que le seguía rumoroso. De esa inundación sacaría las hojas limpias, las flores más lustrosas y la savia —el alma— más alta, más templada.

Su decisión cortaría los crapulosos seudópodos del pulpo con que sí imaginación representaba a Hugo.

Resuelta. pura y libre la virgen labradora de los surcos feraces de tina tierra espiritual mugrienta y dura, se quedó dormida.

Sus rizos le formaban aureola. El foete fingía vagamente un cetro entre sus manos dulces, leves.

El Gregorio y el Venancio al salir de la hacienda fueron a juntarse con el Ramón y el Juan en un potrero. Estos dos indios después de ayudarles a penetrar en la casa, dejaron a Gregorio y a Venancio solos y fueron a esperarles.

Se Reunieron. Gregorio callaba. Los otros no osaban interrumpir su silencio.

Mariposas nocturnas resbalaban en la tiniebla húmeda. La hierba se chafaba muelle bajo los pies. Hilos de agua corrían entre las gramíneas. Un penetrante olor a trébol y a salvia hostigaba las narices.

Salieron del potrero y tomaron la senda que conducía a la choza del Gregorio. Hi torrente del pie, hinchado por la tormenta, bramaba en la hondonada.

En la choza discutieron largo espacio. Intermitente la voz del Gregorio rayaba el aire con vibraciones enconadas y decoraba con manchas rojizas la conversación decaída.

Parecía que daba indicaciones. Movía bruscamente las manos unidas como que manejaba una azada o una hacha.

A la mañana siguiente —sol jocundo regándose por toda la tierra— las Antúnez, a caballo, partieron de “Rosaleda” tomando el camino del pueblo, acompañadas por Don Antonio.

El mayordomo, a alguna distancia de ellas, las miraba de reojo. Con ira. Ellas tenían la culpa de lo que estuvo a punto de suceder con Celina. Esas cholas interesadas que por el dinero

son capaces de vender el alma al diablo, son las responsables, iba pensando el viejo, creyente y murmurador.

La Rita averiguaba a la Matilde.

---¿Qué habrá sido de la maestrita?

—No la vi —replicó la hermana presa aún del alcohol.

—Capaz haber sido la tonta de irse a la casa de ella, a pie, haciéndose la que le desprecia al patrón Hugo.

---¿Y si no le quiere?

—Mas que nunca. Unos hombres tan ricos y tan generosos acaso hay siempre... Y qué tiene pes. Hoy o mañana...

—Ella sabrá. Si no le gustó el señor Hugo qué quería a haga?

La Matilde, sensual, viciosa disculpaba, comprendía que otra no lo fuera. Saciada, repleta de animalidad la Rita creía que todas debían complacer a los patrones. Y no se explicaba la resistencia sino como una forma de torpeza, porque ella nunca la mostró.

De niña se vendió a un mercachifle ambulante, a un turco que fue al pueblo, a cambio de unas joyas falsas. Su carne firme de mujer campesina había sido muy saboreada. Por los transeúntes ricos y los donjuanes de la aldea. Los melindres virtuosos a ella le daban tufo de engaño.

—La Agradesera al niño Raulito. Le Dirá que nos llame no más cuando nos necesite—les oyó decir Don Antonio, al arrear colérico los caballos del patio de las Antúnez para volver a “Rosaleda”.

Rezongando un ¡hasta la vista!, se perdió en la callejuela estrecha. y pina, con un ruido atroz de herraduras.

Descaecido, sintiendo que el alma se esfumaba indócil a los esfuerzos volitivos para precisar el campo de la conciencia, y el cuerpo en una agria rigidez no obstante estar desmanejado y frágil, despertó Zamora.

Las rendijas de la ventana que daba al jardín, consentían unos chorros de luz fuerte, neta, que se desperdigaban en un polvillo dorado, con resabios de la rotunda fragancia de los chamburos

Raúl ya había salido. Se vistió el señorito Hugo derrochando enormes esfuerzos. La francachela aniquiló Sus energías. En una como añoranza sutil revisaba los sucesos de la noche anterior. Salió a gozar del sol de las doce, plenamente, en el corredor principal de la casa.

A poco se presentó Raíl. Estaba pálido; su cuerpo perdió la prócera elegancia habitual y se encogía dolorosamente.

Los dos primeros se arrellanaron en dos sillas, uno al lado de otro.

—Parece que has cometido un crimen, Raúl.

—Estoy por creerlo. Siento en mi torno un acedo rumor de vaticinio. Algo terrible me ronda.

—Tonterías tuyas... Antes no eras tan preocupado. Estos aires de sana rusticidad te han transformado en miedoso y clarividente.

—Tal vez yo tenga razón, primo. No estoy satisfecho. Y no son recriminaciones de mi romanticismo —muerto hace mucho tiempo— las que me agrían hoy; no, es un atalayamiento de pesares el que me nubla estos momentos.

— Vamos, primo, arrincona esas niñerías. ¿Qué puede asustarnos en estas breñas tan tuyas, en estos campos para los que una voz tuya es el conjuro de Aladino?

—Por eso, porque mi voz tiene imperio, temo que alguna vez el oprimido la desoiga.

—Raúl, Raúl! ¿qué estás diciendo? ¿Rebelarse contra tí? Buenos medios habría de castigar a los desobedientes.

—Es que yo he visto prenderse en unos ojos fulgores ya fenecidos, De valor y de rabia.

—Me intranquilizas, pana. ¿Qué te han visto? ¿Quién?

Raúl le relató cómo su placer fue truncado por el rayo siniestro de la mirada que creyó salía de unos ojos pegados a los vidrios. Le dijo que oyó una carcajada luzbeliana, sarcástica.

—¿De quién serían los labios sardónicos y los ojos insolentes?

—Quién pudiera saberlo...

—¡Antonio! ¡Antonio!

Precipitadamente, con el ruido grato que hacen las alpargatas sobre las tablas acudió el cholo.

—¡Patrón!

—¿Dime quién entró a la hacienda anoche ?

—Naidenes, patrón.

—Yo he visto a alguien. Mal cuidas a tus amos, Antonio, cuando no sabes quién se cuela en su casa. El tono seco, reconvenía.

Así lo entendió el cholo que se apresuró a reponer.

—La noche era muy escura, niño. Sólo que por las tapias hayan entrado. Como son bajas… Pero hasta la sala no ha ido naides, ño Raúl. Yo mismo he estado dando las vueltas por ahí y no hi visto nada.

---Pues yo he visto una cara y he oído una risa…

—Dios me Libre, niño... El cholo se santiguaba. ¿De quién sería ?

—Eso es lo que desearía saber.

—Antonio, ¿qué fue de Celina? Cómo pudo esa muchacha fugar de la hacienda en semejante noche? —intervino Hugo.

—Yo oí sus pasos al rato que salió de la sala. Pero no le vide. Cro que saldrían al camino y se ha de ber ido al pueblo. ¿Será a la niña Celina que le ha visto el patrón Raúl?

—No era ella.

—Perdón, niños. Tengo que preparar las mingas para «el corte de trigo de la otra semana. Me voy, patrones.

—Anda, querido Antonio, murmuró Raúl.

Tan pronto como se apartó el viejo, recomenzó Hugo:

—Yo en tu lugar no hacía el menor caso de esos ojos y esa risa que cada vez creo más que no son sino una ficción tuya. No estabas borracho ?

—Borracho, sí; pero no tanto como para no distinguir una sensación real de una falsa.

—Nunca sabe uno hasta donde está consciente cuando ingiere licor. Los límites, en todas las cosas, no son seguros, claros. Menos en las espirituales,

---No seas necio, Hugo. Tengo un miedo subterráneo de no se qué...

—Te has olvidado de las frecuentes parrandas antiguas. Nada más. ¿Cuándo no queda una aplastante nostalgia, una saudade pertinaz al otro día de una fiesta en que corrió el vino sin tasa?

—Si, pero entonces la pena es sin motivo aparente. El móvil se agazapa en el subconsciente. Y ahora no. Me invade un terror escalofriante porque esos ojos y esa risa me retaron. Me amenazaron de muerte...

—Raúl, no te conozco! Cobarde tú? No fuiste nunca.

—No es cobardía. No es temor epidérmico que eriza los pelos. Es miedo profundo que roe las entrañas. Quizá es un presentimiento. La trasmisión telepática de mi sentencia de muerte que la ha dictado no se quien en la sombra, pero irrevocablemente.

—Vas obstinándote en el martirio de ti mismo. Hay un remedio. Vámonos de aquí donde tu calma está proscrita. Huyamos de tu hacienda.

—Si, Hugo, huyamos. Nos iremos después de los dos días de la trilla. Si no se acaba, también. Nos iremos. Este cielo me ahoga. Parece que el paisaje se presentara enhestado para conminarme, para repudiarme...

—Nos iremos, Raúl. Ahora, óyeme a mí. También deliro. Anoche yo creía que Celeste —te acuerdas de la novia mía que se llamaba así —gozaba conmigo y que la Matilde era ella.

Se heló su risa frente al ceño de Raúl.

—Te sientes mujer, Hugo, —dijo con tristeza el patrón. Sólo ellas reviven en cada nuevo amante al que se ausentó. Nosotros para ellas somos como el oro líquido que llena el molde de la única joya de su vida: el primer amor. Los demás no hacen sino colmar un vacío ilusorio. Cuando nos acarician, cuando nos miman apasionadas, no hacen sino recordar al otro, al prófugo definitivo.

—Esos moldes rechazarían las cualidades no afines con las del arquetipo, teorizante extraño del amor.

—Las rehúsan, primo. Te aman a ti, después que a otro, porque las recuerdas, con más o menos fidelidad, un rasgo del amante ya ido. No importa si físico o de alma. Cuando discrepas mucho, o la similitud fue ficticia, se despiden sin dolor, sim piedad, casi estomagadas.

—Sería de saber siempre cual fue nuestro antecesor para imitar sus facciones espirituales.

---Si. Eso proporciona triunfos pasajeros a los dilettantes del erotismo. Pero la mujer tiene un seguro instinto, una exquisita brújula moral para encontrar el “quilate rey” de un hombre. No se las puede engañar mucho tiempo. Nuestras brusquedades inoportunas nos ponen al descubierto, sin velos, ante sus ojos expertos.

—Realmente. En el amor la mujer se desnuda el cuerpo y cubre con densos peplos el alma. El hombre, en cambio, expone su espíritu a la apreciación sagaz de un juez infalible y sin flexibilidades injustas.

—Cuando nos iremos de aquí...

A la distancia se oían los cantos quichuas de los indios que pasaban en filas apretadas canino de los huasipungos qué incrustaban sus rectángulos pardos allá en los campos de oro.

CAP. X

EL ABISMO

—Puedes ir con Antonio al monte—indicó el patrón a, Zamora, en una madrugada fría y clara.

A las cinco de la mañana el sueño huía de los párpados de los jóvenes que se acostaban muy temprano después de leer, conversar y jugar.

—Iré—respondió Hugo empezando a vestirse. Quiero conocer de cerca esas manchas color violeta oscuro que se ven en las vertientes escarpadas del Cotacachi. Es muy grande tu hacienda, Raúl. Una provincia entera.

No alcanzo a cultivarla toda por más esfuerzos que hago. Estas tierras sin límite, en manos de unos pocos, no alcanzan a ser labradas.

—Unas horas cinegéticas me quedarán muy bien... ¿Cuál carabina es mía mientras permanezca aquí?

—La que elijas. En mi estante hay una belga de dos cañones que te vendrá maravillosamente. Es fina y precisa. Cartuchos encontrarás en el armario grande,

—Gracias, primo.

—Advierte a Manuel que antes debe pasar por las chozas de los mayorales de San Ildefonso y avisarles que el lunes será la trilla del trigo.

—Encantado, patrón. No se le olvida a usted nada... Se ha vuelto un chacarero en regla... —comentó burlonamente Hugo al montar en un potro tordillo de: regular alzada y hermosa estampa que piafaba impaciente hiriendo el suelo con los cascos diminutos y brillosos.

—No vayas muy lejos, primo. La niebla es traidora en el páramo. Puedes verte obligado a pasar una noche a la intemperie y eso te haría daño.

—Descuida Raúl. Volveré al anochecer cuando más tarde. Por otra parte, no soy tan novato como me crees, y voy con Antonio que debe conocer las parameras como si hubiera nacido en ellas. Te ofrezco un venado colosal, con una cornamenta prodigiosa.

—Ya veremos. Que no te tardes.

---Cumplo lo que prometo. A las siete estaré de vuelta.

Sin aguardar más torneó al tordillo, fustigó el aire con el látigo.

Arrancó el potro hostigado por la sombra del rebenque, hizo corvetas agilísimas, y, bien guiado por el jinete, salió bailoteando del primer patio hacia el segundo de la hacienda donde esperaba a Hugo, Don Antuquito, el mayordomo.

Vestía el chagra... pero no se puede hablar de su vestido sin antes desnudarle, porque el poncho de Castilla colorado, le cubre por completo... De gruesa bayeta roja al un lado y solferina al otro, el poncho de Don Antonio tiene pretensiones de casa y sirve para todo: manta, cobija o colchón al antojo de su poco exigente dueño. Llega hasta los talones del sumergido en ese aluvión de lana maloliente. ¡Detrás no le deja libres más que las taloneras deshilachadas de los alpargates. De frente, tres ondulaciones terminadas en dos puntas corridas desde el barboquejo del sombrero, haldudo y con borlas, hasta el suelo. Levantada la carpa se admiran los zamarros de Don Antonio hechos de cuero de puma. Dos largos rectángulos, de un cuero café rojizo con manchas blancas y 'marrones, que se extienden desde la cintura hasta las espuelas, unas roncadoras terroríficas, rechinantes.

El saco, una bolsa de casinete del peis, un chillito fuerte y de color innombrable, con mangas desmesuradas y forradas de lienzo, llena de bolsillos, porque el mayordomo guarda sobre sí nada menos que todo, lo que necesita se entiende; y él requiere poco para su vida troglodita: tabacos de envolver en cantidad incontable, asila tabacos en todos los bolsillos; fósforos, asimismo, algunas cajetas porque no es fácil bajar al pueblo a mercarlas, y en la hacienda "naide se muere por naide”; una Cartera en el “bolsillo pechero”. La cartera de

Don Antonio es archivo, escribanía, caja de caudales, “secretaire” Amoroso, Registro Civil, todo en una sola, amarilla y mugrienta pieza trabajada en Cotacachi.

En ella se encontrarán los billetes en que Dori Antonio vendió la vaca que le regaló el patrón, las. escrituras «de sus. terrenos, los apuntes de los nacimientos y bautizos de sus hijos, las listas de los rodeos, siembras y cosechas de la hacienda, todas las cartas que Don Antonio ha recibido en su vida, que no son muchas desde luego, no pasan de diez seguramente; muestras de las telas y las pintas que quieren la mujer y las hijas que les traiga de Quito, cuando el buen chagra se vaya; partida problemática, pues no se sabe el día que se efectuará. Todo lo que el chagra posee de importancia lo sepulta en su cartera que es grande como una montura y rellena como una troje. Y el chagra todo juzga importante...

¿Está completo Don Antonio? No, que aún no se habla de su bufanda. Una tira larguísima y grasienta de un burdo tejido de lana ordinaria que en su longitud ostenta todos los colores del bizcochuelo, desde el amarillo claro hasta el café oscurísimo, casi negro. Es hecha en Ilumán y alcanza para dar vueltas al cuello de su posesor en forma que el montón de la bufanda, curpa diría Don Antonio, se confunde con las barbas tiesas, incultas, anarquistas del viejo. Sin la bufanda el mayordomo no va a ninguna parte. Se incluye; es una parte del sufrido cuerpo del chagra a quien no Te importan ni) los soles abrasadores ni el frío de las cumbres.

Hablemos de la navaja de Don Antonio... Es de diez servicios y tiene sierra y destornillador y todo…

La mula del viejo, el mayordomo siempre monta en mula de vaquería, conocedora, no como los caballos modernos que gustan cabalgar los niños, desaparece bajo la catedral de arneses. Montura, lazo, alforjas, retranca, petral, pellón y el acial que ese momento cuelga de una argolla dé la montura, y después no se moverá dé la muñeca de su dueño, aun cuando él entre a la iglesia o coma con los patrones. Todo cubierto por una capa de grasa y polvo, con un desconocimiento integral del aseo. La montura y los aperos: de Don Antonio son centenarios. El los heredó de su padre que en el cielo esté, y el padre, del abuelo. El los dejará a su hijo que ya es “un guapo cholo”, fuerte y colorado; que lo mismo "vale para un fregado que para un barrido". Lástima que el pillo sólo tiene doce años, pero el cachafaz ya acompaña a su padre montado en su yegua mora, mansa como una oveja. Este heredará la montura y todo; no ha de comprar otra nueva, porque como esos arreos ya no hay... Ya no hacen coma esas, porque ahora los artesanos roban y no trabajan bien. Para enlazar, cómoda y no llegadora, Don Antonio jura que no hay montura como la suya. Y como es herencia no consiente que le pongan encima la mano, menos una palabra de fisga porque, “como cristianito”, es igual que si le dijeran a él.

Se dobla la mula cuándo Don Antonio se encarama en ella: con un ruido furibundo de espuelas y de correajes.

---Su mula sé ha de quedar por allí ---aventura Hugo socarronamente.

---¡Comó! —increpa el mayordomo volteándose furioso---. Mi mula quedarse? Ya verá patrón! Es mula de aguante... Acaso es pes como esos caballitos de estima que sólo estampa cargan… Piso como el de mi mula no es decirlo... No hay otro.

Asomó al patio el patrón.

—¿Aún no se Van?... —interrogó asombrado.

—Hasta luego, patrón—gritó el viejo saliendo al camino. sobre la mula parda y brincona.

—Mantengo la oferta. Un venado de. porte de un burro para tí.

—No ofrezca, patrón —se le oyó decir a Don Antonio que silbó a sus tres perros, puso la mula al trote, hizo una señal de despedida a su mujer y a sus hijos y se borró entre las hojas de los capulíes que orlaban la senda, en seguimiento del potro que ya galopaba tascando -el freno con impaciencia.

Raúl reflexionó mucho tiempo. Le sacudía los nervios un estremecimiento cauteloso que se tornaba frio, un frio peculiar, intenso y mortificante, que subía, subía hasta llegar al pecho oprimiéndolo con cien cuerdas invisibles y heladas que cortaban la respiración y la vida…

Se rehízo. Resolvió encerrarse en su cuarto. Allí, esquivo y reconcentrado, se asomaría a su precipicio interior de paredes frágiles y resbaladizas. Le torturaba el cuerpo una sed innominada y urgente. Un descabalamiento de las enegías vitales. No era ansiedad, ni hartazgo, ni esperanza, ni nostalgia... Quizá un desabrimiento pesaroso, un rechazo de los frutos ácidos de la vida, pero reposado y calmo. Su vehemencia era una cosa pretérita, tan pretérita que le asustaba pensar que fue él el vehemente, el acicateado de otros días…

Sin dolor, se sentía bajo el dominio de la desaprensión, frívolo, superficial. Portaba el pasado en un fardo liviano que no le estorbaba en el presente, porque apenas si era tangible; humoso y lejano, ni dulce ni amargo, como un perfume añejo se perdía en ondas plácidas sin perturbar la serenidad de los sentidos…

Privado del suplicio del recuerdo, Raúl bañándose en sosiego no se encontraba muy a gusto. Una brizna de desilusión, una sospecha de desencanto revolaba en su huracán de adentro, convertido en brisa, y él quería apresarla, interrogarla, desvirtuarla en el análisis.

Podía esa sombra de pena cambiarse en un desconsuelo grande, irremediable, pero él anhelaba asirla: que creciera o se esfumara totalmente el dolor. La paz del remanso le hastiaba...

¿Qué fue de su amor irresistible, de la pasión que amenazó rebosar su existencia trascendiéndola? ¿Ni cenizas restaban de la hoguera en que se vio arder íntegramente escandecido por un fuego inextinguible y voraz?

Buceó a fondo en su alma. Lanzó lejos de sí la atonía dolorosa en que como en. un capullo le envolviera la ausencia del. recuerdo.

Esa amnesia poderosa que diluía sentimientos, ideas, prejuicios en una sola neblinosa decoración ya desteñida, como si fuera muy vieja, no cejaba ante los intermitentes embates volitivos del hombre obcecado en sufrir…

De ese éxamen atento no trajo más que una perla: la evidencia inconfesable de que su flora emocional estaba muerta y sepultada bajo una mar tranquila, caparazón de olvido.

Le entristeció el desierto de su alma. Cómo poblarle ahora que se notaba desconcertado dentro de la máscara serena. Cómo fecundar esas landas frígidas que cuando se afirmaron próvidas en un triunfo de amor, fueron farsantes y volvían sin transición a la aridez primera, a la inhospitalidad precedente?

Aún había remedio para su ataxia espiritual, para la parálisis de su alma. Un remedio heroico, pero ojalá decisivo y eficaz. En todo caso, probable... Por qué no intentarlo?

Afrontar a la víctima,

Percibir de nuevo en esos ojos tristísimos la pesadumbre de la ofrenda. Tal vez ese estímulo le despertara a la vida, sacudiendo la somnolencia de. su cerebro entorpecido por la satisfacción de un deseo inaccesible y tiránico.

Si persistía su coda disconformidad, si fracasaba la droga salvadora y cruel, huiría de allí, de la hacienda melancólica a la ciudad risueña a esconder en el antifaz de las buenas maneras mundanas su carne lacerada su espíritu doliente por falta de dolor.

Qué se proponía el joven? Ni él lo podía decir. Se despertó ese día y comprobó una insensibilidad, una anestesia desabrida en su alma. Los ejes de su vida pasada, descentrados y yertos, yacían sin valor, arrinconados en la sombra de una remembranza disfuminada. Y él, junto a la catástrofe de su sentimentalidad se levantaba indiferente, flemático, ruin. Ajenos veía los impulsos que le quitaron la paz de las horas idas. Hoy, esos acicates le dejaban quieto, cansado...

Frente a esa paz se ensanchaban, dos caminos. Romperla, aguzando las flechas embotadas de los motivos de antes y regresando al sufrir, al torturamiento pasado. Conservarla intacta, sin quebrar el cristal de sus regatos turbios.

Más limpio, más de hombre era el primer camino. En cambio, la segunda senda era calmosa y sedante. La ingratitud que comportaba se desvanecería vista de lejos.

A qué mortificarse renovadamente con un cáustico ya nulo? Revivirlo, gran locura. Sólo por un prurito quijotesco perseverar en que aliente un sentimiento ya fundido por el tiempo: un pensamiento belicoso y destructor de sí mismo.

Del corredor del segundo patio volvió Raúl pausada: mente a su aposento. En la austeridad de su refugio conventual encontraría: bálsamo para su indecisión.

Sin amor, sir dolor, su vida vacía le pesaba como una cadena innoble… Horro de alma el ambiente, el paisaje sin voz, incolora la vida, le oprimían inclementes.

Surgió la interpelación definitiva. Para qué vivia así? Sin objeto, sin rumbo, sin estrella...

Nunca pensara antes en esto. Fuerte y sano, confiado y valiente jamás le atormentó la finalidad esotérica de su existir. Sus riquezas y su posición le clamaron que vivía para gozar, para ser amado y amar. Pero ahora que el amor se derretía como nieve al paso del sol de la posesión, se encontraba sin fin, una incógnita sin realidad...

Explorar toda su atrofia era mejor:

—Arcesio! —gritó de la puerta.

—Ño Raúl —contestó una voz clara y fresca desde el patio inundado ya de sol.

Unos pasos precipitados, un resuello contenido y sibilante y una irrupción de alegría en el aire grávido de pena del cuarto del patrón.

Con el sombrero de lana en la mano, el pie izquierdo delante del derecho, relamiéndose la boca que aún conservaba las huellas de un tomate pipa urgencia, se detuvo el. muchacho ante Raúl.

Arcesio era el hijo, menor de Antonio. Un pillastre redomado que con su honda de goma limpiaba de trigueros las chacras, coleccionaba nidos y en las zanjas cazaba lagartijas con togllas de piola en cuyo centro ponía un cebo de saliva.

Este afortunado Tartarín se encaró con Raúl...

—Me llamó, niñito...?

—Si, Arcesio... Tú eres el único que anda por aquí.

El chico imprimía un movimiento giratorio al' sombrero y saboreaba la fruta inexistente.

—Si patrón.

—Ve a buscarle a la Manuela. Que yo la llamo.

—En la cocina ha de estar...

—Tú la llamas de donde esté.

---En seguida, patroncito.

El chiquillo partió a la carrera. Por las tablas del corredor se escuchó un taconeo rapidísimo como un claro repique.

Raúl aguardó conmovido.

¿Por qué se inquietaba ese hombre ola que antes no atisbara en la vida sino una banalidad fluyente, mudadiza, en la que nada se repite?

Su ilusión aprehendida, su palio anhelo satisfecho le donaban esa inconformidad agria? No hubiera corrido tras ellos de saber que su cima ocultaba tan avinagrado jugo. de melancolía.

—Le avisé patrón.... La longa está llorando. Parece que no ha de venir porque por más que le dije que su mercé le llamaba no me dijo nada.... Qué tan le habrá pasado... —desembuchó el rapaz, respirando apenas, de puro asma y a en medio aposento.

—¿Dónde está la longa?

---Cerca del troje grande, niño. Tuve al andar harto para topar con ella.

—Ahora ya no le busques más. Vete a dar agua a mi potro negro que está en la pesebrera. Toma.

Cogió el pillete la moneda que el amo le obsequiaba.

---Gracias, niñito—balbució complacido y desapareció cantando una tonada ininteligible.

Raúl se levantó. Dio la vuelta a la casa tomando hacia una edificación antigua que se erigía a la izquierda de aquella. Allí eran las trojes. Junto a ellas se estrechaba un patizuelo con puerta al parque de la hacienda.

En una piedra del borde del patio, la Manuela sentada, con la cara entre las manos, sollozaba. Fue a ella:

—No llores, Manuela.

La india se sobresaltó. No esperaba al blanco.

—Anda niño. Han de ver conmigo.

Por toda respuesta Raúl se sentó cerca de ella.

—Ándate patrón, no te quedís aquí mi taita me ha de pegar.

Intranquila, la longa se retiraba del amo.

Se Juntó más Raúl y le pasó el brazo por la espaldas y la contuvo amorosamente. No se movió la longa.

—¿Por qué no viniste cuando te mandé a llamar con el Arcesio?

—¿Para qué llamáis patrón?

—Te necesito... ¿Por qué no me obedeces?

La longa alzó la cabeza. Miró de tal modo al joven que le hizo ruborizar. Había tal tristeza, estaba tan cuajada de reproches la mirada de la india que no supo responder. Adivinó que, a pesar de su ignorancia, la longa sabía que después del placer, para nada le buscaría el niño.

Sintió el hacendado un remordimiento. ¿Por qué abusó de su fuerza para esclavizar una voluntad antípoda, tan heterogénea de la suya?

Desconocidas dulzuras afloraron a sus labios.

—Manuela, ¿por qué me corres? Yo te quiero mucho, Yo te he de llevar conmigo a Quito...

Sonreía incrédula la india.

—¿Por qué no quieres vivir conmigo siempre? Servirme toda la vida? Yo te quiero mucho.

—Niño lulla

—No miento, Manuela, Has de estar siempre junto a mí.

El blanco mentía. Ni su carne reclamaba la de la longa. Su espíritu forrado en su orgullo familiar como en una sustancia aisladora, se defendía victoriosamente contra el incendio que pugnó por consumirlo como a un cirio votivo, en la obscuridad de una pasión innombrable.

Qué lejos se veía ya de la india. Ni la deseaba siquiera. Y al recordar que el amor que alimentó por la longa era el único de su vida, se desesperó.

No quería dejarle morir. No, el joven aristócrata, noble y leal, no debió sembrar un cariño en alma ajena para luego esquivar su contacto. Fieramente se insurreccionaban su abolengo y su bizarría. Él estaba seguro de que la Manuela le amaba. Le adoraba desde antes, aunque su amilanamiento nativo le vedó expresar su sentimiento. Y cuando él adquiría la certeza. de que era amado, iba a burlarse de ese amor que él mismo ambicionara en otras horas? No, un Covadonga no procedía así. Era un imperativo que se prolongara ese amor. Pervivir no, porque el amor no perdura. Flor de polvo se deshace en la brisa que prohíja una nueva flor... ¿Cómo reírse de esa almita primitiva que le eligiera ya señor de sus monocordes pensamientos? Se Sintió ideal dominante de la india que nunca confesaría su amor. Se supo ídolo de ese espíritu sin creencias, sin ideas, sin los afeites postizos de la civilización. Y tuvo miedo, si, un enorme miedo de no poder contener dentro del alma originaria ese amor que rebasaría en quién sabe qué inundaciones trágicas...

La otra raza se materializó en la carcajada demoníaca y en el mirar buido de la noche aquella. Un estremecimiento le aplastó la médula aterida.

Su empeño de perpetuar el amor mortecino, le llevó a descubrir el vórtice. Se apagó la lámpara emotiva, porque él la creyó así a la que fue sólo brasa carnal, y, él insistía en que continuara alumbrando. Inútil afán. No iluminó oasis de amor sino encrucijadas de drama tétrico.

El silencio se le pegaba a los labios como una masa glutinosa. Como que viniera de muy lejos sonó la voz dulce, temblona de Manuela.

—Me voy niño.

—No te vayas. Quédate aquí que yo te quiero mucho.

Y se esforzaba en vivir un idilio ya difunto. Ni sus nervios respondieron a su anhelo por más que acariciaba a la india con frenético empuje.

Su alma permaneció sorda y su lascivia muerta...

Sólo su boca mentirosa intentando engañar y deslumbrar a la propia alma, dio desgranando collares de falsía.

—Si, te irás conmigo a Quito porque yo no puedo vivir sin que me acompañes.

---No niño, mi taita y mi novio no han de dejar

—¿Y quisieras irte?

—Si obligara niño si fuera pes...

---Y de tu voluntad, sin que nadie te obligue?

Guardó silencio.

Cómo atisbar esa, alma que no Se desnuda nunca. Qué sol puede radiar en ella si hasta el amor se detiene en su penumbra, indeciso...

La atrajo más. Su boca se pegaba fatigosa a la oreja de la india y la azulosa mancha de los cabellos de ella se regaba por la faz blanca de él. Un grupo bello. El conquistador farsante mintiendo a la raza empobrecida que se dejó arrebatar sus tierras lueñes y ricas a cambio de palabras...

El patrón prometía a la india. Furioso porque no revivía su amor, porque no volvió a vivir los angustiados minutos de antes, sufría con intensidad dañina

Fuente inagotable de dolor es esta la impotencia para comenzar otra vez, la inutilidad del recuerdo que no cuaja en verdad, que no polariza en sensación...

---Te has: de ir conmigo, Manuela? —indagó de nuevo el niño.

---¿No patrón. No hi dir...

—Y si te llevo a la fuerza?

—Para qué niñito. No ha de poder yo vivir en Quito.

Los ojos se le bañaron de nostalgia anticipada.

—¿Por quién extrañarías la hacienda?

—No sé niño... Por taita y por mama...

Su finura de mujer sospechó el móvil de la pregunta y apartó el lazo.

—¿No te has de ir?

—No niño.

El abismo que separa las razas se ye pe a los ojos de Raúl.

No se consideró con fuerzas para salvarlo. Antes, el amor era alas, Consumidas ahora por la fiebre carnal, el haz de los prejuicios, el dogal histórico le soldaban con la realidad y le negaban la heroicidad del sacrificio:

¿Para qué atormentar entonces esa pobre psiquis opuesta que tal vez albergara un venero riquísimo de emoción? Raúl sabía que la india le amaba Incapaz de sondear la profundidad de ese cariño, le asaltó de nuevo el temor de que fuera pasión lo que había en el alma ignota de la longa.

Calló a su turno.

Manuela se puso de pie:

—Llaman, niño.

Grácil, ligera, se marchó sin espiar a su alrededor.

Allí, inclinado, con la frente ardorosa entre las manos frías se quedó el hijo de españoles.

El vencimiento, la derrota le pertenecían. El no pudo traspasar las lindes de la incomprensión. En él murió el amor tras la caricia estólida. ¿No era él, el hombre culto que dilata su deleite espiritual?

Caduco, flácido como un general que ve ponerse el sol cuando no concluye una acción que terminará en triunfo, miró el patrón el ocaso. de lo que él creyó, una estrella de epifanía con luces perdurables...

CAP. XI

ASTAS FLORIDAS

---Por acá patrón. A ese lado es ciénego...

—Bueno.

Hacía rato que penetraron en el pajonal. Los caballos andaban con peligro de caer de costado. La paja mojada y escurridiza disimulaba los hoyancos del suelo.

—¿Será del nevado toda esta agua que reblandece el pajonal?

---Asi ha de ser, niño.

—¿Falta mucho para Huairapungo?

—Ya llegamos, patrón.

El viento silbaba impetuosamente erizando la paja amarillenta y levantando un aluvión de menudas gotitas que salpicaban el rostro con su beso helado.

—Téngase duro ño Hugo. Aquí ca resbalan no más los potros modernos. Viá mi mula como anda... No dijo que no ha de aguantar?

Resoplaba la cabalgadura del primo. Se le iban las patas en la greda untuosa del páramo. Se Sofocaba el animal contenido por el freno y deseoso de correr para escapar de ese suelo pegajoso y difícil.

—¿ Ya llegamos, Antonio ?

—Ya no más, patrón.

Este “ya no más” duraba dos horas justas.

Las nueve de la mañana eran, y el cielo, como lavado, se enjoyaba de sol. El páramo se espaciaba sin fin en el horizonte uniforme. Por todas partes, eminencias de curvas

femeninas vestidas de paja. Piedras enormes cubiertas de líquenes verdinosos y blancos como pústulas. Los silbos de los mirlos y los solitarios se rezagaron muy abajo. En la calma de la altura no se oía más voz que el aliento sonoroso de las rachas polares tamizándose en la paja hirsuta.

--- ¡Qué frío!

—Otras ocasiones hace más, niño. Poca papacara ha caído. Ya le há de calentar el sol.

—Si este sol no calienta. En vano brilla esplendoroso. Es un sol frio.

—Fume niño, o tómese una copa, . ¿Quiere tabaco de los míos?

— Si tengo. Antes toma tú.

Sacó su petaca y. la extendió al viejo que cogió un “Chesterfield”, coloreando.

Hugo probó a encender su cigarrillo. Las ráfagas y los dedos arrecidos,: a pesar de los guantes, no le permitieron.

—No puedo—gritó colérico.

—Coja de frente el viento, patrón.

El mayordomo ya despedía gruesas columnas de humo.

—Prenda en el mío, niño—y le alargó el cigarrillo.

Hugo paró el caballo. Formó una cavidad protectora con las manos y sólo así pudo encenderlo, Las manos congeladas le servían imperfectamente. Su chalina de seda no le abrigaba el cuello. En cambio, el mayordomo metido en su kilométrica bufanda se reía del frío y fumaba regocijadamente un tercer cigarrillo de los suyos, porque el fino del patrón se acabó en tres golpes secos y no le sació, y más bien le produjo una fuerte carraspera en la garganta.

—Tómese un trago, niño. Eso le sienta bien.

—Trae. En las bolsas de mi montura debe haber una botella de coñac.

Desmontó el cholo en un pee y hurgó en las bolsas. Allí estaba la dichosa botella... La sacó y la destapó instantáneamente. Su navaja entró en funciones. Sirvió una copa rebosante al patrón.

---Toma tú también.

— Gracias, niño, —y entre pecho y espalda se acomodó un trago pantagruélico del excelente licor.

—Me canso ya, Antonio. ¿Cuándo llegaremos?

—Ya mismito patrón.

En una curva del camino, si así puede llamarse a una huella que el tráfico frecuente resalta en la monotonía del pajonal, asomaron dos indios presurosos. Se Admiró Hugo al ver como esas infelices gentes soportan el frío glacial de las alturas con sus escasos vestidos en el tronco y desnudas las extremidades inferiores.

—Apuren patrones. Venado ca ya está en pogyo.

—Animo niño Hugo. Estamos de suerte.

Tres indios, ojeadores antiguos, había despachado el mayordomo con antelación de horas para que buscaran el rastro de los venados. Ellos lo encontraron; se sentó uno a vigilarlo y los otros dos corrieron a avisar a los amos.

—Amarrá los perros —ordenó Antonio a uno de los indios. El mismo les amagó con el látigo para que se mantuvieran sin ladrar.

Ascendieron a la parte más alta del páramo, Entre dos moles cenicientas se tajaba una brecha por la que serpeaba el camino. Es la “Puerta de los Vientos”. De allí se dominan los valles fertilísimos de Imbabura verdeando en lontananza. Hacia el occidente, la región de Intag, tierra de promesa, con sus quiebras laborales, y en el confín, una planicie extensa, de un verde esmeralda que se confunde con el azul del cielo en una línea ondulada y remota.

— Vamos por la derecha.

Enderezó por una vereda el mayordomo. Hugo, detrás. Los indios; a retaguardia, conversando animadamente en quichua.

—Aquí se va a quedar, patroncito.

Habían arribado al borde altísimo de una encañada profunda como una taza de verdor.

—Deje el caballo. Coge la rienda, Marcelo ---dijo a uno de los indios.

Se apeó Hugo.

—Tras de esa lomita ha de aguaitar. Adentro en la quebrada que sigue a esta cuchilla está el venado. Procure no hacer ruido ni se deje ver porque si le ve no hemos de lograr nada. Por aquí se ha de ir acercando poco a poco al filo.

---Está bien. Y disparo cuándo?

—Cuando tenga buen tiro, niño.

---Buena puntería es la mía.

— Aquí engañan las distancias. Calculará bien.

La mula descendió a trancos largos por el lado derecho opuesto al barranco. Se comprendía que el chagra daría la vuelta por detrás de la loma para situarse frente a la parada en que apostó a Hugo.

Formaba una masa redonda y roja el viejo .apelotonado sobre la mula. Únicamente el fusil era una línea vertical y delgada sobre esa esfera movible.

Hugo estiraba el cuello de su “raglán” impermeable para calentarse. Encima se puso un poncho de lana. Empuñó la carabina y se fue aproximando a la ceja del peñasco con infinitas precauciones. Ya cerca, se arrastró como- un reptil en la paja a trueque de mojarse.

—Ahajo no más está, niñito. Vis.. Venado lindo es.

Emocionado, dando diente con diente de frio y de exaltación cinegética, tocó el borde. Se Parapetó detrás de la mota de tierra que le indicó Antonio. Desde allí pudo escudriñar a su sabor el fondo de la brecha:

Era un vallecito comprimido entre las dos lomas y con salida al occidente. Cubierto de perenne verdura, la hierba muelle y corta de los potreros reemplazaba en él a la paja correosa y jara. De una oquedad central nacía un hilo de agua. Los venados iban a beberla y habían ensanchado la pupila acuática formando un charco en el que espejeaba el agua purísima.

Ramoneando la hierba tierna de las orillas, un venado se movía de un lado para otro con inquietudes isócronas izaba la cabeza vivaz y apuntaba las flechas de sus miradas a los bordes de las lomas. Tranquilizado con la inspección, tornaba di para ojear de nuevo con igual recelo.

Hermosa bestia de torso silgado, de color café rojizo y remos elegantes y alargados. Sobre el testuz una ramazón cobriza de cuernos le fingía un penacho.

Absorto en la contemplación de la estatua viva, Hugo no piensa en disparar. Inofensivo y bello, el venado no debe ser sacrificado tan traidoramente a la glotonería de los cazadores. Pero, qué queréis? La belleza y la suculencia de la carne son perseguidas en todas partes. Fuera pues, divagaciones sentimentales y estéticas y disponerse al asesinato cobarde!

Pero no. Nada hace presumir que Antonio haya llegado a su sitio. Y al irse, advirtió firmemente.

—No disparará, patrón, sin asegurar. Porque si no da en el blanco el venado se ha de zafar. Procure verme al otro lado de la cresta y cuando me vea, dispare. Si su mercé no acierta, veremos si de mí se escapa. Tal vez... Ya estoy viejo, y suspiró el enérgico cholo, terror de conejos, venados y alimañas en la hacienda.

Hugo se desoja para encontrar al Antonio en la azotea pajiza del frente, pero el viejo no comparece.

Al fin, es él, seguramente, ese bulto que se mueve allá entre los manchones jaldes de la paja, con ondulaciones de digitigrado. Si, es él. Se ha despojado del poncho por milagro; pero conserva la bufanda y ella le descubre. Ondea en el viento como una banderola y Hugo le ve.

El patrón carga la carabina restaurando su apostura de feligrés de San Huberto. Con bala para que el venado ni chiste al recibir la onza de plomo en sus costillares movedizos.

Se inquieta el animal. Quizá presiente el riesgo. Deja de, comer y mira a las cornisas, desconfiado.

Nada descubre. En el lado de Hugo ni al frente no hay un movimiento sospechoso. Por entre las ramas ha enfilado el niño la carabina y apunta. Igual cosa habrá hecho el Antonio.

Le tiembla el pulso al patrón. —Intenta serenarse para no malgastar el cartucho. Apunta repetidamente y con obsesión de certeza. Recela que Antonio dispare antes que él por temor de que el venado huya. Y apunta por última vez con el ojo izquierdo casi cerrado. Y... una detonación asorda en los -repliegues de las lomas....

El venado da un salto prodigioso, Siete o más metros. La cabeza gacha, las piernas encogidas y el rabo minúsculo erecto. Párase. Mia a todas partes y emprende una carrera loca para coronar la cúspide del lado opuesto a aquel en que vio el penacho de humo del disparo.

Un nuevo estampido le detiene. Es un segundo disparo, que sale del fusil vetusto de don Antonio, Pega un brinco descomunal el rumiante, corre una media cuadra en la ladera, hacia el occidente, y cae.

Con el segundo tiro entran en escena los tres perros del viejo que los azuza contra el ciervo. Se lanzan a la carrera por el recuesto a cortar la retirada del animal herido y cuando le ven caer se acercan ladrándole vigorosamente. El más audaz ya está contiguo, pero una fulmínea patada le despelleja el hombro que sangra en abundante. El casco del venado es raso y afilado como un cuchillo, y al extremo de una pata robusta, sería arma terrible si su dueño tuviera valor para emplearla siempre.

Otro perro, el "Gringo" -ese nombre le ha puesto el mayordomo porque tiene los ojos azules- se abalanza al cuello del caído y lo muerde furiosamente. Pretende levantarse el moribundo, pero el peso del can le abruma y se tiende dócil en la agonía.

El viejo baja ya por la pendiente. Hugo le imita con toda la velocidad que le permite el frío que aún agarrota sus miembros.

Ya están abajo. Examinan la pieza derribada. Un magnífico ejemplar que pesará lo menos setenta kilos.

La cornamenta ramosa del animal ostenta siete prolongaciones retorcidas. Los belfos blanquesinos y espumosos quedaron colgantes después de la crispación de la agonía. Vidriosos los ojos, de un color café verdoso, parece que hubieran llorado.

Los indios sopesan a ojo el cuerpo del cuadrúpedo entre murmullos de admiración.

---Es viejo y muy grande ---pronuncian en su lengua nativa, dilatando los ojos y acariciando la piel lustrosa de la bestia asesinada.

Aún ladran los perros que se azotan los flancos y relamen los hocicos como añorando el festín que se habrían dado de ser de ellos la presa. Recostados a un lado miran envidiosamente a los indios que siquiera tocan al animal muerto.

--- Por aquí hay muchos conejos. Búsquelos, patrón.

--- Regreso enseguida.

Hugo llama a un indio; le ordena que le acompañe con un perro y a traves de los pajonales desaparece humillado, corrido. Su ineficacia le apena. Quiso demostrarle al cholo su pericia y no consiguio sino poner de relieve su falta de habilidad. Se desquitará con los conejos, caza menor que caerá ante sus cartuchos de munición. Va pensando en hacer un tremendo estrago en ellos. No los halla, porque la hora es inadecuada y retorna cansado, colérico al campamento de la encañada. Cree que Antonio se ha burlado de él y le regaña.

--- Patrón, de repente ca si sales los conejos a estas horas; ya son las doce. Buscaráles tarde. Aura venga almuerce.

Los dos indios han liado el venado con cabestros para cargarle sobre la mula del mayordomo. Con el cuchillo de monte, el viejo ha vaciado prolijamente el vientre del esbelto rumiante y ha puesto en lugar de las visceras manojos de paja y de una hierba recogida por los indios que despide un olor áspero semejante al del ácido fénico.

Sobre el poncho del mayordomo se alinea el frugal condumio. Carne fría, pan, y queso. Humea sobre el infiernillo una vasija cerrada de aluminio llena de agua que servirá para el

café. Lo ofrece hirviente al patrón que lo toma a pequeños sorbos, como único refrigerio. La lección de montería que le propinara el Antonio le ha quitado el apetito.

A la tarde, después de huronear por los chaparros en pos de los conejos y cobrar algunas piezas, vuelve a la hacienda contrito y calado de frío.

Mal humorado y arrepentido se presenta ya de noche ante Raúl, que no está menos, y le dice:

—Ahí está el venado, pero no le he capturado yo sino el Antonio. Una jornada desdorosa la de hoy...

—Mala suerte tenemos, primo —le respondió Raúl:

Una longuita de ocho años, criada de la mujer del mayordomo avisó a la Manuela que el Venancio le esperaba en una vuelta del camino.

Apesadumbrada y medrosa fue a verlo. Le recibió el longo fruncido y hostil.

—¿Váis a quedar todavia?—le soltó a quemarropa.

—Taita dijo que quede.

—Taita Gregorio dice que vengáis.

—Entonces ca hi dir,

Era la verdad. Temiendo que la longa adivinara su plan y advirtiera a Raúl —pues que no era difícil que la Manuela quisiese al amo— Gregorio mandó al Venancio a que llamara a su hija.

El pobre longo, despedazado su cariño, ofendido en su sentimiento dominador, obedeció por no descuidar un detalle que podía ser adverso a su propósito.

Cumplió la orden.

Se retiraba ya sin ver a su antigua novia, Esta se plantó estática, en medio de la vía, indiferente, como muerta. No dijo nada. Entornó los párpados y se apretujó las manos.

Venancio quiso volver, abrazar a la india hermosa y huir con ella hacia la dicha... Esconderla en su choza del páramo pobre y desolada, pero plena de amor...

No se atrevió. El rencor venció al afecto. Un resoplido de “vendetta” aniquiló la lama del amor. Fugó dolorido y silencioso. Rechinando los dientes y maldiciendo al patrón, al patrón que obstruía con sus lujurias una ruta feliz de amor y de trabajo.

La inmolada permaneció inerte mucho tiempo. Sus pupilas veladas vieron al trasluz de las pestañas agobiadas de lágrimas, la silueta del Venancio, de su novio que se hundía en la senda declinante detrás de unas bardas plomizas.

Aún escuchó la queja doliente del rondador que perlaba de tristeza el aire diáfano, manejado por el indio que lamentaba su tragedia junto a un chilcal del camino polvoriento y resignado que ondula siempre con las mismas curvas, bajo el sol o bajo la lluvia...

Hubiera corrido en seguimiento de él, de no temer su brusquedad y que le arrojara al rostro su ignominia.

Volvió a la hacienda. Su fachalina recogió todo el pesar condensado en lloro.

En su cuartucho hizo un atadijo de sus trapos, miró por última vez la sala artera y el gabinete desleal, como queriendo grabarlos en su mente y fue al cuarto del patrón.

—Ño Raúl —llamó con voz entera.

—Manuela... ---murmuró el niño.

La india avanzó, Todo el cuerpo de Raúl interrogaba.

La expresión ansiosa de su cara habría provocado risa de no ser espantosa.

—Me voy, patrón, a mi choza.

—¿Por qué? Ya no quieres estar aquí?

—Mi taita manda a llamar. Que ya ha pasado fiestas...

---No te vayas!

¿Renacía el amor potente? No. ¿Espoleaba la carne. anhelosa? No. Sólo el orgullo de amo se lanzaba contra la orden del único dueño de la india, contra la autoridad paterna.

—Me voy niño.

Comenzó a salir…

—¡Manuela! ¡Manuela! ¡No te vayas!..... Quédate…

Pero la longa sin contestar, aherrojada por sus crueles pensamientos, se evadía presurosa por el corredor.

Todavía gritó el patrón enronquecido. Ni el eco le devolvió sus voces. Salió desesperado.

Por el camino, con la maleta a la espalda, aérea, cautivadora la longa se iba, se alejaba irremediablemente de sus maños voraces y de su amor finido..

CAP. XII

NUBARRONES

Muchos días corrieron largos, interminables.

Las gentes de la aldea supieron a poco que la “maistra” de escuela fue a la hacienda de Raúl y se dieron a la tarea de murmurar. Esa señorita tan limpia, tan pulcra era también como una de ellas, como una cualquiera, como las Antúnez que bebían con quien podía pagar el gasto. Escarbaron con ruin complacencia en la vida pasada de Celina, que imaginaron como la de ellas. Surcada de liviandades ocultas, de: entregas mercantiles. La difamaron. La creyeron hipócrita. Su corrección y sus maneras las reputaron falsas, una simulación de la señorita que cuidaba de bañarse el cuerpo cuando tenía el alma tan sucia.

Creció su odio para la chiquilla que les insultaba con sus maneras suaves, dulces, en perpetuo contraste con la zafiedad de las cholas. Cuchicheos encolerizados manchaban la dignidad de Celina en los quicios de las puertas de las casas bajas, pegadas a la tierra igual que las almas de sus lastos moradores.

El agua lodosa no perdona nunca a la espuma que la corona de blancuras. Trata de revolverla, mezclándola con la masa oscura; pero, en realidad, creándola perennemente. Así en los pueblos. El que flota cimero se verá siempre arrollado por la onda turbia que no logrando sumergirle le babeará con ira. La odiosidad de las turbas es el fleco que la distinción pone a su airón resplandeciente.

Las “comadres” irritadas mordieron con sus chatos y negruzcos incisivos en el decoro y el prestigio de la maestrita que no halló una alma noble que la defendiera. Todos los broncos cerebros aldeaniegos se recrearon en la detracción soez contra la flor exótica y albísima.

Corearon los hombres la maledicencia del mujerío.

Y legó el rumor injurioso a los oídos de los barberos del pueblo del fígaro que limpia el rostro de vegetaciones pilosas cada semana y del cura que bruñe las almas vueltas grises por los pecados, con el jabón quitamanchas de la confesión, también cada semana en los hombres y cada día en las mujeres, más necesitadas de afeite... Y en esas bocas llenas de sarro y furia contra la civilización, sopló el viento de la calumnia y levantó el tablado inquisitorial.

La Primorosa y la Pechugona, dos comadres beatas, y como tales, rencorosas y lleras de vicios, decían en un coro viperino:

—Yo ca en la cata le he de decir a de sinvergüenza esa que en otras partes estaría acostumbrada a hacer estas... pero que aquí ca no le hemos de aguantar…

—Han visto la Mama Remilgos quién había sido? Con esa carita de que no ha quebrado un plato... Ya ven. Razón no les puedo ver a estas mapiosas que vienen de la ciudad llenas de dengues y que son unas pillas.

—Dando ese mal ejemplo a nuestras .pobres hijas quién desque le va a tolerar.....

---Que se prepare no más pata largarse.

Y así, violento, incendiario, despiadado el comentario seguía con la brutal continuidad de las conversaciones pueblerinas.

Mientras tanto el rapabarbas, sacamuelas y médico, todo de una vez, un hominicaco que no se afeitaba nunca, nauseabundo y avaro, narraba a todos sus parroquianos “la rancla de la maistra”, con sus pelos y señales.

—Yo vi pes. Cada uno de ellos con su cada una. ¡Jesús y Dios mío! Una nueva Sodoma. Con razón este año no ha llovido. Castigo del cielo para tantos crímenes. Vean quien ha sido la mojigata... Yo ya dije. El rato menos pensado ha de dar la patada. Ya ven.

—Tal vez no sea cierto—insinuó miedosamente un concurrente joven que no admitía que una muchacha tan bonita como Celina fuera capaz de tanta maldad.

—¡Comó! Lo que me oye. Yo lo he visto con “estos ojos que se han de hacer tierra”. Y la bocaza irrespetuosa seguía urdiendo detalles obscenos entre carcajadas que aumentaban la deformación de las caras simiescas con las grutas pavorosas puestas en la abertura de engullir…

El señor curita escaló el púlpito, la cloaca de los pueblos, digna continuación del retrete que es el confesonario.

Y allí tronó contra “la. impiedad”, “la herejía” y “la falta de moral”. Mientras gritaba, jugaban con la numerosa bandada de gallinas y patos suyos, los “sobrinitos” suyos también, en el gran patio del convento,

—Por honra del pueblo —decía el manso predicador, discípulo del Crucificado— no se debe consentir ni un momento más que esa “normalista” siga dando mal ejemplo a vuestras hijas. ¡Católicos, madres de familia!—apostrofaba y su acento quebrado de: histérico adquiría matices sibilinos —cómo toleráis que vuestras inocentes hijas vean tanta infamia. No tendréis perdón del Altísimo...

Y por la milésima vez describía con hollín y almazarrón explosivos los tormentos infernales, con una fatídica crudeza, con un realismo que le envidiara el Maestro de Medan....

La escuela laica que sufrís con paciencia criminal, la escuela sin religión que los gobiernos ateos dan para vuestros retoños, tiene la culpa. ¡Es el lobo que devora vuestras entrañas! ¡Padres indiferentes, padres criminales !, arrojad fuera de aquí a la leprosa, a la que ha venido a infectar el jardín purísimo de este pueblo ..... Poned a vuestras hijas a la sombra del árbol grandioso de la Cruz...

Y el fariseo, una piltrafa humana, larga y huesuda, con andares gitanos y cara de ave de presa, se retorcía en los espasmos de su mama sobre el viejo púlpito que exhalaba quejidos humanos cada vez que el energúmeno golpeaba con sus sarmentosos garfios en las tablas.

La excitación era directa, tenebrosa. El púlpito ampara todas las calumnias y cobija todas las amenazas.

En los cerebros. torpes de los campesinos germinaban lentamente la idea, pero sería pronto su cambio en acción,

El cura odiaba a la normalista porque enseñaba leer, porque luchaba para que sus alumnos pensaran con su testuz y no fuera el cura quien les diera: haciendo después los testamentos, les leyera las cartas y resolviera todo asunto, grande o insignificante.

Aborrecía el “director espiritual” a la maestra porque ella no era “dirigida”, usaba dentífrico y se bañaba el pes con frecuencia:

—¿Para qué bañarse ? —aconsejaba él—. El cuerpo nada vales. Podemos estar sucios si el alma se salva. No se necesita ni pensar, ni baño para la salvación eterna.

La salvación eran las misas cantadas, los responsos, las fiestas en las que blancos e indios aprestaban su ubre económica para que la volviera flácida la insaciable avidez del santo párroco.

¡Qué dulce es la vida en los curatos! Cómo produce esa gente humilde y creyente, libre de las malsanas ideas modernas que están tornando estériles las proficuas viñas del Señor...

Esa mujercita bella que no acudía a rendirse como pasto de sus seniles y bestiales apetitos, porque huía de la medioeval celada de la confesión, era la que iba a albo rotar el redil sumiso, a dañar la cosecha inagotable del representante de Dios... Había que fulminar a la impura, a la liberal, a la descreída

Las parrafadas profanadoras y despidos. del fraile seguían detonando con ruido de torrente o de pirotecnia barata dentro del “sagrado recinto”, revolando como lechuzas sobre las

frentes oblicuas de los feligreses, mientras afuera, en el patio conventual, los “sobrinitos del cura” jugaban y gritaban hasta enloquecer, y la criada, una chola suntuosa, arrastraba sonoramente sus dos quintales de carne santa, macerada por las disciplinas, destrozada de los cilicios con que las atormentaba su dueño, siguiendo el ejemplo edificante, biológicamente heroico del “señor doctor”....

Del sermón salieron las gentes convencidas de que hasta el asesinato de la maestrita era un acto de noble moralidad.

Cuando el señor cura lo decía...

Una rabia sorda les desleía las entrañas incitándolas a consumar un atentado contra la atrevida. Su cenestesia primitiva y simple les exigía la visión del dolor y del martirio. Los trasgos de otros siglos se materializaban rodeando con sus alas de pesadilla la figura blanca, inocente, ajena al peligro que la envolvía, de Celina.

Fueron la comidilla del día entero al mal porte de la maestra y la predicación del levita. Voces airadas de protesta zumbaban por todas partes.

Eso era inaudito, Insoportable. Escándalo semejante, nunca presenciara el pueblo, de las Antúnez y cien más...

El sacerdote sonreía satisfecho viendo su obra. Su boca prendió la llamarada. La explosión no tardaría y ni las chispas llegarían a su paternal inmunidad.

Al ejército de beatas, las devotas principales del poblacho, que pasaba largas veladas con el asceta, o emprendía paseos puros, excursiones disciplinantes y extenuadoras con el eremita, lo atizó más.

Su palabra fácil de dado público y corrompido solitario se refociló en el recuento de las culpas de Celina y en la formación de su proceso.

Y esas brujas reunidas allí en asqueroso conciliábulo, resolvieron hacer lo posible para que la hereje se fuera. No retrocederían ni ante la villanía ni la calumnia. ¿Para qué tenían si no la mano amada del fraile, pletórica de “Ego te absolvo”? Gentes acostumbradas a la intriga veían límpido todo camino. Andaban por el albañal del chismorreo aldeano y llegaban al rencor, como andar por un salón.

Celina estaba perdida. La infeliz muchacha ni siquiera vislumbraba la tormenta que la envolvería después de poco.

Se desconsoló y entrevió algo de su situación, cuando volvió la criada a decir que en ninguna parte querían venderle nada, porque estaba descomulgada. Esta clarinada de la perfidia le puso alerta. ¿Pero qué podía hacer ella sola? Ni siquiera escapar. Y en eso no pensaba. No lo haría nunca. Su ideal de cultura le impedía, estirando su llama pálida y lejana hacia la cumbre. Intuyó la existencia amenazada, la vida cuarteada de sorpresas y el camino aristado de asechanzas Innobles. Pero una voz más fuerte la detenta. Paladín aislado de la civilización, debía quedarse como Leónidas aunque no tuviera mi siquiera el epitafio del espartano.

La varonil muchacha no fugaría. De frente a la adversidad, rígida, enhiesta como esos picachos andinos que refulgen más airosos después que la tempestad rugió en su torno, dejando un cielo limpio; allí se aferraría.

Su manita rosada esclavizaría la garra de la fiera anónima y cobarde que alistaba el zarpazo.

Y aguardó inmutable los acontecimientos. Una ola de incertidumbre le subía a la garganta para retroceder empujada por su valor consciente, por su fría resolución de esperar, alta y' clara, los cenicientos ramalazos de la suerte,

CAP. XIII

MUCHOS…

Llegó el día de la trilla. Un disco coruscante en el horizonte limpio caldeaba la sangre con un inquieto ritmo vital. Las parvas destacaban su promesa dorada en el cielo diáfano, allá del lado de las lomas. Resucitaba la alegría gruesa de los indios rota por los resabiados aguaceros de los días pasados.

Ardor de savia contenida socarraba las tierras en rastrojo. Hogueras de deseo en los cuerpos marrones de los indios que ansiaban labor, faena dura y fatigosa.

Nada había cambiado en dos aborígenes. Sumisos y flexibles se encaminaban al trabajo entre cantos monótonos y espesos. El mayordomo andaba impartiendo las órdenes y haciendo la distribución de labores. Los mayorales acomodaban en filas a los peones bulliciosos que pedían chicha y trago desde el comienzo de la brega.

En la parva más grande, la que daba al noroeste de la hacienda se instaló el Gregorio con quince indios más. Diez yuntas mordisqueaban das hierbas menudas del suelo, se deleitaban en la grama plateada y luciente de gotitas de agua.

Los peones regaron en la era con ordenado desconcierto las gavillas áureas. Las espigas hacia el centro.

—José Tomás, trái las yuntas—ordenó el Gregorio a un indio retaco y ancho de espaldas que comía los porotos extraídos cuidadosamente de un mate sucio.

Se levantó el indio y cumplió la orden. Del cabestro atrajo una yunta a la era. Entregó la cuerda en manos de otro indio y fue en busca de una nueva yunta. Y así, hasta cuatro.

Luego, a una señal del Gregorio que empuñó un enorme látigo, el boyero, los indios que guiaban a los bueyes comenzaron a formar círculos apretados sobre la masa del trigo. Agrandaban los círculos y alentaban a los animales tardos con insultos y gritos ininteligibles.

Los brutos resbalaban en los pulidos tallos del trigo, andando con dificultad. Renegaban los conductores y lucían palabras fuertes dichas en quechua.

Las puyas se ensañaron en las ancas de las bestias resoplantes. Las pezuñas hendidas no encontraban de qué asirse en las gavillas que se hundían con el peso de los bovinos.

Vueltas y más vueltas, sin número. Los indios apacibles, con los bordes de los ponchos alzados seguían la circunferencia primera con un ritmo lento, inalterable. No se movía un sólo músculo de sus caras como puertas cerradas, inexpresivas, vacías.

Los indios que quedaron fuera del montón de trigo pisoteado asustaban a los mansos cuadrúpedos con voces de instigación.

---Traiga copita taita Rafel —gritaron a un mayoral que pasaba distante, portador de un puro de jugo de caña. Les llevó la panacea el indio.

Bebieron con delicia en la copa de cal que era arrebatada prontamente de las manos del que concluía su sorbo. Se Relamían los labios. Aspiraban el aire impregnado del olor del aguardiente. El trabajo cobró un vigor y un entusiasmo inusitados.

Raúl y Hugo andaban a caballo de un lado para otro. Inquietos, vigilaban el trabajo animando a los peones. Varias veces dirigió la palabra, dándole alguna orden, el hacendado a Gregorio. Todas ellas le contestó el indio con el respeto de siempre. Con la misma indiferencia servil de todos los días.

¿Sospechaba el patrón que eran los ojos y la risa del Gregorio los que había visto y oído en la hacienda la noche aquella? Con una inopinada decisión llamó al indio :

— ¿Dónde estuviste la noche de la Rama ? —Le preguntó, procurando poner en su pregunta una tranquilidad que no sentía.

—En choza, patrón —repuso el indio con una frialdad tan grande que Raúl se convenció de que era natural.

—¿Te trías no más ? —insistió Hugo.

—Si niño —termino el concierto.

Por sus ojos taciturnos pasaron rapidísimas iridiscencias de virilidades inextintas .

Ni Hugo ni Raúl las percibieron.

Su angustia por ocultar sus emociones les impidió observar la instantánea trasmutación del indio.

Regresó el indígena a su puesto. Los patrones inspeccionaron el trabajo de las otras eras.

En una pisoteaban el trigo parejas de caballos. Más ágiles, los equinos daban vueltas con rapidez y ejecutaban de prisa la separación del grano de las brácteas que lo cubren.

Excitaban los indios a las bestias sudorosas con perseverancia indesmayable. Pisaban en falso, a veces, y caían ruidosamente. Los trallazos se sucedían sin interrupción.

De una en otra de las tres eras en que se trabajaba con igual afán, renovando el cereal ya bien pisoteado; andaban indios repartidores de chicha de las maltas alargadas, de barro rojo, y del trago ardiente de los puros. Los licores fuertes y tan repetidamente ingeridos exaltaban a los indígenas. Sacudían su marasmo y les daban fervor para el trabajo.

Galvanizado por el alcohol, el indio es un obrero anheloso que termina su tarea rápidamente. Sin el aguardiente, es máquina inerme que sólo se moverá bajo el látigo del mayoral.

Muerta la personalidad, porque religión, vicio y explotación aumentaron sus fuerzas tenebrosas para consumar el asesinato, el indio no tiene más ideal de su pobre vida sombría y martirizada que la fiesta religiosa, la borrachera innoble y el “pleito” en el que le enreda un blanco para defenderle de otro y hacerle fácil presa de su histórica rapacidad.

Veían al patrón los indios y redoblaban su energía. Cantos monótonos estallaban aquí y allá desgarrando el aire puro como cristal, La misma- tonada melancólica en todos los sitios. Clamor dolido de gentes irredentas que van perdiendo hasta la nostalgia -de la posesión de una tierra que únicamente fue suya. No evocan libertad esas monocordes lamentaciones guturales. Jamás la tuvieron los indios. Bajo el reinado patriarcal de los intrusos hijos del Sol, se arrodillaron reverentes ante Hunainacápac y su prole. Antes, los jefes de tribu eran indiscutidos y feroces. Sólo la tierra madre es la que añoran porque no pueden romperla para confiarle una simiente suya exclusivamente.

Del montón confuso y abigarrado de los indios. subía una plegaria de agradecimiento al patrón, un laude inextricable a su generosidad.

Formaban un solo espíritu con muchos cuerpos uniformes que sembraban y cosechaban sin que el rayo de la idea zigzagueara en sus cerebros paralíticos. Era un solo animal que producía un solo rumor de cántico indescifrable con sus alaridos de gozo. Iguales y periódicos.

Raúl y Hugo se apartaron y de una altura contemplaban el afanar violento de la trilla en que se confundían hombres y bestias, casi iguales a no ser por la contextura externa.

—¿Por qué no se hará pensara toda esa gente? —decía el hacendado.

---Es inútil. Hay mucha tiniebla en sus almas para que la puedan quitar.

—¿ Por qué no se lo intenta?

---Ya lo harán...

—Debiéramos hacerlo nosotros. Obligarles a que se sientan hombres a esos seres.

—Les haríamos un daño y nos causaríamos un mal irreparable. Introduciríamos la inconformidad y el dolor de saber en-esas gentes tan avenidas con su existencia.

—El dolor es propio del hombre. Lo sublima. El indio sólo siente incomodidad raras veces. Tristeza muy pocas. Pero el dolor que nos aproxima a todo, el que nos hace comprender, ese no conoce, ni sospecha siquiera.

—¿Quién labraría tas campos, compasivo Raúl?

—Todos los que quisieran. Acaso el indio no más debe trabajar en la tierra muestra? ¿Por qué no trabajaríamos nosotros? Cuando se comprenda que el trabajo iguala, alzando a los de abajo y conteniendo a los de arriba, el dolor físico de esta raza preterida llevará camino de morir.

—Raúl, hablas de cosas sin importancia, en una forma que no entiendo.

—Es que tú sientes tu tribulación únicamente. Esa masa anémica que no sabe del dolor de pensar es feliz, muy feliz por eso mismo; pero al mismo tiempo, muy desgraciada.

—No somos nosotros los que vamos a remediarlo,

—Así dicen todos. La hora de la redención de esas gentes no advendrá nunca porque nos hacen a los blancos demasiado egoístas.

---¿Para qué pensar en componer lo que nosotros no hemos dañado ? ¿De quién es la culpa?

—igual da. Sea de quien fuere. La injusticia exige reparación de aquel que la descubre. El error reclama claridad de quien puede portar una luz mínima.

—Te han extraviado los libros en esta soledad embrutecedora.

—La guarida soledosa elabora hombres. Pensando en el aislamiento, se encuentra sombras. Cuando se vive ufano; derrochando lo que otros construyen con sudor para nosotros, la soledad nos parece insoportable.

—Te estás volviendo mota de esta gleba hostil que nos deforma y nos llena de ordinarieces y hace tosca la vida.

—El campo me ha reconquistado. No siento la poesía de estos sitios porque mi alma se afinó con otros paisajes mentales, solamente descritos; pero he palpado el dolor innumerable de esta gente a la que he ultrajado.

—No te arrepientas... hombre extraño.

—No me arrepiento porque desciendo de españoles, y el labio inferior le temblaba orgullosamente a Raúl. Pero he visto en los ojos aborígenes tal suma de tristeza cuando se han apartado de mis pupilas altaneras, que me he sentido débil...

—Sentimentalismos... Cosas de tus libros. “La culpa de uno, es culpa de todos, aún de los que no la han cometido”. Debilidades de tu Dostoievski, copiadas del pecado original bíblico, aunque en menor escala y en un sentido de amor social extremo y absurdo. De verdad Raúl. Aquellos Hermanos Karamazov tan caros para ti, es un libro que sólo enferma... Ya ves. La Rusia dolorida, trasplantada para tu visión compasiva a estas hoyas que no tienen estepas, a este país donde no hay Zares...

—Falta que hacen las estepas con estos páramos en que el hombre es un gusano y la naturaleza un jayán omnipresente. Mira el "knut" en manos de los mayorales. Esta tierra no tiene zares pero tiene amos por todas partes. Políticos, civiles y religiosos. Cada blanco es un "padrecito Zar" para los indios.

—No disparates. Francamente no sé qué intentes con tu conversación. Tu actitud mental me sorprende.

—Sin motivo, Hugo. No me descubro vocación de apóstol. No emprenderé catequización alguna, Me faltarían las fuerzas. Pero creo que llegarán mejores tiempos y espíritus más tesoneros. Iluminados, dirás tú, degenerados, la ciencia egoístamente materialista de estos momentos. Y esa masa vacilante será ciclón, tromba de espanto que rugirá justicia en sus desmelenadas rachas, por boca de sus apóstoles terribles. Toda la presión soportada por esa bruma de hombres se convertirá un día en una desconocida dinamita social que lanzará a los astros esta situación bastarda en que los hombres son bestias porque los otros les vedamos ser hombres, nublándoles el alma y succionándoles su riqueza, sin que dejemos de ser los vampiros que ya fuimos hace siglos y que Bolívar y otros ilusos, reencarnaciones de Don Quijote en América, quisieron exterminar

—Te desquicias, Raúl. Te encontré un ermitaño, Ahora eres un profeta bolchevique. Cuidado primo, no llevas buen derrotero.

—Te he dicho que yo únicamente lo pienso. Me falta vigor para la acción. Somos unos cobardes...

En ese instante llegó un indio frenético... Á carrera tendida recorrió la distancia de dos leguas que separa la hacienda del pueblo.

—Patrón—dijo a Raúl. Para tomar aliento se detuvo.

—Habla ---impuso asustado el joven.

—¿Qué hay ?—chilló Hugo.

Respiró el indio trabajosamente. Con un movimiento de émbolo subía y bajaba su amplio tórax.

Al fin habló.

—Los de pueblo van a matar a la "maistra de escuela". La señora Rita dice que avise a niño breve, porque ya desque están reuniendo.

---¡Me voy yo! Quédate Raúl —gritó Hugo, palpando en su bolsillo... la Browning que no abandonaba nunca desde que entró a la hacienda.

—Espera Hugo, te acompaño—dijo Raúl. Te puede pasar algo.

—Confía en mi serenidad.

Volteó al caballo bruscamente, Hincó las espuelas y partió al escape por los rastrojos hacia el camino...

Las últimas palabras de Raúl mandando que le acompañaran el mayordomo y el escribiente no hirieron sus oídos. Para él se perdieron en el viento.

Los dos cholos imitaron a Hugo y se lanzaron a campo traviesa en dirección al pueblo que allá, en una hondonada, dejaba ver como un oriflama de rapiña y de farsa, el emblema sacro tras el que se amparan los fariseos de hoy, que no son discípulos del Cristo del Sermón de la Montaña, sino de Mammón.

Raúl se quedó pensativo, ¿Qué podía pasar en el pueblo contra la maestrita a quien recordaba dulce, insinuante, hermosa? ¿Por qué ese populacho ignaro espumarajeaba contra ella amenazante?

Recordó de pronto. Alguien vio a la pobre chiquilla regresar de la hacienda o supo de su viaje... Imaginó las críticas soeces. Acudieron a sus labios los comentarios envenenados que el campesino hace en casos semejantes, Un intenso dolor le turbaba por ser causa remota del peligro que acechaba a la pobre mujer.

Grande debía ser el riesgo pera que la Antúnez les mandara llamar con tanta premura.

De súbito le hirió. en la frente. el aletazo frío de la verdad... Las murmuraciones debieron llegar hasta el pastor y su harén de beatas bigotudas. Ya le conocía al sacerdote. Se atrevió, cuando él fue a la hacienda, a censurarlo indirectamente por sus correrías amorosas que iban en mengua de las del venerable. Raúl serenó al impulsivo, al avieso maniático con un buen regalo que cerró su pico maldiciente para siempre.

Era él, el fraile inquisitorial y vicioso, el poseso de delirio persecutorio y de manía de grandezas el que había desencadenado esa tormenta en torno de la chiquilla normalista. Si era esa seguramente la causa.

La muchacha conducía un faro. Su enseñanza removía rebeldías y hacía pensar a muchas cabezas, de niños, pero cabezas al fin. Y el religioso no podía estar tranquilo.

Peligraban las prebendas para después. Con su falange de beatas azuzaría a la poblada inconsciente, y quién sabe en qué dificultades se encontraban Celina y también su primo.

Conturbado, sintiendo que la sangre le ardía en las venas y que el corazón quería reventar, dio orden a los mayorales de que siguieran el trabajo.

—Si no vuelvo, alzarán el trabajo a las cinco —gritó.

Eran las tres de la tarde.

Fue a la hacienda. Desmontó de un brinco. Sacó una linda carabina de su aposento. La puso en bandolera y salió al camino real con estrépito de puertas crujientes. Se le vio en el primer recodo de la senda como una nube de polvo. Inmediatamente desapareció,

Los indios sorprendidos, suspendieron de momento su labor.

CAP. XIV

DOS ALUDES

—¿Qué pasará con niños—se acercó a preguntar el Venancio al Gregorio.

—No se. Llamarís al Ramón y al Juan y vendrán a esta parva.

Fuese el Venancio.

Llegó después de poco con el Ramón. Al Juan le avisó también, pero no venía.

Gregorio mandó a otros indios en sustitución de los venidos, para que trabajaran en la otra parva.

Espantaron de nuevo a los bueyes perezosos. Crujió el trigo reseco, lucio bajo los rayos del sol, al ser aplastado por las pezuñas, de los bueyes, con un ruido de queja. A Las espigas destrozadas soltaban su tesoro lentamente. Culminaba la fatiga de la siembras en el premio fiestero de la trilla.

Separados de la parva, Gregorio, Venancio y Ramón hablaban en voz tenue, sentados sobre el rastrojo.

—Esta noche ..... De aura no pasa ---decía el Gregorio como un soplo.

Los ojos lluviosos de los otros tuvieron un lustro de vivacidad. Produjeron los labios un abejeo sordo de asentimiento.

—No nos sentirán—inquirió Ramón.

—No. Los perros duermen al otro lado—aseguró Venancio. Cuando sientan ya estaremos lejos...

Se juntó el Juan receloso. El grapo guardó silencio, En la piel cetrina no se notó la mudanza súbita del rubor.

—Gravitó un mutismo plúmbeo entre esas almas que anudaban el crimen.

Otra vez sonó la voz calmosa de Gregorio.

—Madrugada iremos a hacienda, Juan. En la pared de quebrada 'mos de esperar.

—Ari—susurró Juan

La sospecha nació en Gregorio. Pero calló.

No volvía el patrón. El camino serpeaba a la distancia, vacío.

—Vamos a trabajar ---dictaminó Gregorio.

Por la frente ensombrecida de Juan cruzó un relámpago de furia ¿Por qué no le avisaban todo? Fue pues el primero en acercarse a la parva y coger un horcón para empujar el trigo a las patas de las bestias jadeantes.

Media parva había desaparecido. El grano, en un redondo montón, a un. lado de la era jugaba con el sol... La paja humilde la arrinconaron en él borde opuesto. Sobre el tamo reposaban los indios vestidos de blanco, un blanco de ceniza. Los dorsos rugosos de las manos enjugan las caras abrillantadas por el sudor ingente de una tarde de trabajo.

Gregorio citó al Venancio por la noche en su casa, igual que a Ramón..

Con los semblantes impasibles volvieron a trabajar con la misma porfía que al principio. Nada anunciaba en ellos sus intenciones, El rostro: del indio no expresa nada. Cerrado. impenetrable parece que no tuviera psicología o que la tuviera en extremo.

Las cinco de la tarde se aproximaban raudas. El celaje cobró matices diversos. Nubes plomizas con ribetes ocres se agrupaban en la comba pura hacía unos minutos. Las últimas gasas rosas y níveas se desfloraban lastimosamente sobre los rayos oblicuos del sol que se ahoga entre las montañas Inconmensurables del poniente.

El mayoral más viejo gritó que cesara el trabajo.

Grupos de gran celeridad amontonaban el grano para taparlo luego con el tamo y paja del páramo, por si llueva. Otros hacen lo mismo con las parvas comenzadas. Una púrpura sucia se arrastra en el cielo al impulso de un vientecillo helado que viene de las alturas.

Finalizada la faena, circulan con esmero la chicha y el trago... Mientras el indio se agita, el alcohol no le causa daño. Es como si fuera un excitante benigno que le diera bríos y entusiasmo.

Beben con furor: Los mates son trofeos de combate cuerpo a cuerpo. Ruedan por el suelo los indios más débiles o más cansados. Los más fuertes tremolan el mate lleno y sorben el brebaje con fruición.

Los ponchos envuelven como llamas los cuerpos indios que se cubren con ellos como sí fueran clámides.

Hileras ininterrumpidas descienden de las colinas,

Las otras quedan al cuidado de los guardianes. Algunos empujan los bueyes desmazalados hacia el potrero distante.

Al irse los indios mugen la misma burda cantinela amusical que en la trilla. El mismo ruido desafinado y áspero es canción alegre y elegía agoniosa en sus labios ignorantes y sencillos.

Regresan del trabajo sin dolor, sin sufrimiento, sin melancolía, tan sólo con cansancio de los miembros extenuados del cuerpo sin energía.

Cuando se mira su resignada pasividad, la máscara de su agotamiento físico, sé piensa que la idea nuestra de civilizar al indio creándole necesidades, no es sino una manifestación de egoísmo. ¿Para qué vamos a poner turbulencias en la vida sosegada, en la conciencia vacía de esas gentes crédulas y, por lo mismo, dichosas, con la dicha que rezuma la ignorancia?

En el reposo vespertino; resquebrajado de frío, subía por el cielo, como un aliento humoso, la plegaria monótona y universal de los cantos indios, hacia las estrellas remotas; que no han dejado de ser diosas inmergidas en su nuevo y más absurdo panteísmo.

La angustia dio alas a Hugo. Reconocía que su ansia de placer inconclusa manchó la honra de Celita. Y la muchacha altiva, indomada se recortó en su memoria con nimbos de amor, idealizada. Porque era invulnerable merecía ser protegida.

El nomadismo de Hugo, su vagabundeo erótico se estancaron siempre en mujeres broncas, movidas por un resorte solitario: el lucro. Todas iguales, Tontas, planas de fondo. Sin más sapiencias que las de una coquetería de epidermis.

Bah, hembras casquivanas y lujosas, cuando las escogía entre las de su clase. Mujerzuelas de la misma musiquilla de fonógrafo: mimos y dulzuras pegajosas, si la halló entré las qué una fiebre de boato y una instrucción mojigata, empujan al vértigo de la prostitución. En la clase media no había sino cabecitas locas, indigestas de sueños de grandeza imposible, gentes que han resuelto la cuadratura del círculo con la obtención de la pobreza ostentosa y derrochadora... Pero una alma como la de Celita, firme y alta, imantada hacia la verdad y el sacrificio no atisbó nunca.

Le produjo un deslumbramiento el espíritu novedoso de la chica. Su cerebro inatento de joven divertido repelió al principio su reminiscencia de dignidad y honradez.. Pero luego, los pozos de su hidalguía removidos por el fracaso —no ocultado por Hugo a los ojos de Raúl--- iniciaron un movimiento claramente admirativo de la virtud de la maestrita.

La inminencia del peligro sobre la frente amada, le decidió.

Poco más de cuarenta minutos empleó Hugo para guiar su caballo por el camino quebrado y desigual.

Como un simóun penetró en el pueblo seguido a duras penas por el mayordomo que le indicó: ¡Por la derecha!. ¡A la plaza!

Allá se dirigió. Un ruido de río en crecida le anunció también, el sitio. Voces roncas y, ademanes bélicos salían de un tumulto. Populachero, y feroz el cuadro o crispaba los nervios.

Gentes endomingadas. y Bolas. astrosas. Viejas arpías enfundadas en trapos negros como sus almas. Vejetes caducos y áfonos, Obreros... brutos y desgreñados. Todo aquel que. en el pueblo no se bañaba se aglomeró esa tarde en la plaza de Torrebaja. Chagras musculosos, con las caras desaparecidas en una maraña de pelos sacudían los pechos desaseados y limpiaban los gaznates aguardentosos a fuerza de bramidos. Cholas con bolsicones de muchos vuelos y blusas plagadas de encajes, dialogaban con prisa desacostumbrada.

A lo lejos, desde sus balcones, los únicos del pueblo, el misacantano, señor de horca y cuchillo de esa horda plebeya, sonreía en medio de su estado mayor de beatas con la misma sexual satisfacción con que se pavonea un gallo en su corral, engreído, autónomo.

La barbería conservaba la puerta, como un ojo de cíclope, abierta. siempre, mostrando el espejo de aguas turbias con depósitos de moscas. Su farolito rojo guiñaba desvergüenzas hasta por las noches. Cadenetas de papeles de colores pendían del cielo raso, encalado y parduzco. Cromos de obsequio, cubrían las paredes.

Eusebio, el peluquero, con numerosos parroquianos, hincaba el diente en el tema del día: los escándalos de la maistra de escuela y la reprobación pública de esos deslices hecha por “el pico de oro” del de cogulla.

—Muy justo es lo que dice el señor curita —comentó Eusebio. Si algo le pasa hoy a esa loquilla, bien merecido lo tiene... Miren la pizpireta. Si les cuento no me han de creer. Lo que ha hecho...

— Cuenta Eusebio —graznó un viejo rechoncho y rubicundo, un gamonal dueño de muchas as he metido en muchos negocios.

—Si no es de creer. Ha puesto en el cuarto que da las lecciones un retrato de ese zambo Montalvo pes, que desque ha sido escritor y enemigo del gran Don García Moreno...

Se Descubriéron todos al oír el último nombre: Sólo Don Tiburcio, el negociante que viajaba con frecuencia a la Capital, creyó de tono no exhibir su calva, y aún añadió:

—No diga eso, hombre. Don san Montalvo vale mucho.

--- No ven ---arguyó el sacamuelas— Don Tiburcio también es liberal. No me venga a mí con esas. Esto será bueno para las ciudades. Lo que es en Torrebaja no hay cómo…

Don Tiburció calló y se atusó el bigote sonriendo respectivamente,

Los demás no salían de su asombro.

—Eso ha hecho no? —resopló uno.

—Como que no hubiera :oído la irisa —continuó el mentecato, que dice el señor párroco de ese impío, que sólo por castigo de Dios llegó a nacer en el Ecuador.

—Así lía de ser —apuntó un cliente,

En la calle aumentaban Jos ruidos alarmantes.

---Aura que le defienda su Juan Montalvo —gruñó el barbero asomándose a la puerta--- En la hora de la muerte le van a servir los libros de ese hereje..

—El síndico anda reuniendo a todos—dijo un viejo desdentado y larguirucho, de ojillos movibles de raposa y de nariz de purulenta comba con protuberancias llenas de pelos,

—Vayan ustedes tan —aconsejó Eusébio,

—Y usté tan —le invitaron.

—No hay quien cuide la tienda.

En realidad era miedo lo que sentía. Adivinaba la responsabilidad que recaería sobre los promotores de la zaragata, y no le gustaba comprometerse. Astuto y cobarde, ansiaba el castigo de la mujer que hablaba de Montalvo en la charca pueblerina, donde el sapo rey sugestionó a las ranas con sus invectivas, mintiendo de su irreligiosidad; pero deseaba verlo venir por mano ajena. Estimaba su bazofia diaria y sus mezquinas comodidades salpicadas de maledicencia, para exponerlas en una algazara por justa que fuera.

Se quedó. Una risita de conejo abrió su boca al ver el desfile de los asaltantes.

Hugo avanzó aislado. Se metió entre la turba guerrera que sitiaba una casa. Una casita baja, limpia y clara. Allí debía vivir una mujer toda dulzura... De cuerpo y alma impolutos. Y contra esa casita dulce y blanca y su moradora abnegada y afable se alzaban puños coléricos, salvajes manazas enloquecidas por la fusta de un predicador de la “suprema verdad”, de un albacea del paraíso que lo repartía por parcelas...

La puerta estaba cerrada. Tal una boca consciente y desdeñosa. El insulto procaz que volaba acompasando en el aire a una piedra disparada a los cristales, se perdía sin respuesta. La castellana no-se dignaba abrir ni una ventana de su alcázar asaltado para mirar a sus villanos agresores.

Los agente del teólogo urdieron sombríamente la asonada.

Grupos escasos al comienzo, a los golpes del bombo, estruendosos y grotescos, fueron reuniéndose las ovejas dispersas del rebaño. Ariscas, con las pelambres hirsutas y los ojos

torvos aparecieron simultáneamente como vomitados por una rendija del averno, materializando un cuadro que, en una de las paredes de la iglesia, quitaba el sueño a los fieles con la visión que un pintamonas quiso hacer apocalíptica del Infierno y que resultó ridícula, montón de lacenas y de rostros bestiales sin barniz artístico.

Agitadas por los sacristanes y los viejos tragahostias que zapateaban y aullaban poseídos de infernal furor, esas pobres gentes se apiñaban sin saber qué hacer.

— ¿Contra qué irán las rabias? —se preguntaban. Pero no discutían sobre la bondad del hecho... El párroco les citaba y había que acudir. ¿El objeto? Cualquiera que fuese... Era igual. El señor cura no les haría llamar para nada malo. Él era tan bueno ... Rezaba tanto que no era posible que cometiera un pecado...

En los pueblos pequeños el cura es un demiurgo omnipotente. Un Maese Pedro andariego y díscolo que manipula, muchos muñecos risibles: los inofensivos pobladores, valiéndose de los mismos hilos desteñidos y mugrientos: la religión, sintetizada en infierno y cielo; la delación, organizada y elevada a la categoría de virtud con el nombre de confesión; la mansedumbre para la expoliación, hecha también virtud con el mote de piedad. Esos pobres peleles no se mueven nunca impulsados por un ideal. Consideran tales, al egoísta, ausente y falso de "salvarse", o a la devoción gazmoña que encubre las peores sordideces.

Empleadillos o profesionales vulgares que ya van para ricos, no creen lavadas sus faltas —desprovistas de nobleza y originadas en el afán usurario--- si no tienen la patente de corso del presbítero. El Homais que ya echa barriga a fuerza, de desplumar a los clientes infelices, se siente amedrentado porque nunca sus "ideas liberales" tuvieron cimiente, piensa en la posibilidad de la condenación y acuciado por su Madame Bovary, bizca del alma y de los espejos de la misma, se refugia en el confesonario y se conforta el espíritu para nuevos latrocinios con abundantes golpes de pecho, muchas hostias en el garguero y copiosas misas oídas en genuflexa posición.

Maese Pedro tiró. un hilo: la defensa de la fe. El títere se movió: un vejete deteriorado con una cara terrosa de fugitivo de un cuadro del Greco: las barbas lacias y descuidadas; los ojos: llameante el uno y el otro opaco, blanquecino, con nube, recogido como un chocho; los brazos largos terminados por manos percudidas y ganchudas como patas; las piernas enjutas, demasiado libres bajo el pantalón anchísimo de pana color café guaba y finalizadas por unos pies enormes, torcidos, siniestros, costrosos y negros dentro de las alpargatas incompletas y grises. Era el síndico de la iglesia: canóniga muy disputada.

El poncho del viejo ondeó sobre las: flacas piernas manifestando su vitalidad. Se unió al Estado Mayor para recibir órdenes.

El hombrecillo verdoso declamó como solía hacerlo en la "cátedra sagrada" para todos, menos para él. Atrás biliario y burdo, gruñón y zafio. Los pómulos salientes y los ojos movedizos daban la sensación de una lagartija que agita al sol la lengüecilla bífida. La lengua de esta otra alimaña no era tan innocua como la del bichito, sino que despeñaba un alud irresponsable de furia.

Desde el halcón el saurio osciló como un péndulo. Barbotó insultos su boca guarnecida de colmillos amarillentos, sucios, sin lavar hacía muchos años...

—¿Dónde están los católicos de acción que estos tiempos calamitosos requieren? ---gimió con la voz desgarrada, rota.

A sus gallos replicó una inclinación sumisa del viejo síndico, Don Inocencio. Ya iba a ver el señor curita de lo que eran capaces esos católicos cuando se presentaba la ocasión... Ah, sí fueran todos como ellos, ya no habría esa maldita plaga de liberales en toda la república, menos esos jovencitos imberbes que se denominaban con una palabrota terminada en istas...

A Don Inocencio había que tenerle miedo. Cuando él montaba en santa cólera, les molía las espaldas a los indios que no pagaban el diezmo, a los que no pasaban cargo, a los que no se casaban en la parroquia. Con los blancos no hacía lo mismo, por evitar disgustos...

Don Inocencio era honradísimo. Los ingresos aumentaron en su sindicatura, aunque esta opinión no compartía el pastor... Prueba de ello existía en que la casa nueva de Don Inocencio ya se concluía. Con las limosnas dominicales se adelantaba “la fábrica”, un arco de la fachada de la iglesia que Don Inocencio conoció en idéntico estado, cuando fue niño. Pero ¿cómo querían que el trabajo progresara si eran tan miserables los feligreses?

Ni acordarse quería el buen síndico de que á no poseía los caballos gordos y de brazos que el cura, las jaquitas propias de los sobrinitos, la sala del convento tan llena de arrequives como el altar mayor en Viernes Santo, y la despensa de la señá Eudosia, la parienta y cocinera del prebendado que engordaba cada día más porque vivía en gracia de Dios...

Don Inocencio era feroz. “Agora lo veremos”

Y allá se le vio. Todo fue ingresar de nuevo en la horda Don Inocencio para que la manada fatal se rizara terrorífica.

Llovieron piedras sobre el tejado de la casa de la maestra. Por suerte no escaseaban en la plaza. Gritos estentóreos de: ¡Abajo la maistra! ¡Que salga de aquí la hereje! Que se vaya la descomulgada!, se escucharon escalofriantes en la plazoleta herbosa y trágica.

El que más se desgañitaba era Don Inocencio. Su voz cascada de viejo borracho, pegado como el guagracallo al suelo, a la chicha de jora de ande el compadre Teófilo que la hacía rica y revolcadora, se destacaba en el griterío horrendo.

Ese hervor tumultuario incubaba sucesos tremendos.

El santo sacerdote sonreía gozoso. Las viejas se apelmazaban en torno para ganar las indulgencias a que era acreedora la que obtenía siquiera un superficial contacto suyo.

La casa se mantuvo cerrada.

Celina, sentada en su cuartito, esperaba con el Sermón Laico del Maestro de América abierto sobre la falda, la irrupción de Calibán: Le hacían mucho bien: esas palabras ponderadas y convincentes junto al insulto procaz y al ataque deslayado.

Frente a ella, en un marco de terciopelo bordado por sus manos, se veía el retrato —recortado de una ilustración de revista— del primer perseguido, del Montalvo de la Mercurial que clavaba sus ojos “como flechas” en los que le miraban.

¿Qué podía intentar la pobre mujer desamparada? Ni huir. Lágrimas puras y candentes se deslizaban por sus mejillas tersas y mojaban el libro altísimo y alentador…

¿Quién la ayudaría? El tío fue al pueblo vecino. Regresaría muy tarde. Pobre viejo, cómo podía contener esa jauría de idiotas espoleados por la sombra oscura que empaña siempre el resplandor cultural y libertario.

¿Qué he hecho yo a esa multitud enloquecida ?—se preguntó varias veces sin hallar respuesta justa. No recordaba maga. Su vida recta y alba no tenía borrones de maldad.

De repente, le taladró del cerebro una evidencia. Reconoció entre todas el cloqueo de galinácea del viejo síndico. Evocó la mirada aviesa, oblicua con que la saludaba siempre que se cruzó con ella; el ruido provocador de sus alpargatas en el suelo duro cuando pasaba a su lado, mínimo, insignificante y rencoroso. Rememoró también que el viejo preguntó una vez a la criada con ira no disimulada.

—¿Por qué no va a misa tu patrona? ¿Por qué no se confiesa? Le va a pasar una desgracia el rato menos pensado... Así dice el señor cura.

Esa era la desgracia anunciada por el síndico. Ya había preparado la tormenta el “sepulcro blanqueado” La muchacha no besuqueaba las antihigiénicas filacterias del tabernáculo; estaba, pues, condenada.

La raza de víboras que no perdonó a Cristo no conoce el dulzor de la ternura. El blanco deliquio del perdón no ilumina nunca. sus almas de bodega. Traficantes de una religión que no entienden, predicadores de un código moral que no practican, que no pueden practicar porque se fundamenta en la dulzura y ellos no la sienten, se han encallecido en el mal y gustan de la tortura ajena y del provecho propio. Caifases redivivos, más zurdos que el judío, coprófagos, odian el bien porque son incapaces de crearlo. Su hopalanda negra flota como un dombo fétido sobré los pueblos ignorantes y esclavizados.

Celina no esperó clemencia. Las moles impasibles de los Andes se tajarían a sus ruegos férvidos, sus neveras derretirían un llanto de amor, pero ese pecho velludo de sátiro no tenía resquicios de compasión; sólo palpitaba en las fiestas sabáticas y en los placeres brutales. Carne de vicio no supo nuca del tremor azucarado y embriagador de la virtud. La virtud de ese hombre no era más que hipocresía. El enjalbegado de que habló Jesús.

—Vida truncada la mía —pensó la chiquilla. Prendía en mí el fervor del misionero. Esta obra ignorada despertó mis entusiasmos. La misma bestia que traté de acariciar con mis manos enjoyadas de dones, se vuelve contra mí con los bigotes erizados...

Abatió la cabeza altiva entre las manos pálidas. Lirio votivo agostándose en un altar anónimo de sufrimiento. Cruzó ante ella la pesadilla cruenta de su muerte estriada de las luces de la siniestra hoguera milenaria en que crepitaran todos los fanales que horadaron la noche de la plebe...

Después del escarnio y de la ofensa, el hecho, material, impulsivo y feroz.

Pensó que detrás de ella venía una legión de sacrificados iguales, de víctimas análogas, Se entregaban así, inermes, laxos en manos del insaciable Moloch...

¿Por qué, si ya contiguas, fuerzas innúmeras y de recios bíceps empujaban el mismo lema que ella: CLARIDAD?

—Esos imbéciles no tendrán. la satisfacción de ver que he llorado —dijo.

Movimientos bruscos secaron sus lágrimas. Se Limpió el rostro. Desmelenada, con un lampo divino de resolución en los ojos tranquilos, desprovistos de odio, anduvo hasta el zaguán de la casita.

Indiferente, como si una amnesia le paralizara el cerebro para ahorrarle la noción de que esos le buscaban para punzarle, se reclinó en un pilar, con el libro en la mano izquierda y el foete en la diestra.

Sobre la madera lustrosa y firme se convulsionaba una enredadera florida. Así hubiera sido ella, como esa trepadora tenaz, ciñéndose al cuerpo viril de un hombre fuerte para celebrar el triunfo de la vida sobre las pazguaterías sociales. Así, florecida y tensa, vital y estética, adorno y fuerza para ese ramo robusto que como ella sería jalón indestructible de un sendero emproado a la Justicia y a la Cultura por el Amor.

Se sintió solitaria como una rama débil que se pega. al suelo, pisoteada por los brutos, pero que en el vértice ostenta un racimo de flores armoniosas, inmortales…

La mesnada podía matarle. Su sangre fecundaría un surco ilimitado con purpúreo riego de sacrificio. Nuevos obreros generosos roturarían la tierra pétrea del prejuicio, oscurecida de fanatismos, para sembrar Libertad a manos llenas, a voleo, noblemente, perpetuamente…

Fluyó un tímido consuelo del pensamiento de que su labor no quedaría cortada. Le restañó la herida la certeza de que otros también miniarían su senda con sangre inocente. Su único dolor fue no haber sembrado más. Por falta de tiempo su mano no fue más larga.

CAP. XV

EL DIQUE

Hugo se quedó perplejo de pronto al mirar el turbión enfurecido. El mayordomo y el escribiente se atrasaron confundidos en la plebeya marejada. La arcilla sin ideal se alía a la arcilla en todas les transgresiones, en todos los pillajes contra el espíritu:

—No hay tiempo que perder —pensó el joven.

Sus espolines de plata se hundieron en los ijares del caballo. Este dio un salto y regido por la mano vigorosa del jinete hendió el tumulto como un dardo el aire trémulo. Atropellados los aldeanos retrocedieron dando paso al aristócrata. Se había engrandecido. Altanero y orgulloso, la sangre prócera de los Cides que rompían multitudes de moros bullía en sus venas hinchadas. Celina para él era una cima. Las babosas del pueblo iban a mancharla. El causante de la algarada funesta debía auxiliarla. Hervores caballerescos estallaban en sus nervios.

Puso el caballo junto a la puerta y alzando la voz vibrante preguntó :

—¿Por qué atacan a una mujer sola e indefensa?

Calló la turba sin atinar la réplica,

Una voz atiplada, femenina gritó a la distancia.

---¡Abajo la maistra!

Zamora se afianzó en las estriberas. Su cuerpo fino se irguió come una llama hispida.

—Se irá de aquí porque no la merecéis. Pero infeliz del que se atreva a tocarla. Cobardones!

—Claro que le ha de defender... —tronó malévolo, Don Inocencio.

Se oyeron risas.

Los chagras asombrados por la actitud de Hugo permanecieron quietos. La burla de Inocencio les reanimó, y con él a la cabeza, arremetieron nuevamente contra la puerta, armados de palos, piedras, herramientas, y con intención de echarla abajo.

Don Inocencio llegó el primero.

En las manos de Hugo fulguró la browning. Con ruido metálico las cachas resonaron en los huesos craneanos. Chorros de sangre empaparon el rostro del viejo.

Juraba y denostaba Don Inocencio. Quiso lanzarse contra Hugo. El potro inglés, enardecido por los gritos y hostigado por los espolines del jinete, trenzaba una danza vertiginosa aplastando, cuerpos, rechazando acometidas,

De todas partes llegaban cantos y palos que alcanzaban a veces al justador y a su cabalgadura.

Hugo desencajado, lívido, sin reparar en el peligro vociferaba :

---Cobardes! ¡Cobardes!...

Al más audaz de los chagras que saltó a las riendas del animal como un felino, le cruzó la cara a foetazos. Luego descargó la. pistola. Los gruñidos secos, rechinantes del juguete de acero alejaron a los más vehementes. Fueron tres disparos.

El cura se escondió. Le asustaba su obra inverecunda y sanguinaria. Una arruga partía su frente deprimida.

Llovieron otra vez proyectiles. Hugo no se cuidaba de ellos y perseguía a los chagras que corrían por la plazuela.

En ese instante llegó Raúl. Al escape atravesó la plaza y se puso junto a Hugo. La carabina en una mano y el látigo en la otra. La cara convulsa y entrecejo fruncido.

Los del pueblo que le conocían, le querían y le respetaban, se detuvieron.

En la hacienda de Raúl encontraron muchas veces trabajo y protección. Más que eso. Eran tributarios del hacendado porque por “Rosaleda” pasaba la acequia que surtía de agua al pueblo.

Hugo tenía la ropa rasgada en varias partes. Muchos proyectiles dieron en el blanco. pero él no lo sintió. La ira aún dominaba en su rostro de perfil noble y hermoso.

Avisaron al cura que el patrón Raúl se juntó al extraño adalid de la maestra. Dio órdenes de que cesara el motín. Canes hidrófobos, con el rabo entre las piernas, sin morder la presa anhelada, se retiraron los aldeanos mirando de reojo a los señoritos entrometidos.

—Llame al señor Raúl —mandó el sacerdote a un sacristán.

Raúl recibió el recado, y sin deponer su airado continente, fue a la casa parroquial.

Zalamero, atento, con genuflexiones interminables, le recibió el cura.

—Mi querido Don Raúl, pase. Por aquí. ¿Cómo ha estado? Tanto tiempo que no se le ha visto en el pueblo.

—Salgo poco, señor. Estoy a sus órdenes. Recibí una invitación suya. ¿Desearía saber para qué es?...

Las viejas veían con encono al joven. También el rubio hacendado acudió a la defensa de la herética, de Celina... Y después la insolencia —según ellas— con que trataba al señor cura, era tan criticable. Pero no chistaban. Les inspiraba miedo el joven rico y noble. El pueblo entero no podía pelear con el dueño de “Rosaleda”. Medrosas, las santurronas calculadoras, escrutaban de soslayo las horas altas y lustrosas de Raúl, quien taconeaba el suelo con notoria impaciencia, y el semblante pálido e impasible del aristócrata cuyos ojos se clavaban inquisitivos en Don Sidonio, el cura.

—No es para nada grave, Don Raulito, que le mandé molestar. Le ruego me disculpe. Es para averiguarle si usted quizá sabe la causa por la que han atacado los del pueblo Ja casa de la maestra de escuela. ¡Qué mal hecho!

— ¿Puedo yo saberlo, señor cura?

En el acento de Raúl. vibraba la cólera mal reprimida. La avilantez y la hipocresía del ministro inflamaba su ánimo. Continuó:

—He recibido un recado urgentísimo de gentes que sin alardear de santas practican mejor la obras de misericordia... Me han dicho que los del pueblo se reunían para asaltar la casa de la maestra. He venido a: defenderla porque me parece abominable que se ataque a una mujer sola. Y he venido resuelto a todo, Don Sidonio. Usted puede verlo por mus atavíos guerreros...

—Es la verdad ---masculló el misacantano.

—Esas malas pécoras de las Antúnez han de ser las del aviso —gangueó una vieja--- Ya la pagarán.

—Cree, señor Raúl, que no hay motivo para que la saquen a esa señorita de aquí, ¿Sí el pueblo no la quiere? —deslizó el cura malignamente.

—No quiero discutir este asunto sobre el que no nos pondríamos de acuerdo. Nada tengo que ver con que el pueblo la quiera o no, cosa que está por averiguarse. Esa chica que a mí me parece inteligente y digna, puede salir de Torrebaja, si le aborrecen de semejante manera.

Las viejas ahogaron risas maliciosas.

—Pero lo que no puede consentir una persona civilizada es que se hagan estas demostraciones estúpidas de cobardía… —prosiguió Raúl viendo a las estantiguas con asco.

—Así es... —afirmó el cura

Uno de los vejestorios quiso interrumpir, murmuradora y procaz:

—Señor Raúl, si esa mujer…

El hacendado volvió la cabeza, como si le picara una víbora y la abarcó una lenta mirada despreciativa. Don Sidonio coligió que podía soltar una gansada y la impuso silencio con el lenguaje elocuente de sus guiños.

---Y además yo no comprendo la animadversión de toda esa gentuza contra esa infeliz muchacha que no les ha dado ningún motivo. A no ser que...

Todas las viejas querían hablar. Sibilantes, roncas, farfullaban injurias, contenidas difícilmente por las miradas suplicantes del párroco.

Una habló a pesar de todo:

— ¡Que se vaya de aquí esa descreída!

Raúl ni la miró.

—El pueblo se ha echado encima una mancha indeleble. ¿Quién querrá venir a esta población de maestra? Es un salvajismo que se amenace la vida de una chica que sólo cumple con su deber.

—Señor Raúl, señor Raúl —querían hablar muchas. El joven se encogió de hombros... No las contestó sino con un movimiento de repugnancia,

---Yo he querido que usted sepa que yo no he tenido participación ninguna en este asunto —explicó el Pilatos ensotanado.

---Ya lo sabía —hizo irónicamente Raúl--- Cómo podía yo creer que usted haya mediado en este delictuoso acontecimiento. Esas gentes han podido cometer un crimen y obligarnos a pecas otros a mí primo Hugo y a mí.

—¿Es su primo el jovencito que vino antes que usted? —inquirió Don Sidonio.

—Si señor. Mi primo Hugo Zamora. El que rompió la cabeza al insolente síndico suyo, señor Don Sidonio…

--- Primo ha sido —gruñeron las viejas.

—Ha andado metido en esto el síndico... Cuánto lo siento. Siempre decía yo que la fogosidad de Don Inocencio no tendría buen fin. Su sangre hierve con brío juvenil.

—Creo que usted, Don Sidonio, debe aplacar los ánimos exaltados de esas buenas gentes. Impedirles que cometan locuras desdorosas. No pongo miedos, pero aseguro a usted que protegeré de todas maneras a la señorita profesora. Es tan sola la chiquilla.

—Ya calmaré yo a los más furiosos. En realidad esa pobre muchacha descarriada no tiene la culpa.

—Aunque la tuviera. Vo no veo por qué pueda usted llamarla, así con tanto descoco, ¡descarriada!

Nuevamente se agitó el bellaco montón de maledicencias.

—Hay ciertas. cosas que no están bien, señor de Covadonga.

—Un paseo no es un crimen, señor cura.

—Dejemos este asunto. Haré lo posible. por evitar mayores, percances siquiera fuese por allanar dificultades entre nosotros, ya que veo que usted «se interesa por la muchacha...

—No es un interés como el que usted supone. No quiero que Torrebaja conquiste fama de bárbara. No me gustaría que se cometa un atentado.

—Dios santo! eso no. Aquí estoy yo para impedido. Mi santo ministerio es de paz y amor.

—Así lo creo. Conque, buenas tardes señor cura. Que pase usted días reposados.

Dio un apretón vigoroso al hierofante. Erguido, sin contemplar la jauría repulsiva que serpeaba en la sala chillonamente decorada de don Sidonio, salió el hacendado.

Sus pasos se extinguieron en el zaguán.

Iniciaron su fuego las beatas represadas.

—¿Han visto los desplantes del mozo atrevido? Venir a imponerse al señor cura —dijo una beata bajita, regordeta, con la faz granujienta y de un color rojo subido, llena de espinillas y escarchada de polvos de arroz baratos.

—Por los cuatro reales que tiene se porta insolente —añadió otra, flaca y lívida como un cirio, funeral.

Don Sidonio regresó. Fue acompañando a Raúl hasta la grada. Con un pañuelo grandísimo de flores se secó el sudor del rostro descompuesto.

—Nos vejan a los sacerdotes —sollozó. Por una mujerzuela insultan a un siervo de Dios que no hace otra cosa que cumplir su misión sacrosanta vigilando por las almas de sus feligreses.

—Algún castigo del cielo ha de caer sobre las gentes de estos tiempos, tan malas, tan poco devotas —refunfuñó la creyente del rostro céreo, Su voz sonaba lejana, venía de sus profundas cavidades abdominales tan separadas de la boca, agujero negro y espantoso en la cara blanqueada con albayalde.

—De todos modos, esa atea se ha de ir de aquí, quiera o no el señor Raúl, que algunos tratos... ha de tener con la maestrita santucha —interrumpió una beata joven y ya marchita. Habría sido bella, pero una sed insaciable la consumía. Mística y sensual a la vez.

—Si, se irá —gritó en un arrebato de ira el clérigo. No faltaría más. No se quedará de ningún modo. La fe peligra. La religión ante todo. ¡Ay de los ricos que pretenden oponerse a los designios de los ministros del Altísimo en la tierra! Cristo dijo: Lo que atáreis en la tierra será atado en el cielo.

—Estos ricos bravos que se meten en lo que no les importa —entró farfullando don Inocencio. Traía la cabeza rota. El barbero le vendó prolijamente después de lavarle dos anchas heridas que las cachas de la browning de Hugo hicieron en el duro cuero cabelludo del vengativo y fanático viejo:

—Aquí está un mártir de la religión —vociferó don Sidonio---. Cristianos como éste se necesitan por millares. De armas tomar, y no o es que huyan al primer asomo de peligro.

—Me han dejado solo los flojos —respondió el viejo al elogio. Sino, no sale vivo ese valiente señor, que porque ha de ser amigo de la maistra la defiende.

—Razón tiene don Inocencio. Así ha de ser—profirió la señorita transparente y etérea.

—Ya se van los jovencitos groseros—clamoreó una vieja: de grandes bigotes grises recortados desigualmente, que oteaba desde una ventana.

Era verdad.

Bajó Raúl. Junto a Hugo, el mayordomo y el sirviente comprobaban su lealtad. En la refriega se colocaron muy cerca del patrón. Montaron y partieron.

—Vamos a ver a Celina —propuso Hugo. Raúl tocó la puerta. Una vocecita cristalina y fresca contestó del interior.

—Voy, señores.

Aguardaron.

Apareció la muchacha sonriente, afable.

—¿Eran ustedes?... Su tono denotaba sorpresa.

—No nos esperaba, señorita Celina. Sin embargo hemos querido saludarla antes de volver a “Rosaleda”.

---Entren, señores. Indicaba el paso con dignidad. El zaguanete, esmeradamente barrido, resplandecía.

Un cuartito pulcro, limpísimo, con un sofá y cuatro sillas de vaqueta. En el centro, una mesita cubierta por una sobremesa tejida de manos de Celina. Un florero con un enorme mazo de azucenas embalsamaba la reducida estancia.

—Siéntense.

—Gracias, señorita —repuso Hugo turbado.

—Usted disculpará que hayamos tomado parte en sus cuestiones, encantadora señorita —aventuró Raúl con discreta cortesanía.

—A no ser por la generosa intervención del señor Zamora mora cuya voz oí casi desde el principio del bochinche y la suya señor de Covadonga, mal hubiera pasado la impía en este pueblito tan católico y tan agresivo.

—No hable de eso Celinita ---cortó Hugo fogoso. Nada de bueno hay en lo hecho por nosotros. El deber de arrancar al civilizado de las garras del salvaje nos movió a mi primo y a mí.

Evitaba decirle que su amor frustrado era el origen oculto de su admiración y de su bizarra protección. Una desconocida vergüenza le quemaba la sangre y le empurpuraba la cara. Ya se presentaría ocasión más oportuna.

---¿No le decía yo señorita? Son malos en el pueblo. Si usted quisiera aceptar temporalmente mi hospitalidad en “Rosaleda”, las puertas de mi casa están siempre abiertas para usted y su tío.

—Demasiada bondad, don Raúl. Usted comprende que la primera visita a su hacienda ha originado esta hecatombe a medias; otra vez sería atraer la tempestad...

—¿Piensa continuar viviendo en Torrebaja? Inquirió ansioso, Hugo.

---¿Por qué no ? —dijo la maestrita, O Un haló de serenidad coronaba su bello semblante hermoseado por las lágrimas.

---Esta existencia encierra muchos peligros para usted ---republica Hugo---. Nunca estará segura mi libre de la brutalidad de estas gentes.

—Volver la espalda cuando la civilización nos reclama... imposible señor Zamora. ¿Abandonar el sitio de avanzada, desertar de la vanguardia cultural porque el primer oleaje nos enfanga? No, señor Zamora. Esta dura prueba porque acabo de pasar ha descubierto en mí ignoradas fuerzas de carácter. Me quedaré, aunque en ello me vaya la vida.

—No tanto, señorita. El ideal no exige sacrificios —exclamó Hugo, admirado.

—Como no. Don Hugo.

Raúl callaba y miraba a su primo con aire de triunfo.

Allí estaba el apóstol que presentía. Una pobre mujer, sola, vilipendiada, ostentaba energías que el creía no atesorar.

—Con todo, sería mejor que usted evite un peligro cierto, señorita.

—¡Oh, no! Acaso he cometido una falta, ni leve. La realización de mi cometido me liga a estas tierras fecundas y pardas que —es la ley natural— requieren el desgarramiento doloroso del arado para albergar simientes y brindar flores y frutos.

—Bien. Su resolución es inquebrantable seguramente. Pero no olvide que en nosotros posee amigos dispuestos a sacrificarse en su salvaguardia.

—Mi reconocimiento es intraducible. Gracias señores.

La pobre chiquilla dominaba trabajosamente sus lágrimas de gratitud... Al fin era mujer. Su alma se humedecía, doblándose ante el dolor tiránico de no tener vigor de roble, virilidad de roca para resistir las afrentas cobardes de la corriente social.

—Llámenos siempre que le file ayuda, mientras estemos en “Rosaleda”, que desgraciadamente será muy poco tiempo más —expresó Raúl. Un suspiro largo acalló las frases entristecidas.

---Me abruman las bondades de ustedes.

—Buenas tardes, señorita ---concluyó Raúl estrechándole la mano gentil, caballeroso.

Hugo se atrasó de intención. Cogió el sombrero sin dejar de ver golosamente a Celina. La hembra culta y bella, sencilla y heroica, tan distinta de las mujeres “bibelot” o le sugestionaba con máximo poderío. La admiraba y la amaba.

Retuvo su mano endeble entre las suyas amorosas y ardientes.

Como para que no se borrara la imagen de la maestrita procuró grabarla en la. retina no dejando de mirarla ni un segundo. Se embriagó de su presencia sin llegar a saciarse... Se Despidió con violencia masculina que en el fondo es debilidad y buscó la calle cubriéndose el rostro con la ancha falda del sombrero caído sobre la frente. Lloraba la pérdida de un bien inasequible. De una perla que no daría lustre a su diadema de enamoradizo... ¿Se Abrió paso la peri por las cenizas del fracaso? Tal vez.

Montaron los dos primos. Contemplaron por última vez la casa de la maestrita que albeaba como una corderilla entre las pardas guaridas aldeanas y se alejaron. Raúl delante, seguido de Hugo. El mayordomo y el escribiente detrás.

Cruzaron la plaza. Una calleja llena de hierbas y surcada por hondas grietas pluviales les condujo a la casa del Teniente Político.

A esa hora el chagra comía pacíficamente en unión de sus numerosos hijos.

—Hola, Don Leandro —se anunció Del hacendado.

Apareció el chagra. Viejo, rollizo, colorado —discípulo intachable de Baco— el Teniente Político se apresuró a presentar solícito sus respetos al patrón Raúl.

---Qué se les ofrece niños? Buenas tardes. Patrón Raúl, como así se le ve por estos trigos?

---Siempre feliz este Leandro, contento y lleno de vida —bromeó el joven.

—Es mi primo, el señor Hugo Zamora.

—Para servirle, patrón.

—Gracias. Yo a usted también.

—Usted no sabe lo que pasa en su pueblo, Don Leandro, Hace poco casi linchan a la profesora de la escuela! ¿Cómo tolera semejante cosa, hombre de Dios?

—No he sabido señor.

El viejo asistió a toda la zalagarda. No fue de los menos agresivos.

---Bah, usted con hacerse de nuevas ha escurrido el bulto. Pero estos actos tan inciviles pueden costarles caros a los bullangueros. Es un crimen lo que intentaron cometer. ¿No les ha dicho eso el mañoso clérigo que les instiga?

—No he sabido nada, señor...

—Por no saber nada y sin saber nada puede Ud. perder el empleo sí no garantiza lo mejor que pueda la vida de esa infeliz chiquilla hostilizada sin causa.

—Señor, si yo nada se... En nada me he metido.

—Oiga. Por mi tiene Ud. el cargo. Con que ya sabe... A conservarlo... Lo sucedido esta tarde no puede repetirse. Procure impedirlo. Es su interés...

—Se hará lo que manda el. señor Raulito. Pero no será mejor que se vaya esa señorita? Los del pueblo desque van a hacer una solicitud pidiendo que la boten.

—Su obligación es protegerla. Nada más. Usted es miembro del Gobierno y está obligado a prestar auxilio a los otros servidores del país como la señorita Celina.

El chagra se rascó el cráneo microcéfalo sin comprender.

Se limpió las comisuras de los labios, untadas de comida, con los flecos del poncho café.

—Por darle gusto a su mercé se hará lo que dispone. Pierda cuidado ño Raúl. Mis tres chapas la cuidarán.

—Asi lo espero.

—Hasta otro día, Don Leandro.

—Buenas tardes, señor Teniente Político...

Él chagra enorgullecido se estiró lo que pudo, escupió con un ruido tremendo, clamoreando:

—Que tengan buen viaje los niños.

Anochecía.

Las cabalgaduras, al trote largo, arrancaban de la cangahua dura de la senda un ruido acompasado y seco.

Hugo fue el primero en hablar. Le escocia el silencio, tan lleno de emociones como estaba su espíritu.

—Primo, tenías razón. Estas gentes que nos rodean reclaman una lluvia copiosa de en un diluvio de muchos años de cultura.

—Son capaces de todos los crímenes porque sen irresponsables y no miden la magnitud de sus actos,

—Se vuelven haces inflamables de las piras que prenden los farsantes en provecho propio exclusivamente. Primo, ahora creo como tú que sobre nosotros gravita, como una losa, un deber. Pero somos tan débiles.

---Quizá no es hora de actuar... Expiamos una culpa de siglos. Ni siquiera es dado rebelarnos,

—No lo creas Raúl. La bandera que dijera: cultura para todos, cobijaría muchos adeptos.

—Si. Al que la empuñara y a muchos cadáveres...

—Pero esta imbecilidad de las gentes que viven da campo sin más oráculo que el cura —pitonisa y condottiero— es riesgo y afrenta para una nación.

—Buenos borrones tiene la historia muestra por obra de la católica clerigalla. Derivados del prolífico crimen inicial de Cajamarca...

—Y este “oscuro dominio” durará siempre?

—Siempre, mientras no se instile dudas en el alma de estos siervos tan tranquilos con su estupidez. Aquí todavía los pecheros pagan diezmos al cura en las cosechas de sus retales. Las primicias existen, y en todos los terrenos... El mito del pelícano es verdadero, pero invertido. No es la iglesia católica —usufructuaria de la altísima doctrina de Cristo— la que se abre el pecho para ofrecer comida a sus polluelos; son las ovejas las que se dejan esquilar resignadas, para recreo del pastor...

—Murmuras, primo.

—Es preciso vivir en estos yermos sociales para conocer que pesa sobre la gleba ecuatoriana un feudalismo burdo. El cura aún no ha perdido su señorío de horca y cuchillo. Cuando lo pierde lo recobra de todos modos.

Ya ves, hoy por poco no asesinan a la maestra los feudatarios. ¿Por qué? Porque no ha ido a misa unos cuantos domingos, cansada de las pláticas del párroco que hoza todas las veces en el mismo tema copiado de un libraco... Esa maquinal repetición de sermones, idéntica a la oración de los árabes que se valen de un artefacto para evacuar sus salmodias, le ha fastidiado.

Eso es todo... Y además, el paseo a “Rosaleda”...

Sin tu arrojo, la muchacha no contaba la aventura. Aún después, si no fuera porque el venerable me necesita y el pueblo me quiere, habría lanzado sus dogas hasta contra nosotros, poniéndonos en el trance de usar las armas contra esa gentuza, que, ten seguro, nos despedaza.

Y esto subleva. Odios religiosos ya no existirían si estos piadosos mequetrefes no los atizaran para que la cosecha sea opima. Para ellos, el Amor Humano es un descuido ideológico de Cristo.

—Verdad, Raúl.

Llegaron a la hacienda ya anochecido.

Entraron en la habitación del niño. Hizo luz.

Al fondo, sobre una: tabla del estante, las tapas rojas y los cantos dorados de “Don Quijote” se destacaban simbólicos.

Los dos jóvenes creyeron ver que el rostro enjuto y el cuerpo magro del caballero de la Mancha se envolvían en un nimbo de aprobación...

CAP. XVI

LOS JUDAS

Juan no conciliaba el sueño. La idea del crimen le producía una, desazón máxima,

De una parte su promesa de ayudar a Gregorio en el desquite de la afrenta y su solidaridad de casta. De otra, el terror a la justicia de los blancos y el miedo a los patrones mismos que se defenderían.

Para esa madrugada le citaron sus cómplices en una zanja del primer potrero de la hacienda, el más cercano a la casa.

¿Debía o no asistir a ese emplazamiento lúgubre? Si no acudía faltaba a su palabra y los compañeros escarnecerían al cobarde. Si se presentaba, le enredarían en la comisión de un hecho sangriento y él no quería matar a nadie menos al patrón que siempre fue bueno y no le causó ningún daño...

En ambos casos un peligro grave y próximo se cernía sobre su atribulada cabeza sin que le fuera dable evitarlo.

Sombras de pesadilla galopaban en su mente desequilibrada. Se contemplaba en el asesinato: El mataba al patrón Raúl y la cabeza exánime del amito caía sobre su pecho y le aplastaba... le aplastaba con peso imponderable de sarcófago. Después... los polizontes le perseguían por las lomas peladas, sin escondites propicios. Le daban caza como a una fiera en el páramo incendiado. Le capturaban, le sometían a tormentos indecibles hasta que

confesara el crimen inaudito. Se Cumplia el castigo, un castigo inmenso, superior a la resistencia humana... Sentía los huesos quebrantados, las carnes desgarradas, la piel quemada, rasgada, rota.

Un sudor viscoso le Araba las sienes bajo las cuales las arterias vibraban con un ritmo alocado, presagiador del estallido.

Gregorio, Venancio y Ramón cometerían el crimen sin él. Moriría el patrón Su suerte ya echada no la alteraría nadie.

¿Por qué no iba el Juan a avisar a los patrones lo que les sucedería? Puestos en guardia ellos, repelerían el alevoso ataque, y castigarían a los siervos pérfidos. Pero entonces condenaba a sus hermanos, era indigno de la confianza de ellos, no merecía la convivencia con los demás oprimidos...

¿Y por qué el patrón abusó de la Manuela ? ¿Por qué los blancos no respetan a los indios ni a sus afectos?

Justo era que le castigaran por su vicioso desenfreno.

¿Pero matarle?... No alcanzaba el cerebro del indígena a dilucidar ese trágico acertijo.

Una luz de cordura le alumbró. Lo conveniente era consultar a la bruja.

Y a la casa de la arúspice india resolvió dirigirse. Se enderezó en silencio, con felina cautela. Su mujer no le sintió.

Abandonó la choza y desatentado, como loco corrió hacia la hondonada en que se levantaba la casa de la india. La desesperación le excitaba tableteando en su oídos frases conminatorias...

Separada de todas, en el centro de un terreno grande y ya cosechado —las zarapangas se amontonaban en cuatro altísimas pilas en las esquinas del rastrojo— la casa de la Encarna era la única de la pequeña depresión que semejaba una arruga de la falda del monte altísimo y cubierto siempre de nieve.

A paso de lobo se aproximó el indio.

Traía el pecho fatigado de la marcha acelerada. Dos horas caminó sin descanso.

La casa se sumía en silencio. Ni un rumor. No había perros como en todas las casas de los indios. Su medrosa fama le ponía a cubierto de robos.

Un corredor con dos puertas al fondo y dos habitaciones laterales formaban la casa. En el cuarto de la derecha dormía mama Encarna.

Golpeó con los nudillos. Sigilosamente.

Nadie respondió al reclamo.

Insistió más fuerte.

—Imata? —contestó una voz de hombre semidormido.

—Quiero hablar con mama Encarna—repuso Juan.

—Espera.

Se abrió la puerta de maderas sin pulir, y un indio embozado en su poncho llenó la rendija.

—Entra.

El dueño de casa, Matías Pitataxi, encendió una esperma.

Mama Encarna descansaba acostada en una cama. Sólo ella podía permitirse esos lujos desusados por los indios. Ya se había despertado e inquiría con la mirada de sus ojos vivos y grandes, el objeto de visita tan a deshora,

—Quiero averiguar una cosa,

Pausa.

Hizo el Juan un movimiento de cabeza que la Encarna interpretó certeramente.

---Matias ---dijo---, andá a dormir en el otro cuarto. En clavo está llave

Matías era casi bel esposo de Encarna. No eran casados, más vivían maritalmente, porque así lo quería la Encarna a trueque de que el Matías fuera un marido sumiso y callado como un muerto,

El casi esposo tomó la llave colgada del clavo, se arrebujó en el poncho y sin un murmullo salió del aposento, de puntillas.

Su cabeza rapada se dibujó un momento en el rectángulo de la puerta abierta, iluminada por la esperma.

La Encarna cerró con llave la puerta.

Para mayor seguridad, echó sobre ella un grueso tronco de capulí que cuando no se arrimaba en la puerta servía de banco.

Avanzó la india hasta el comedio del aposento, y ordenó a Juan que se acercara. Lo Hizo así el indio colocándose frente a ella, descubierta la cabeza, más bronceado que nunca, temblando.

La claridad difusa de la esperma no disipaba las sombras de la amplia habitación. En una esquina, la cama recién abandonada exhalaba el olor capitoso de la india aun provocativa.

Junto a la pared opuesta a la puerta de la entrada, se alineaban baúles grandes y pintados de amarillo chillón de caléndula. En ellos se depositaban los anacos, camisas, fachalinas, sombreros, enaguas y rebozos de la maga. Esta, joven todavía —no se resignaba a dejar su rango de india apetitosa para los blancos— y de rostro más que agradable, gustaba del aseo, del buen vestir y de las nimias comodidades que, pequeñísimas para el civilizado, son inalcanzarles para el indio.

Las camisas y enaguas de la Encarna recibían un acentuado baño de azul de Prusia. Los anacos eran bordados, igual que sus rebozos. En sus sombreros blanqueados con pushe—una creta natural y ordinaria—ondeaban: enormes lazos de cintas de vivos colores con figuras realzadas. Las huallcas, zarcillos, gargantillas, orejeras, manillas y anillos de la Encarna, que eran numerosísimos, se guardaban en un arcón especial con chapa y candado, arcón que se escondía bajo la cama de la poseedora de todas esas opulentas riquezas.

En otro rincón se veían los aperos de labranza, los ponchos y más ropas del Matías, las que no resultaban muy abundantes ni variadas.

En el resto de la habitación no se encontraba nada. Sobre los ladrillos rojos y bien barridos que en la mayor parte de las casas indias quedan desnudos, la Encarna había distribuido unas cuantas esteras. Al pie de su cama y en el centro del recinto las esteras eran dos, de totora, de las tejidas en la Laguna.

Pisando las del centro se afrontaron los dos interlocutores. Les proporcionaba luz la esperma que la Encarna adhirió a la tapa de un baúl aprovechando la solidificación de la cera fundida por la flama.

La india en jarras, mal ceñida el anaco morado, cubierto el busto sólo por la camisa intensamente azuleada, se dirigió al Juan.

—¿Qué es?

No habló Juan. Le sobrevino un imperioso deseo de callar, de huir. ¿Para qué delataba a sus compañeros de crimen ante la india?...

De estar la puerta abierta se habría lanzado al campo, y corrido a la cita criminosa. Pero la Encarna guardó en las vueltas de su faja la llave y le inspeccionaba seria, fruncida.

—Qué es? —volvió a preguntar.

---Mama Encarna... —se paraba el indio irresoluto.

—¡Utija! —impuso la adivina mientras abrasaba con los ojos al Juan.

El poder hipnótico de la da obró sobre el espíritu débil y asustadizo del indio y lo adormeció, falto de voluntad. Las manos de la Encarna ejecutaban los pases de precepto por la cara del indio, ya puesto dócil.

—¿Qué quieres ? —interrogó...

Los músculos faciales de Juan se contrajeron como para facilitar la emisión de los sonidos; pero no pronunció nada. Unos residuos de voluntad resistían en un rincón del “otro yo” a las sugestiones de la india saludadora.

Repitió los pases la bruja... Más cercanos al rostro.

Llamearon los vivos ojos cafés. estriados de verde.

— ¡Habla!

El ademán vacilante de Juan se perdió en la immovili

dad total de su ser. - Rígido, sostenido por la energía volitiva y la mano de la hechicera que se suspendía abierta a la altura de la frente del “sujeto”, le titilaron los párpados y se le estremecieron los labios antes de la hipnosis completa.

Quedó después con los párpados cerrados, los labios “adheridos tenazmente a las mandíbulas separadas, entre las que relumbraban- los dientes, fruncido, cadavérico, el color aceitunado, los brazos lacios, inmóvil, frio.

—¡Habla! —exigió de nuevo la Encarna.

Comenzó el indio. Imperceptiblemente movía la boca violácea y espumosa.

Gregorio conquistó al Ramón y a mí para matar al patrón Raúl de hacienda, porque ha estado con la Manuela. Yo no quiero matar al patroncito que es tan bueno. Yo quiero ir a avisar al mayordomo que el Gregorio, el Venancio y el Ramón van a matar al niño.

Yo no quiero matar. Yo no quiero matar…

Yo quiero ir a avisar al mayordomo...

Estupefacta, horrorizada la nigromante, mandó:

—¿Qué más?

—Nada más… Yo no quiero matar al niño. Yo no quiero… Yo quiero avisar a mayordomo.

En el ritornello pavoroso seguía brotando alucinante de los labios del indio inanimado, como de una cueva. Era una voz ajena que salía de una cavidad inerte.

—¿A qué hora van a matar ? —inquirió.

—Para madrugada llamaron al potrero. Ya no más ha de ser.

—¿Cómo van a matar?

—No sé. No han dicho. Aura que hemos de reunir han de avisar.

—Todavía es hora ---murmuró la Encarna sintiendo una súbita piedad. En ella se mezclaba sangre blanca de su padre con la autóctona de su madre. No podía permitir que se consumara el crimen. El patrón Raúl contestó con curiosa deferencia sus saludos. Por otra parte, odiaba a la Manuela que era más bella que la bruja que antes tuvo fama de ser la mejor longa de esos campos.

No quiso saber más.

—¡Basta! —gritó.

Le despertó rápidamente.

Soñoliento, abrió los ojos Juan y contempló atónito la habitación. Se Restregó los párpados para convencerse de que estaba despierto, y preguntó.

—¿De dónde vengo?

—Si no has ido a ninguna parte —le tranquilizó la Encarna.

—¿Qué hago?

Con insistencia le asaeteó las pupilas con las suyas, brillantes y grandes, la india al Juan. Luego, masticando las palabras que salían como un soplo de su boca apretada, exclamó:

---Corre a hacienda y despertá a mayordomo y avisá que van a matar a niño. Corre, ¡Breve! Antes de que atrases. Ya han de estar llegando los otros, Irís por otro lado para que no encontrís. ¡Corre!

Abrió la puerta con violencia. Le empujó a la oscuridad, chillando:

—¡Corre! ¡Corre!

Llamó:

—¡Matías!

Y como no le contestara el indio, cerró la puerta, se acostó y apagó la luz rezongando:

—Razón tan tiene Gregorio de matar al niño.

En un día anterior Gregorio se informó con detalles de la distribución de los muebles en el aposento de Raúl. De Manuela obtuvo todos los datos. La longa cohibida por el temor y el respeto a su padre no pudo negarse a esa investigación. Sólo una frase indecisa desató la cólera del indio que la maltrató brutalmente y le dijo.

---Ya has de querer ir otra vez donde ño Raúl.

Avergonzada la Manuela no resistió más y sacudida por accesos de pánico, dio a su padre noticia circunstanciada de las costumbres que tenían en la hacienda.

—Nunca echa llave la puerta del dormitorio —fue una aclaración que alegró al concierto.

Contento del buen éxito de su búsqueda, hasta dió una palmada cariñosa en la espalda de su hija.

Cuando volvían de la trilla, Gregorio y sus dos compinches se refugiaron en el lecho pedregoso del torrente y acordaron las líneas generales de su proyecto.

Se separaron torvos, silenciosamente. Ellos mismos se recataban hasta de sus cómplices. Cada uno tomó el camino de su casa obsesionado por la representación del crimen que vivía ya en sus cerebros.

Intranquilo, desazonado, esquivó Gregorio las miradas de la Teresa.

La Manuela, por la averiguación de que fuera objeto, sospechó que su padre tramaba una represalia: sangrienta pero no pudo saber más.

En vano fue donde el Venancio una tarde y le preguntó llorando:

—¿Qué has oído a taita que va hacer al patrón?

Celoso, fiero el longo le replicó con aspereza.

—Nada. Qué querís saber? Anda onde el patrón...

—¡Venancio!... avisá...

La longa pretendió abrazarle con instintiva. y dolorosa coquetería.

La empujó el indio rudamente.

—Yo no se nada. Anda de aqui, sinvergüenza...

Y sin obtener ningún indicio, vejada, humillada tornó la india a su choza,

Venancio refirió a Gregorio las curiosidades de su ex-novia,

—Longa entremetida, verís la garrotiza que doy si metís en lo que no importa a vos.

Nada repuso la Manuela. Sus lágrimas corrieron abundantes.

—No has de salir de aquí ni a quebrada, —conminó el indio despótico.

--- No taita —sollozó la longa.

—Teresa —gruñó el tirano---. Cuidarís que esta ladrona no salga de aquí. Cuidado…

Con esa orden terminante en qué podía pensar la Manuela para escudar a su amante?

Hubiera sido desleal con su padre, pero no alcanzaba ni a vislumbrar sus intenciones y ya mi ir a la hacienda le era dable, para advertir al patrón que viviera alerta porque Gregorio no renunciaba a la idea de vengarse.

El día de la trilla se propuso hablar al patrón cuando regresara a la hacienda porque lo hacía siempre antes de que concluyera el trabajo. No fue a tiempo y cuando ella llegaba, por el lado opuesto, vio con pena que Raúl desaparecía al galope en el caminal.

No volvió. Y para que su madre no supiera su ausencia entró de prisa a la choza con un puño lleno de agua en la cabeza.

---¿De dónde venís?

—Trayendo agua.

—No has de ir...

Sin encontrar cómo proteger al niño de la celada que ni ella sabía pero que adivinaba preparándose en secreto con crueldad infinita, afligida, hiló todo el resto de la tarde en el patinillo, vigilada por la Teresa que cocía la poco apetecible merienda.

Asomó su padre, tétrico y furioso, y ella corrió a esconderse en lo más oscuro de la choza porque le oyó:

—¿Onde está la Manuela ?

—Aquí taita —gimió de adentro.

Se Dominó el indio por un poderoso esfuerzo y comió sin ninguna preocupación al parecer.

Trituraba el maíz tostado ruidosamente entre los molares fortísimos que subían y bajaban con celeridad en sus mandíbulas incansables de prognata.

Anocheció. El Gregorio dijo:

—Vamos a dormir.

Entraron las dos indias. El padre permaneció afuera. La Teresa cerró la puerta.

Anduvo un rato el indio en el corredor. Se sentó luego y cavilaba.

Tentada estuvo la Manuela de salir y ver que hacía su padre, pero el miedo de encontrarle o de que le sintiera la Teresa, le mantuvieron quieta. Fueron siglos las horas de esa noche para la longa.

No dormía. Estaba segura de que su padre no entró a la choza. Palpó su sitio y lo encontró vacío.

¿Debía salir o quedarse? ¿Ir a la hacienda y avisar al patrón? ¿Y sí su padre no se había alejado mucho y la encontraba? ¿Y si no preparaba venganza alguna, por qué ella le vendía, suspendiendo sobre su cabeza la amenaza perpetua de la ira del niño?..... Oh, el sueño huía de ella y la asediaban horribles pensamientos, imágenes de espanto que le hacían gritar. Despertó su madre y la reconvino entre triste y disgustada.

Veía el asesinato. La mano negra del Venancio cayendo armada sobre el cuello blanco y desnudo del patrón... No resistió más. Se levantó gimoteando:

—¡Taita no viene! Ya voy donde patrón a decir...

—¡Callá sinvergüenza! ¿A avisar qué vais? Dormí... ---y el resto de la frase hiriente se perdió bajo las mantas. Cogió entre sus brazos a la longa, la acostó junto a sí y protegiéndola en su regazo de los malos sueños se quedó dormida.

CAP. XVII

LOS COSTALADORES

Gregorio pensó que no era prudente esperar la madrugada para realizar su plan. Recordó de pronto la cita dada al Juan: y rebulló en su mente la idea imprecisa de que el indio —viejo y cobarde— les delatara, malogrando su intento.

Más sensato era precipitar los sucesos. Llegar antes que el Juan a la hacienda; no aguardarlo en el lugar pactado, y, antes de que el cómplice pusilánime revelase el propósito de los compañeros, ejecutar con refinamiento carnicero la venganza cuidadosamente meditada.

Era mejor esto. Resuelto, se embozó en el poncho, se levantó de la piedra en que estaba sentado, inspeccionó él aposento: las dos indias parecían dormir profundamente, y se lanzó por el sendero que conducía al cauce del torrente. Mugía éste con ruidos agoreros.

Por un sitio conocido lo esguazó mojándose hasta media pierna. En el altozano de la margen opuesta se columbraba la choza del Venancio, misérrima y gris, pegada a la piel rugosa de la tierra como un parásito. Con presteza increíble en su edad, el Gregorio dominó la pendiente, y ya en la cima del repecho, apresuró el paso y cortó oblicuamente el cuadro de quinua, que le separaba de la cabaña.

Tocó la puerta de carrizos forrados de tamo, y, escuchando un ronquido, penetró.

—¡Venancio ---llamó.

—Taita Gregorio —respondió el longo con el tono alterado.

—Ya es hora.

—Recién nomás dormí.

—Y amos, antes que el Juan vaya. Allá 'mos de esperar.

—Entonces, 'ca, vamós.

---Llevemos todo, para ir por onde el Ramón, y despertarle.

---Vamos.

Recogió el Venancio dos largos envoltorios, dos costales; dio uno al Gregorio y el otro se echó a la espalda. Gregorio hizo cosa igual.

—Apuremos.

—Vamos por onde el Ramón.

—Breve.

Cerró la puerta de su choza el Venancio. La aseguró con un chilpe, y fue en pos del Gregorio que ya caminaba por una vereda en dirección opuesta a la en que vino.

En la orilla del torrente, a larga distancia de la casa del Venancio, se encontraba la choza del Ramón.

Recorrieron de prisa los dos indios en la obscuridad esa distancia, expertos conocedores del terreno. En la sombra se adivinaba la masa informe de la choza.

Se Internaron con cautela en el trigal reseco. Acariciaron al perro que ladró, despertado de improviso por el ruido de las pisadas. Junto a la casa, adelantó Gregorio. Tanteando las paredes, halló la puerta y golpeó con la mano abierta.

—Quién ?—contestaron.

—Ñuca. Vamos.

Se escuchó un murmullo de protesta. Probablemente la mujer del Ramón que indagaba la causa de tan inesperada salida de su marido.

---Vamos a arar onde compadre Blas ---repuso el Ramón.

--- Iris de día.

--- Ya es hora.

Refunfuñó la india, pero no digo nada más. Se ausentaba el amo, no era ella quién podía poner objeciones a sus designios.

Bien envuelto en el poncho, salió el Ramón tiritando

¿De frío o de miedo?

Se juntó a los otros.

—An no es hora —observó el Ramón.

—El Juan tal vez avise —deslizó en su oído el Venancio. Vamos breve.

—Llevarís la vela y los fósforos.

—Si tengo.

—Entonces, vamos.

Andaban velozmente. El miedo impulsaba la marcha. Ahora subían por un declive de la eminencia. La coronaron. Abajo, el vallecito dormía en la sombra nocturna. No se oía nada. En la casa de la hacienda no se distinguía ni una luz. Todos debían dormir.

Descendían los tres indios presurosos la rápida ladera. En el llano, dejaron el sendero y se introdujeron en los potreros que circuían la casa de “Rosaleda”. La hierba corta y seca chasqueaba oprimida por las pisadas sigilosas y prontas. Pasaron un seto de cabuyas. Otro potrero en riego. Humedad. Charcos de agua en los que chapaleaban los pies, desnudos con plañideras entonaciones, Nuevo seto; una zanja honda salvada con dificultad. Las paredes del parque lindantes con el potrero, exigieron un esfuerzo para el escalamiento. En el parque, a cuya derecha se levantaba la casa, la marcha fue más lenta y cautelosa. Por una senda bordeada de rosales se deslizaban los indios indiferentes a todo.. Ni el recogimiento de la noche tranquila, ni el perfume poderoso y enervante de las rosas, percibían. Poseídos por el crimen, toda otra sensación no asociada, no impresionaba sus cerebros.

La puerta del parque estaba con llave. Un nuevo escalo. Se encontraban ya en el cuerpo del edificio, pero en la parte posterior. Pasaron el segundo patio, las habitaciones de la servidumbre. Por el largo pasillo se metieron extremando las precauciones. Las plantas callosas apenas se posaban en el suelo. Las manos extendidas como antenas palpaban la tiniebla húmeda.

Tanteando las paredes llegaron al corredor del dormitorio del patrón.

Vacilaron los indios. Un miedo intenso recorrió sus nervios entumecidos. Retrocedían intimidados por la enormidad del hecho.

Se Adelantó Gregorio. Se pegó a la puerta tembloroso, conteniendo la respiración acelerada. Adentro, sin desconfianzas, los dos niños dormían tranquilamente. Sus respiraciones, iguales y pausadas, anunciaban que su sueño era profundo.

Gregorio empujó la puerta. Cedió con un ruido agrio de maderas friccionadas. El quejido se perdió en la oscuridad sin un eco.

—Shamuy! —suspiró el indio y con estirones decididos e imperiosos de los ponchos, obligó a sus cómplices a que avanzaran.

Con recelo, como que un final destello de bondad se refugiara en sus almas lóbregas, los indios se acercaron. Primero el Venancio, cuya indecisión duró un segundo. Su orgullo de hombre y su amor pisoteados crujieron... en ese instante supremo con rechinamientos vengativos, y se olvidó de todo para no pensar ya más que en el destrozo homicida. El Ramón, cuya alma se abismaba en la nefasta culpa sólo por solidaridad, por ruin compañerismo, dudó más, y de no temer al Gregorio que ya se impacientaba, habría retrocedido

Se colaron los tres.

Sin un rumor, ni los resuellos se les oían, se dispusiéron los oprimidos a la consumación del acto vengador. Sus corazones latían alocados. Despiertos Raúl y Hugo, los hubieran escuchado con pavor porque esos latidos eran los de un corazón gigante y furioso por la beta histórica de siglos.

—Enciende —mandó Gregorio.

El Ramón trotó la cerilla. Su chís-chas duró un segundo interminable. La luz azufrada esparció por la habitación un tinte azulenco. Fue suficiente. Los ojos agrandados del Gregorio y del Venancio percibieron entre las ropas de las camas las cabezas de los patrones.

Raúl no hizo un movimiento. Hugo, más nervioso, se agitó impaciente porque sintió un resuello

Gregorio junto a la cama de Raúl. Venancio junto a la de Hugo. Dos golpes simultáneos resonaron en la estancia, sordos, horripilantes.

Cuando la cerilla comunicó su fuego a la vela de sebo y su luz rojiza alumbró el recinto, en las hachas manejadas por los indios se habría podido ver las gotas de sangre cálida y noble de los dos primos.

Los hachazos les dividieron, a Hugo el cuello ya Raúl el rostro.

Cayeron nuevamente las hachas rematando a las víctimas. Se estremecieron los cuerpos heridos y quedaron inertes.

En las camas, ríos de sangre empapaban las ropas, en las que ni una arruga indicaba lucha, ni una ondulación mostraba resistencia... Sin una queja, sin un instante de conciencia, los jóvenes dieron el salto hacia el misterio

Sus ojos, vueltos inmensos por la desesperación, quizá retuvieron, por influjo de la luz azulada del fósforo, las siluetas bárbaras y crueles de sus degolladores.

Nada más. Sin un grito, sin un movimiento, ni instintivo, de defensa, se troncharon yertos, anegados en la sangre roja y caliente que se escapaba a raudales de las arterias rotas.

Viendo los cuerpos de la víctimas, despertó la humanidad aletargada en los indígenas regidos por la bestia agresiva, soterrada en ellos exclusivamente por el miedo.

El olor de la sangre y la visión de sus regueros humeantes escalofriaron los bronces de sus cuerpos con el temor del castigo venidero. Arrepentimiento, no La venganza les sacia como un licor espirituoso y fuerte.

Pensaron en huir. Ramón el primero. Gregorio le detuvo del brazo que apretó con fuerza descomunal.

—¡Shuyay!

Requirió el concurso delos otros para retener y atar en una postura encogida el cadáver de Raúl y colocarle dentro de uno de los sacos traídos... El cuerpo alto del patroncito no alcanzaba dentro del costal. Le doblaron por la cintura, le torcieron las extremidades con violencia feroz, reclinaron a la fuerza la hermosa cabeza sobre el pecho hundido por los golpes.

La rigidez progresiva del muerto impedía realizar cómodamente esas maniobras. Recurrieron a las sogas y como si se tratara de un montón que nunca tuvo vitalidad, estrujaron, golpearon, aplastaron, amarraron el cuerpo varonil con varias vueltas de la soga tornándolo en un fardo informe, en cuyo centro la cabeza sanguinolenta mostraba la cara deformada por los cortes y la ancha herida de labios negruzcos que hendía la nariz y se perdía en los pómulos. Una brecha de horror de cuyos bordes pendían coágulos de sangre y trozos de piel desgarrada. Los labios contraídos no ocultaban los dientes blanquísimos y apretados en una mueca contenida de terror y de súplica.

Acomodaron el cuerpo hecho una pelota en el saco. El Gregorio exigió que el Venancio y el Ramón le ayudaran para hacer lo mismo con el de Hugo.

Nuevas torsiones, dislocamientos fúnebres, forcejeos. Crujían los miembros descoyuntados para adaptarse a las posiciones que esos profanadores del crimen querían darles.

Menos vigoroso que Gregorio, el Venancio, —bajo y de chata cara orinecida de bulldog— pero más certero, dio el primer tajo en el cuello de Hugo y el segundo en la frente. Del golpe inicial casi separó la cabeza del tronco. Quedó colgando como un pingajo inútil de blancor de cera y teñido en sangre. Del segundo le sumió el frontal y brotaron los sesos amarillos, pegajosos, en una inundación monstruosa. Los ojos desorbitados, casi cubiertos por la piel de los arcos superciliares caída sobre ellos como cortinas sangrientas, parecían mirar a los asesinos cuando ellos daban vueltas y más vueltas al cadáver buscando la posición factible para encerrarlo en el saco.

Lo colocaron por fin.

Cerraron las bocas de los sacos con sogas. Se los echaron a la espalda el Gregorio y el Venancio ayudados por Ramón que sostenía a los dos por detrás y abandonaron son sus cargas fatídicas el dormitorio, perdiéndose en la oscuridad,

Nadie sintió en la. hacienda, ni barruntó siquiera la realización del episodio nefasto.

Dos horas después llegó el Juan acezando y golpeó premiosamente la puerta del cuarto de Don Antonio.

—¿Qué hay? —preguntó el viejo medio dormido.

—Levanta patrón. Van a matar al niño Raúl.

—¿Qué?... —gangueó el anciano saliendo a la puerta casi desnudo, mal cubierto por su poncho.

—Gregorio, Venancio y Ramón van a matar al niño— dijo el Juan respirando apenas, con la voz enronquecida por la fatiga y el susto.

Entró el anciano como ebrio en su aposento, Despertó a su mujer y a sus hijos. Doña Sofía, la Emilia, el Luis y el Arcesio se vistieron como pudieron, abrigándose con lo que más a mano hallaron, y, tras el padre que ya había prendido una esperma y empuñado su escopeta, se echaron al corredor.

Anhelantes, en un momento estuvieron junto a la puerta del dormitorio, abierta de par en par...

Un temor desconocido les erizó los pelos. Reflexionaron, cada uno más alarmado que otro.

Les Precedió el viejo con la luz. En pos de él, sus hijos. Se contemplaron pasmados. Las camas vacías eran dos lagos de sangre. Manchones rojos empurpuraban el piso aquí y allá, y cerca de los charcos se notaban frescas las huellas de los pies desnudos que pasaron por el licor de vida repetidamente.

—En las camas no hay nadie —hipó el viejo angustiado.

—Han muerto a los niños y se han llevado los cadáveres—chilló Doña Sofía, quien siempre reía, contenta de su apacible existencia.

—¡Qué horror! —repetía Emilia orando a gritos.

Luis callaba ensombrecido.

El chico azorado miraba la sangre y sus ojillos iban alternativamente de las camas vacías, a los charcos del suelo y a los rostros de su padre o de sus hermanos.

Don Antonio deliraba en un soliloquio. Lanzó rugidos de ira, de impotencia. Desesperado, tembloroso no atinaba qué hacer.

Llamó a los huasicamas, a todos los que dormían en la hacienda.

Atónitos contemplaban los indios soñolientos el cuadro tétrico. El cuarto desarreglado, las camas llenas de sangre, los libros huyendo del estante. tristes, sorprendidos.

--- Anda Antonio a denunciar a las autoridades —aconsejó Doña Sofía.

—Cierto... Ánda a traer un caballo ensillado —ordenó el servidor leal y cariñoso a un huasicama. Por las agrietadas mejillas del mayordomo se deslizaban gruesos lagrimones vertidos sinceramente por el patrón.

—De que aclare hay que ponerse a buscar los cuerpos —sugirió Emilia, dando diente con diente por la emoción inesperada.

---Me voy. Vendrís trayendo otros dos caballos para el político y el secretario—dijo el Antonio mientras salía precipitadamente.

Montó a caballo y al galope se dirigió al pueblo. Las dos mujeres con Luis, un mozuelo inocentón y robusto como ui novillo, blanco y rosado, y el chico y los indios se sentaron en la puerta de la habitación llorando silenciosamente y recordando a cada momento las bondades del patroncito que ya no existía.

Escrito estaba que la Encarna no había de reposar esa madrugada. Se Adormiló después de la consulta de Juan y horas más tarde una mano golpeaba recelosamente su puerta.

—Ya voy —contestó,

—¡Utija! —le dijeron de afuera...

Se puso en pie, encendió luz y abrió una hoja de la puerta. El visitante se introdujo con violencia. A la claridad de la esperma reconoció al intruso.

—Taita Gregorio... —exclamó la adivina.

---Calla... Avisá una cosa.

—Qué?

—Vengo matando a niños de hacienda...

La bruja callaba. Su rostro denotó máxima sorpresa.

—Escondí los cuerpos en socavón. ¿Hallarán blancos cuando busquen?

La sibila aproximó una mesilla baja. Colocó en ella la esperma. Trajo tabacos, claveles rojos de sangre, quemó en un braserillo una pepa exótica, la jabilla del mar, fumó un cigarrillo y empezó a voltejear en redor de la mesa.

— ¡Utija! ¡Utija! —murmuró el Gregorio.

—Si estáis de apuro ca, andá pes—repuso la india.

Dio unas cuantas vueltas. Puso en la boca un poco de agua de un vaso que también depositó en la mesilla y la arrojó al aire desmenuzada en gotitas. La atomización asquerosa cayó sobre la llama. Chisporroteó la bujía.

Se Nubló la cara de la augura.

—Malu—dijo-—Blanco si ha de descubrir quién ha muerto y dónde han escondido cadáveres. Ellos ca tienen un lente que desde Quito mismo ven todo .... A otro brujo tan han de preguntar. Andá escondé, porque ellos ca han de buscar, han de encontrar y han de castigar.

Se Interrumpió la respiración fatigosa de Gregorio. La boca crispada y las arrugas acentuadas daban a su faz una expresión bestial... No era de hombre la cara del Gregorio.

La bruja le tuvo miedo.

—Corré taita Gregorio. Han de buscar y si hallan ca han de matar.

Profirió el indio una blasfemia, franqueó la puerta y la adivinadora oyó el sonido de sus pies hollando el rastrojo bañado ya en la luz difusa del amanecer.

—Mala noche —dijo, mirando los terrenos.

Retrocedió friolenta, dio vuelta a la lave, se arropó en sus cobijas y trató de dormir.

Danzaban sombras en el tumbado convertido en luminosa pantalla; reproducían asesinatos, crímenes horrendos los cabrilleos de los rayos de la esperma. Se le enclavijaron de horror los dientes a la bruja y pensó en el castigo... No pudo descansar más. Llamó al Matías. En la compañía silenciosa y humilde del casi marido se encaminó a Torrebaja.

CAP. XVIII

TINIEBLAS

Llamadas de urgencia las autoridades efectuaron las diligencias judiciales primeras. Fue preciso poner la denuncia ante el Comisario del Cantón para que buscara la pista de los asesinos.

Les delataban el Juan y posteriormente la Encarna, quien refirió al Comisario cuanto sabía, guardándose eso sí el secreto del lugar donde escondieron los cuerpos.

Un pariente de Raúl avisado por el mayordomo y enviado por los padres del joven, vino a “Rosaleda” acompañado de dos pesquisas, los mejores de la Oficina de Investigaciones de la Capital.

Los trabajos indagatorios no daban fruto.

Los tres asesinos no aparecían por parte alguna. Probablemente huyeron al monte a refugiarse en los pajonales solitarios. Allí ocultarían su pánico y su arrepentimiento. Las palabras de la bruja cuajadas de certeza y profecía les aterraron y procuraron huir de los blancos vengativos, aun exponiéndose a las furias naturales y al hambre.

Encarcelaron a la Teresa. La torturaron los pesquisas. La justicia no tiene entre nosotros más medios de quitarse las vendas mitológicas con que se la sigue representando, que el martirio del supuesto criminal y de sus cómplices.

La “máquina eléctrica”, funciona en altas horas de la noche cuando los alaridos del atormentado no llaman la atención.

Destrozada en el “cepo”, aniquilada por el paso de la corriente por sus fibras excitadísimas, la Teresa afirmó siempre que no sabía nada.

Tampoco encontraron los pesquisas a la Manuela por mucho que la buscaron. Las últimas noticias de ella fueron las de un longo que la vio bajando pensativa por la orilla del torrente, desgreñada y sucia, con la vista clavada en el suelo, cuyas menores desigualdades escudriñaba con detención.

Pasaron ocho días sin que los sabuesos hallaran el menor rastro de los indios. No hubo rincón que no exploraran. Determinaron por último, cansados de seguir pistas falsas, recorrer de nuevo el páramo en opuestas direcciones, acompañados por muchos policías y los peones de la hacienda. Don Ernesto Zamora, hermano de Hugo y primo de Raúl, ofreció crecidas recompensas a quienes dieran noticias exactas del sitio dende estaban ocultos los cadáveres y mayores primas a los que capturaran a los criminales.

Don Ernesto en persona acompañó en la batida a uno de los pesquisas.

Al anochecer regresaron a la hacienda fatigados y con las manos vacías. Los indios no aparecían, menos los cadáveres. Furioso Don Ernesto redobló las sumas prometidas y amenazó con torturar a todos los peones si no hallaban a los matadores ni a las víctimas.

Esa misma noche se presentó en la hacienda un indio macilento, con las ropas rasgadas, los pies herid os y la mirada de loco.

No lo reconocieron al principio a la escaza luz de una bujía. Llamados don Ernesto, los detectives y el mayordomo, rodearon al indígena. Le introdujeron al salón, y allí, con mayor claridad, pudo Don Antonio reconocer al Ramón. Gritó:

—Es uno de los asesinos.

Don Ernesto rastrilló la pistola para matarlo... El pesquisa Javier Martínez, un mulato de ojos inteligentes y negrísimos, frente amplia, bajo y vigoroso, le detuvo.

—No lo merece, patrón ---le dijo. Y a más de eso, éste nos dará la clave del misterio. El dirá donde están los cómplices y los cadáveres.

—Tienes razón ---murmuró Zamora, sollozando---. Indios caníbales. Vamos a hacer en ellos un escarmiento.

Todos los circunstantes miraban al indio con terror y curiosidad. Las mujeres le compadecían.

—Que salgan todos ---ordenó Martínez enérgicamente.

No le hicieron caso. Entonces, ayudado por su compañero, alto y de simpático rostro blanco, un joven apellidado Izquieta, empujó a los chagras y a los indios fuera del salón y cerró puertas y ventanas.

Encendieron más luces y sacaron sus cuadernos de notas.

Martínez interrogaba, Izquieta escribía.

—Mataste vos al niño Raúl?

—No patrón.

—No mientas. Ya sabemos todo. Si avisas como fue no te ha de suceder nada. Si niegas, ve…

Y le mostraba los instrumentos de martirio, la caja de la máquina eléctrica y los maderos que ya utilizaron para el cepo.

—No se niño.

--- No niegues ---rugió Don Ernesto arrojándose ciego de ira contra el indio.

—Por Dios, cálmese Don Ernesto. Le suplico no interrumpa el interrogatorio.

Se Apaciguó el aristócrata.

—Dí, mataste al niño Raúl o al niño Hugo? ---repitió Martínez.

Los ojos de Don Ernesto se humedecieron.

—No patrón ---recalcó el indio.

Armó la máquina Izquieta y se aproximó.

—Coge ---dijo al indio y le mostraba el extremo de un alambre, Accionó. la manivela. Se Produjo la corriente. El indio lanzó chillidos desesperados.

—Si no avisas, te hacemos esto hasta que te mueras —intimó Martínez.

—Señor Zamora, ordene a su mayordomo que cuide que se vayan todos a dormir y que no permita que nadie se quede oyendo aquí —insinuó Izquieta a Don Ernesto.

Salió el caballero. Era un hombre afable, rubio, complexión fina y flexible de noble, entrado en años. Se oyó a poco su voz atiplada que decía:

—Antonio, nadie se acerca a este departamento. Todos a dormir. Y que yo encuentre por aquí a alguno, ya sabe lo que le pasará.

A regañadientes se alejaron por los corredores los indios, los cholos, y al final las mujeres que movieron los labios en cuchicheos, hasta desaparecer.

Don Ernesto volvió a la sala.

Descolorido, remordida la boca, los ojos fuera de las órbitas, el indio se arrodillaba ante Martínez y el rogaba ¡por Dios! que no le hiciera sufrir tanto:

—Avisa —respondía el agente inexorable.

—Ya voy, patrón.

Un nuevo martirio le resolvió.

—Ya voy a decir niño, pero no hagáis así.

Implorante, estremecido, con los ojos llenos de lágrimas, Ramón habló. Don Ernesto y Martínez le escuchaban sin pestañear, lívidos, sudorosos.. Izquieta anotaba,

---Yo no maté al patroncito. Gregorio conquistó para que ayude con Venancio. Yo ca no hice. Ellos dieron con hachas en cabeza a los niños. Yo ca no quise ni entrar... Yo ca sólo vela mostré. Ellos mataron, ellos amarraron a los niños muertos, ellos metieron en costales, ellos fueron a botarles en socavón, para que blanco no encuentre…

— ¿Dónde están ? —inquirieron simultáneamente, con el tono quebrado por la emoción, Don Ernesto y Martínez.

—En socavón de loma de Jurapango—contestó el indio. Allá botaron el Gregorio y el Venancio. Yo ca no quise que mataran... Yo ca nada no hice. Sólo mostrar vela---. El indio se desequilibraba. Los ojos centelleaban y la demencia asomaba su tirso en las pupilas inestables.

—Ya iremos a buscarlos Don Ernesto —aconsejó el pesquisa Martínez. Ahora hay que saber lo demás.

—Y Gregorio y Venancio, dónde están?—interrogó.

—En hueco de páramo —repuso el indio. Yo salí porque ya moría de hambre. Ellos dicen que no han de salir aunque mueran... Que no quieren que blanco coja.

—¿Y la Manuela ? —averiguó Martínez.

—No sé patrón. No he visto.

—No les acompañó ella?

---No niño. Ni ha sabido siquiera Manuela. Taita Gregorio quiso pegar y no dejó salir de choza porque quería ella ca ir a avisar al patrón.

—¿ Y dónde se ha ido?

—No sé niño. Por aquí mismo ha de estar.

El indio lloraba sin mover un solo músculo de la cara. Le brotaban espontáneas las lágrimas, y surcaban las mejillas terrosas. ¿Lloraba de arrepentimiento o de miedo al castigo? Difícil fuera asegurarlo.

—Señor Zamora, llame al Antonio y disponga que aliste diez peones, cuerdas, palas y faroles. Vamos enseguida, con éste a buscar los cuerpos. Mañana… ---se pegó al oído de Don Ernesto, y terminó, daremos caza a los otros dos asesinos.

Salió Zamora. Pocos instantes después se presentaba Antonio con los peones y el equipo solicitado.

—Que no nos siga ninguna mujer —indicó Martínez, viendo a la esposa del mayordomo y a Emilia que se disponían a incorporarse a la caravana.

—No sería mejor que se quedara, Don Ernesto ? —aconsejó Izquieta.

---Oh, no —repuso convencido el buen señor... Iría al infierno a buscar los cuerpos escarnecidos de mi hermano y de mi primo.

—Vamos —dijo Martínez.

—Listos—contestó Don Antonio, andando.

El indio, puesto esposas en las muñecas y atado los brazos, caminaba entre los detectives.

—Por dónde?

—Salgamos a camino —dictaminó el indio.

Fueron a él. Por espacio de unas treinta cuadras siguieron la vía, luego a una indicación del criminal, lo abandonaron para tomar un senderito diagonal de un rastrojo de maíz que caía a la vertiente del arroyo.

Por su lecho avanzaron penosamente una gran distancia. Cerca de una hora. El arroyo confluía con otro, antes de desembocar en una corriente de agua que podía llamarse rio. El río cavó en la hoya una cuenca profunda y sus amplísimas márgenes arenosas se :espaciaban en la sombra de la noche con medrosas siluetas. Por un puentecillo pasaron a la margen derecha.

A más del murmullo del río sentíase un rumor sordo como de una corriente que se interna en da entrañas del subsuelo.

El Juan guiaba cada vez por más cerca de los peñascos pedregosos que formaban el límite de la playa.

—Por aquí —dijo convulso.

—En el socavón… —pronunció don Antonio horrorizado.

—Si—repuso lacónicamente el indígena.

El socavón agujereaba la ladera de arenisca en un trecho de tres Ca cuatro kilómetros. Por él corría la acequia de riego de una hacienda lindante ton “Rosaleda”. La cantidad de agua era grande y pasaba mugiendo por el acueducto subterráneo. Tenía acceso el canal por varios sitios. Agujeros como grandes escotillas permitieron la entrada de la luz y de los peones cuando se construía la acequia, y quedaron después como puertas para cuando la corriente obstruida por un. derrumbe, se desviaba.

Una abertura de esas era más fácil. A la luz lagrimeante de los faroles la indicó el Ramón y la reconoció Don Antonio.

---Aquí—dijo el indio lúgubremente.

—Esta es, sí—afirmó el mayordomo.

El boquete negro dejaba escapar el murmurio permanente del agua que irisó sus penachos espumosos cuando entraron los portadores de los faroles.

—Acérquense —gritó Jon Ernesto, coreado por El acento ronco y seco de Martínez.

El borde de la especie de cripta distaba cuarenta centímetros poco más o menos del agua,

Era a una manera de cueva rectangular en cuyo fondo borbollaba el líquido incansable. A los lados, los rectángulos de la acequia, destilaban como un rocío de entre las arenas desprovistas de vegetación.

—¿Aquí? —interrogó Martínez.

—Si—repitió el indio.

---No hay nada.

—Se los ha llevado el agua... ---musitó sordamente Don Antonio.

—¿Nada usted? —preguntó Izquieta, que ya se había despojado de la americana, del pantalón y de los zapatos.

—Si —respondió Don Ernesto preparándose.

—Los indios que sepan nadar que nos acompañen.

Dos obedecieron, constreñidos por el mayordomo.

—Vayan ustedes

---Cojan los faroles y adelanten —dispuso Izquieta. Los indios se sacaron los ponchos y con enorme disgusto, después de arremangarse los calzoncillos de lienzo, se metieron en el agua.

Recibieron los faroles y por la derecha del socavón —dirección que seguía la corriente— se introdujeron en el sombrío agujero.

Don Ernesto y los pesquisas le seguían.

La acequia perdía lentamente en altura. Bajaba. Su arenoso suelo hería las plantas de los pies de los blancos que andaban con dificultad. El agua helada mordía las pantorrillas con sus mil dientes líquidos.

La luz temblona de los faroles apenas si bastaba para impedir que los tres que iban a retaguardia no se golpearan en las paredes estériles del socavón, que sostenían aquí y allá piedras negras y lustrosas entre las arenas rojizas.

Caminaron largo tiempo. El agua rezongaba amenazadora en los recodos funestos. Gorgoriteaba en los pequeños canales que le concedían salida hacia la luz, hacia el aire, hacia la vida; ausentes allí, en ese antro fúnebre que parecía conducir a la muerte, a un riesgo inconmensurable.

Ya no querían adelantar los indios. Escrutaban inquietos en todas direcciones la tiniebla pegajosa, húmeda, saturada de salitre.

—¿Volvemos? —consultó Martínez. Quizá durante el día de mañana encontremos otra abertura más practicable. El trio del agua es irresistible...

—Yo seguiré; no retrocedo —gruñó Izquieta---. Seguiré, hasta encontrarlos porque están aquí.

—Vamos—respondió como un eco, Don Ernesto.

Los indios acobardados se movieron lentamente. La oscuridad pesaba sobre las almas como plomo.

Una opresión angustiosa dificultaba la respiración Mariposas velludas y viscosas poblaban el aire y se adherían porfiadas a la cara de los exploradores. Circulaba un hálito de terror, espeluznante, morboso.

CAP. XIX

¿SALOMÉ?

—Trae el farol—dijo Izquieta a uno de los indios, arrebatándolo..

Y prosiguió él, resuelto, firme. Su elevada figura bailaba en las paredes negras heridas por la luz del farol, en contorsiones fantasmagóricas.

Anduvieron muchos minutos lentos, eternos. Se estrechaba la gruta. Izquieta penetraba encorvándose. Evitaba con agilidad sorprendente y ondulaciones precisas las salientes de las rocas. Parecía un hurón deslizándose en la madriguera.

El agua originaba un glugluteo trágico que arañaba los nervios hiperestésicos. El aire inmóvil semejaba no existir. La sombra se espesaba.

De pronto osciló violentamente el farol que portaba Izquieta. Su luz mortecina se salpicó de gotas estallantes de agua. Se detuvieron los de atrás prendidos al suelo arenoso por el miedo. Oyeron un chapoteo rápido. Después la voz entera y serena de Izquieta, más cercana, que decía:

—Den luz y anden con tino. Falta el piso.

Se aproximaron los otros precedidos por el indio. En la tiniebla el farol era un cocuyo ínfimo. Martínez poseía espermas en los bolsillos del pantalón. Encendió una que alargó a Don Ernesto.

El agua se remansaba en una oquedad amplia, tal vez redondeada. Lo deleznable del fondo formó a través de los años ese pozo.

—El filo está caqui —indicaba Luis Izquieta—. Más allá no hay suelo. He tenido que nadar para salir.

Horadaron en haces la sombra las luces parpadeantes de las espermas. Encendieron una más. La cavidad agrandada de aguas tranquilas y os recataba la orilla contraria.

---Yo nado bien —dijo Izquieta despojándose de las últimas ropas y entregándolas a un indio. Denme la punta de una soga y amarren por los extremos las. demás.

Se anudó la soga a la cintura holgadamente.

—Si grito pidiendo auxilio, tiran de la cuerda...

Martínez miraba con ojos extraviados a su valeroso colega. A los indios les castañeteaban los dientes.

Temblaban sin poderse contener Don Ernesto, como idiota, no hacía nada, quieto, adosado a una pared del socavón. Sólo una alma, vigorosa y noble, la de Izquieta, se alzaba sobre esos cuerpos ateridos de miedo y de frío.

Con tranquila resolución, Izquieta se arrojó al agua. Cayó su cuerpo con un ruido medroso en la superficie tersa. Una lluvia de chispas mojó a sus compañeros que le mostraban la luz.

Flotando se acercó al borde y pidió una esperma encendida. Se la dieron y nadó pausadamente en dirección opuesta, con la una maño, con habilidad prodigiosa.

Izquieta era costeño.

—Nada como una corvina—decían de él sus amigos.

La lucecita lívida bogaba en la mano levantada como un fulgor de esperanza.

A unos cuarenta metros se detuvo. Izquieta desapareció. Únicamente la luz se veía tenue en la neblina.

Cesó el ruido...

Ya no avanzaba. La lengua lumínica muequeó en la sombra densa y se apagó.

La voz de Izquieta no sonaba reclamando auxilio.

Sus compañeros halaban ya de la cuerda creyendo que le pasó algo. Esperaron minutos que les parecieron siglos, Se oyó de nuevo el nado. Cada vez más próximo.

Entró el nadador en el radio iluminado y vieron a lzquieta que braceaba con desesperación.

Llegó, y cayó casi desmayado en el borde del pozo.

Le acorrió Martínez sosteniéndole de los brazos.

—Tiren la soga —suspiró débilmente.

Los indios aunaron sus esfuerzos y recogieron la cuerda con vehemencia. Un bulto flotaba en las aguas...

Las rayos de luz lo precisaron algo cuando ya estuvo cercano. Un bulto grande del que emergía una esfera amoratada y roja, asida por unas manos engarfiadas, y otro montón que sobrenadaba rígido, largo...

—Un muerto —murmuró don Ernesto.

—Dos, señor Zamora —rectificó Izquieta cuyo brioso espíritu venció a la emoción--. No sé de quien sea. Allá hay otro envoltorio. Iré de nuevo.

Sacaron la envoltura esférica a tierra firme y adherido a ella el otro cuerpo alargado. Era un costal entreabierto... De él salía una cabeza surcada por el corte hórrido del hacha y al cuello de esa cabeza se trenzaban unos dedos en crispación espantosa y se pegaban los labios violáceos de una boca desesperada...

—Raúl —gimió Don Ernesto.

Izquieta después de unos minutos se lanzó otra vez al agua. Nuevamente apagó la luz y se extinguió el sonido de su movimiento.

Regresó.

—Jalen la soga.

Otro fardo trágico atracó al borde rocoso. Cerrado éste. Lo abrieron. Extrajeron un cuerpo acardenalado, despedazado por las cuerdas y cubierto de sangre licuada y verdosa, de coágulos amarillentos. Fue preciso hurgar en el saco para hallar la cabeza cortada a cercén. Hinchada, monstruosamente grande, conservaba el rictus de la agonía. Los ojos podridos se regaban como un licor achocolatado y siniestro dejando las cuencas vacías, con cercos violados.

---Mi hermano —lloriqueó el caballero.

Callaron todos unos minutos respetando su dolor.

Habló Martínez.

—Salgamos,

Urgidos por Don Ernesto los, indios intentaron mover solos los bultos. La putrefacción, al crear gases, aumentó desmedidamente el peso de los cuerpos y tuvieron que ayudar todos, uniéndose, sudando, sintiendo en las narices las emanaciones pútridas; en las manos, la gelatina de las carnes descompuestas; del cabello colado a la piel oleosa, el roce escalofriante.

Resultó posible separar del cuello del cadáver de Raúl las manos agarrotadas y morenas que lo estrechaban adornadas de joyas, miserables; manos que correspondían al cuerpo esbelto de una india hermosa, también en fermentación.

Remolcaron su cargamento de tres cuerpos -acequia arriba para encontrar la salida. Marchaban lo más de prisa que podían. Deshechos de pesar y de miedo, ninguno osaba pronunciar una palabra.

Al fin llegaron. El mayordomo y los ocho indios les esperaban con impaciencia. Don Antonio ya había determinado ir a buscarles. Exhalaron un ¡ah! de satisfacción cuando vieron el pálido reflejo de las luces en el agua.

—Que entren todos los peones —mandó Javier Martínez, ya valiente.

Penetraron los indios. Vacilaron antes de coger los cuerpos descompuestos, pero una advertencia enérgica de Martínez les decidió. Levantaron en vilo los tres cuerpos y los sacaron fuera de su acuático sepulcro.

Con más cuerdas ataron los montones de los despojos para facilitar su transporte.

Don Antonio les iba reconociendo.

—¡Patroncito ! —chilló ante el cadáver destrozado de Raúl; se arrodilló y lo abrazó llorando manchándose de sangre las manos y el poncho. Quiso separar las manos renegridas y posesoras y no pudo. Apartó la cabeza y retrocedió asombrado.

—¡La Manuela! —dijo— que ha seguido al patrón hasta la tumba.

A la luz mortecina y verdosa de las velas que se sumaba a la desvaída y azulada de la luna que recortó ese instante sus cuernos marfilinos en creciente en el cielo plomizo, el bronce yacente de la india oprimiendo con las manos codiciosas y los labios tenaces la plata ensangrentada de la cabeza del blanco amado que brotaba como una flor alucinante del saco encubridor del crimen, formó una visión de sublime y bello horror…

Se encaminaron a la Hacienda con los cadáveres a cuestas. Silenciosos, abrumados por el pesar.

—Antonio! —llamó Zamora---, haz poner los cadáveres en la sala principal, librándoles de las ataduras. Que tu mujer y tu hija arreglen con unas mesas y muchas flores una capilla ardiente.

Lloraba Don Ernesto.

—Y a la Manuela también le pongo?

---No —repuso Zamora.

El viejo mayordomo se unió al patrón y le habló en la oreja frases breves,

—Lo merece, Antonio. Ponle a ella también en el túmulo. Junto a Raúl. No los separemos nosotros ya que la muerte aferró en el cuello de él a ella por buscar sus brazos yertos...

Zamora, afligido y cansado, se retiró a su dormitorio, Izquieta y Martínez hicieron lo mismo no sin ordenar que fuera un individuo donde el Comisario a participarle el hallazgo para que trajera un médico que practicara la autopsia legal.

Como su padre no volvió, se levantó Manuela en cuanto clareó el alba y desatendiendo los ruegos de su madre fue a la hacienda.

Escuchó de boca del hijo del mayordomo, de Luis, la nueva de la desaparición de Raúl y de Hugo asesinados, y cómo se hallaron sus camas llenas de sangre.

No quiso saber más. El héroe protervo de esa hazaña era su padre.

¿Por qué se lleva el cadáver? —pensó la longa que quizá ya sentía en sus entrañas el palpitar de un nuevo ser que le recordara a Raúl, al patroncito adorado...

Y quiso encontrarlo. Volver a ver la cabeza inerte que ya miró en sueños. Besarle así, inanimada y fría, y sin poder causarle daño...

La torrentera le vio errar sin rumbo, fantasmal e incansable. Buscó todo el día y no halló nada. Como dormida se tendió en la tierra a descansar porque la noche no le permitía continuar su exploración. Sin comer, con una llamarada de fiebre en las pupilas dilatadas, los ojos enrojecidos por las lágrimas y el afán de mirar, la su trabajo al otro día.

Para sus ojos jóvenes y expertos no se perdió una huella de gotas de sangre que observó en el camino, ni en las hierbas húmedas de los potreros, ni en la tierra reseca de los rastrojos, ni en las arenas calcinadas del lecho del torrente. Nadie vio después esa huella. Sólo Manuela que la siguió impasible, con indígena testarudez.

El rastro le llevó a las vegas del río... A la entrada del socavón. Se internó resueltamente y a algunas cuadras de distancia topó con un atado terrorífico.

En su fúnebre búsqueda, la suerte le guiaba. Acertó.. Abrió el saco y emergió de él la cabeza deformada y sangrienta de Raúl. La besó obstinadamente tiñéndose los labios con la sangre, con los hilillos de sangre acuosa que destilaban los del blanco, tumefactos, amoratados. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y distinguieron la mirada de súplica de los de Raúl y los besaron. La india pretendió empujar el bulto hacia la puerta. No pudo. Su cuerpo debilitado no guardaba energías para mover el querido del patrón. La corriente tenía fuerza y la fermentación aumentaba ya el peso del cadáver.

Luchó largo tiempo. sin conseguir otra cosa que extenuarse. Se sentó en la acequia oscura sin importarle la frialdad del agua ni la mordedura del hambre en las entrañas martirizadas. Perdió la noción del tiempo. El espacio no tuvo sentido para ella en la ausencia de luz de la caverna. Besaba febril, loca los labios del amito y se regodeaba en el sabor de la sangre.

Fue debilitándose. Se le paralizó el cerebro. Ambulaba aérea por campos floridos suspendida del cuello del patrón, besándole glotonamente. Huía, huía hacia la felicidad, enlazada, sorbiendo los labios de Raúl, no fríos como al principio, sino ardientes, calinos, vivos como en aquella noche desventurada y dichosa. Fue su recuerdo postrero. Le abandonó la memoria ya inútil.

Besaba, besaba la cara del patrón y se iba adormeciendo, sustraída a la sensibilidad, envuelta en un sopor que le enfrió primero el cuerpo y dejó en sus labios un sabor de agua, para convertirse en calor de pasión, en fragancia de besos y gusto de caricias. Quiso erguirse, afirmarse. El agua la llevaba. Sus pies no hallaron suelo. Resbaló. Una lumbrarada de conciencia le distendió las pupilas vanamente, en un presentimiento del peligro. Se aterró al cuello del amado y lo besó más, lo besó más largo. Sus manos aceradas como garras se hundieron en la carne en el paroxismo final.

El agua penetró a su boca en los estertores de la asfixia a través de los labios y el bigote sedoso de Raúl, llenos de sangre.

En la sombra de la gruta, unido el rostro al del amo, la india insensible, la bestezuela incomprensiva se quedó muerta... besándole para siempre...

CAP. XX

LA PRIMERA PIEDRA

—Pobres mozos, ya les ha castigado Dios—decía Don Sidonio Argüelles repantigado cómodamente en un sillón de su sata, rodeado del Sanedrín y comentando él crimen de “Rosaleda”.

—Rebelarse contra la palabra de Dios y tratar mal al señor curita, no eran faltas que hubieran quedado sin castigo de la mano del Omnipotente —añadió la beata larga y paliducha.

—Así es.... —se despertó diciendo una vieja octogenaria y decrépita, arrellanada en un estrado bajo de la sala conventual, para dormir la siesta en santa compañía.

—Ni los cadáveres se hallan —dijo otra vez Don Sidonio—. Pobres jóvenes...

—Y saben ustedes por qué les han muerto?

—Por pillos, por abusivos —clamó Doña Emeteria Ibáñez, la beata principal y preferida del párroco. Una jamona de cara afeitada, mantecosa y fea, con resabios hombrunos.

Entró el síndico, todavía vendado la cabeza. Se enteró de la conversación y metió baza.

—Mi cabeza rota no le perdono a ese truhán que ya estará purgando sus grandes crímenes en el infierno, porque Dios es justo.

—Si—reforzó Luisa Correa, la beata estucada. Cómo van a quedar impunes tantos atrevimientos. Maldecido de Dios es el que alza la voz a un santo sacerdote.

—Ni fuera de otro modo —agregó Doña Emeteria. Que le falten al señor don Sidonio que tiene méritos, no digo para ser cura de este pueblo mísero, sino para ser canónigo, obispo y aun arzobispo, y que se queden campantes... Hum. La mano de Dios hace ver su poder valiéndose de cualquier medio,

—Defender a esa moza descreída, golpearme a mí, ofender al señor párroco y querer que Dios les agradezca y les deje frescos... Oh, los canallas...

—Esto les servirá de ejemplo a los mocitos orgullosos y malvados que creen que los curas ya no tenemos el poder de antes...

—¿ Por qué no lo han de tener ? --arguyó Luisa---. Y más que antes porque ahora sería de acabar con los corrompidos.

---Dios mismo lo irá haciendo conforme a sus inescrutables designios convenga. La República del Corazón de Jesús dejará de ser algún día feudo de masones y ateos, y entonces ¡ay! de los liberales, de los sin Dios y sin moral... El cadalso se paseará del Carchi, al Macará, como ya lo dijo en bellísima frase un correligionario nuestro que sin embargo ha servido a los impíos gobiernos liberales.

—Como nunca hay que perseguir le a la maestra para que se vaya— interrumpió. Doña Emeteria...

—Aura que le defienda pes el patrón Huguito —articuló rencorosamente el viejo. Que me venga a dar con la pistola en la cabeza el relamido ese. Los diablos le han de estar golpeando a él en la cabeza hueca.

—La religión y la iglesia y los sacerdotes debemos ser respetados porque donde falta el sacerdote asoma el desastre. Y la religión somos nosotros, los ungidos —sermoneó el pico de oro de Don Sidonio.

—La verdad...—se inclinaron asintiendo las beatas. Igual o parecida cosa dijeron las del serrallo. Después de cada sueñecito que descabezaban, interrumpido :solamente por las copitas de anisado y verdete o Las profecías de Don Sidonio.

Reverberan los rayos del sol en la plaza desierta de Torrebaja. Bochorno, asfixia de mediodía en la aldea.

La barbería, como siempre, abierta... En ella, como siempre, numerosos clientes. Ellos, como todos los días, murmurando.

—Qué desgracia la de Rosaleda. A señor. Raúl y al señor Hugo los indios...

—Es increíble que hayan sido ellos ---replicó a Eusebio el negociante Don Tiburcio Sanlúcar.

—¿Por qué les habrán muerto?

—Dicen que porque el señorito Raúl... Fundándose en que es noble... Así son éstos... Ahora lo han pagado los defensores de la maestra. Ya verán do que le pasa a ella.

—¿Sabe cómo. encontraron los cadáveres, Eusebio? ---preguntó un viejo desdentado y ceniciento, Don Telésforo Indarte, que no soltaba el cigarrillo de los dientes sucios, flojos y curvos como clavijas.

—Como los de unos perros. Encostalados, doblados, hechos trizas y amarrados con sogas para hacerlos alcanzar en los costales.

—Los indios de esa parcialidad son así, insolentes y crueles —explicó el viejo. De hoy en adelante, por esta hazaña en que se ve palpable la mano de Dios, les dirán costaladores.

Y así fue. Ese apodo siniestro quedó resonando en los oídos de los indios comarcanos, evocativo a trágico, con modulaciones de crimen.

—Muerte cruel les han dado, ¿no?

—Si. Les han volado las cabezas con hachas. El señor Raúl tenía partida la cara por la nariz, y otro hachazo en el pecho. Al señor Hugo le habían desprendido la cabeza del cuerpo y tenía un hachazo horrible en la frente, Yo he de ir a la autopsia con el médico municipal que ha de venir de Nopales mañana. Todo he de ver —aseveró Eusebio.

—Infortunados jóvenes... Don Raúl era tan bueno. A nadie negó apoyó cuando iban a pedírselo ---suspiró el parroquiano joven y timorato que no afrontaba las iras de la plebe resueltamente sino con palabras moderadas y que se llamaba Timoteo Ruelas.

—Eso dirá usted, que es feliz. A mi nada me ha dado —replicó grosero el rapista.

—Así era. Pero no hay como decir que lo que les ha sucedido no es un castigo del cielo. Vea usted, el mismo día que el señor Hugo le rompió la cabeza a Don Inocencio y Don Raúl le trató descomedidamente al señor cura, les llamó Dios a su presencia sin concederles tiempo para arrepentirse de sus graves faltas —opinó Don Telésforo.

---El destino de ellos ha sido este, nada más —objetó doctoral el negociante---. ¿Acaso porque ellos no hubieran hecho lo que hicieron dejaban los indios de asesinarlos?... Ese tes un plan preconcebido, cuando se realizó sin ninguna dificultad. Pobres señores, tan resueltos, tan nobles, tan hombres...

—Solamente ricos, señor don Tiburcio.

—Oh, no, Eusebio. Hombres y muy hombres, generosos y altivos. ¿Por qué se expusieron a las iras de toda Torrebaja en favor de la maestra?

—Porque... porque. Vamos, porque tenían interés.

—En todo descubrís vosotros un móvil mezquino porque así sois; nunca dais un paso que no sea venal. Pero apuesto lo que quieras Eusebio, a que si vieras en un peligro semejante a tu misma mujer no la defenderías...

Guardo silencio el malsín aplastado por el peso del argumento.

No obstante, tornó a la carga.

—¿Para qué se hizo el valiente él señor Raúl con Don Sidonio?

—Es que el cura fomentó la bullanga.

—Nadie declararía eso, si le llamaran a declarar.

—Ya lo creo que nadie, pero eso no pena su inocencia.

—¿La longa Manuela desque ha: estado juntita a di ver de Don Raúl? —interrumpió el vejete…

—Si—dijo el peluquero: Bien abrazada. Las caras bien unidas; besándose. La cara pálida y ensangrentada del patrón y el hermoso rostro de la india.

---¿Y ella por qué buscó los restos, por qué se abrazó al cuerpo tan fuertemente que no la separaron ni el frio ni la muerte? —preguntó el Joven.

—Ella fue la causa de todo. Por ella matan y por ella muere. Por su cuerpo mancillado asesinan y por su alma trastornada de amor, se suicida.

Callaron todos. A su pesar, la augusta solemnidad, la grandiosidad romántica de los actos recordados les conmovían. Cesaron las lenguas difamadoras de agitarse.

En la plaza, una bandada de gallinas cloqueaba desesperadamente, El gallo taladraba el aire pesado de la calina con las notas de su clarín bélico, agudo y triunfador.

La Vida presente cubría la evocación de la Muerte, superándola.

Los policías volvieron al páramo guiados por Ramón. Bajo una roca enorme, a la que se llegaba por una abrupta rampa del repliegue montañoso, se veía un agujero negro. Las rocas peladas, lisas, no mostraban ni rastro de vegetación. Frías, inertes, despedían de sí la vida con desprecio. Ni los pájaros monteses anidaban en sus grietas. Ni la paja contumaz que crece doquiera, lograba adherir sus raíces filiformes en el mineral infecundo. Nada. Desolación, pavura. La naturaleza recobraba allí su dominio latente, su imperio sin límites que el hombre acalla con el bullicio de sus ciudades, que el hombre olvida en el hervor de sus placeres arremolinados.

Disminuida la presión atmosférica, la sangre pretende saltar los vasos que la oprimen. Los pulmones funcionan como bombas captando anhelosos el escaso oxigeno del aire enrarecido.

Allá en la soledad: de la altura, en la majestad de la cima ocultaron los indios su infamia. Contaron al viento boreal su venganza, su pantanoso placer de la represalia y él les justificó en sus soplos huracanados.

Y allí, huyendo del blanco exterminador y feroz quisieron morir como los cóndores. Fugitivos pero escondidos, sin que el ojo burlón del cazador se recreara en su agonía. Vencidos pero solitarios, enterrando en la roca nativa su dolor y su vergüenza.

¿Por qué no destruir a toda los blancos que los anulaban con el trabajo, con el vició, con la inquietud del más allá, con la vida toda?

En esa cueva fría y remota expirarían. Golpeando contra el risco propio la cabeza infortunada que cuando soñó derecho bordeó el crimen. Extendiendo el cuerpo decaído en la arena heredada, en la tierra de los abuelos que, únicamente allá, en la cumbre donde la nieve reina, la paja se detiene y el viento helado arrecia, no fue hollada por los blancos, por los intrusos que lo robaron y lo trajeron todo a sangre y fuego...

Los polizontes se metieron en la guarida. A pocos metros de la entrada encontraron desfallecientes, moribundos al Gregorio y al Venancio. Les recogieron, les dieron alimento y bajaron con ellos de la altura encubridora al llano justiciero.

Enajenados por la debilidad, no era prudente que se les interrogara. Les curaron.

Dos días después, escuchando los detalles del atentado en las preguntas hábiles de los pesquisas y comprendiendo que no había objeto de negar, confesaron su crimen.

Con cinismo no desprovisto de altivez, el Gregorio dijo que él mató al patrón. Sin un temblor, sin que se le enturbiara la mirada desafiante, pormenorizó su barbarie. Reconoció que fue el principal agente, el instigador del asesinato. Veía con descaro a los curiosos que le enseñaban los puños y que aún llegaron a golpearle. Con ira a un jovencito que le aprisionó con el objetivo de su kodak barata.

El Venancio, cohibido momentáneamente; recuperó su tomes y su virilidad ante el ejemplo recio del Gregorio y corroboró las afirmaciones del viejo. No se apartó de la versión suya en lo más, mínimo.

—Matamos a los niños porque no queríamos... Porque son ladrones de todo...

La noticia del crimen de Rosaleda enfermó a Celina.

Sus gallardos paladines asesinados villanamente poblaron, sus noches de sueños espantosos.

Raúl tan noble, tan caballero le clavaba sus ojos azules desde un río de sangre en el que se hundía abandonado. Hugo tendía a ella las manos amorosas, a ella que sólo le desdeñó, a ella que hasta puso su mano en la cara del joven nobilísimo y bizarro.

Un amor tardío, amor de compasión nacía en su alma para el galán extinto. Amaría su recuerdo. Su desaparición le magnificaba con aureola sentimental. Redimido de su procacidad, de su lascivia, la joven contemplaba a Hugo exclusivamente como su defensor caballeresco, como a un leal justador que apareció en la asonada para broquelarla contra las pezuñas de la bestia multitudinaria y acéfala.

Le aterró el asesinato.

Cuando supo quiénes eran los criminales y los móviles del atentado, entonces se abrió paso en su espíritu de mujer fuerte y culta el deseo de la explicación que se busca siempre de los hechos desconocidos.

Aquellos indios canijos, aquellos siervos tímidos no podían ser criminales por la fuerza de su organización cerebral, No. Cometieron el crimen excitados por la ofensa, impelidos por una pasión poderosa y turbadora la venganza. Y ya de allí la muchacha pudo arribar fácilmente al pensar humanitario.

¿Por qué ---se dijo— ese joven, refiriéndose a Raúl, abusó de la india bella e indefensa? ¿Por qué el blanco ha de ser el eterno explotador? Esas presiones ciegas, de siglos ejercidas sobre montones de hombres, origina, a la postre, estas catástrofes repentinas.

El hacendado no penetró en el corazón de la india terca y huraña y sin embargo la dominó. Poseyó el blanco a la longa por la violencia, con la bestialidad antigua. El abismo de las razas aún no ha sido salvado con el puente de la comprensión. Faltan siglos a que esa obra se realice.

¿Por qué esos jóvenes, obedeciendo a la voz de su sensualidad, obstruyen el camino de esa raza hacia la civilización, la que traería consigo un mejoramiento colectivo? ¿Por qué toda una juventud ociosa y viciada, en vez de oprimir, no ayuda... ¿Por qué no ayuda en la ablución nacional de ignorancia, de incultura, de todos los rancios fanatismos?

Esta tierra fecunda requiere una juventud desinteresada y libre que se sacrifique para crear lo que cuatro generaciones de egoístas no crearon, lo que legiones de politiqueros rompieron, amputando la obra de la única generación noble que produjo la América: la de la Independencia.

Sólo la juventud cumplirá algún día su misión de forjar nacionalidad. Sólo ella redimirá la tarea, trunca de proyecciones, de su tara de perecedera.

Alumbrará esa aurora cuando la luz espiritual sea un tesoro de las multitudes. Por ello, la juventud debe dar a su paso por la historia un valor de futuro. Que la acción de la juventud contenga porvenir, que desborde esperanza para que la marcha no se resienta de estos choques sangrientos del bronce nativo —resignación y fuerza pasiva— y la extraña plata ibera —pulimento, luz serena, energía de avance, clara ponderación latina—, y sean un solo bloque grandioso y bello de sombra heroica que ampare y estimule sacrificios.

Los indios ---continuaba meditando Celina— no son culpables del todo. ¿En quién está la falta? ¿En el patrón que los empuja por el declive del crimen con su cinismo, o en el siervo que, cegado por emoción violentísima, asesina al profanador?

¿Es ésta sólo falta de Raúl, que no hizo sino cumplir viejas costumbres establecidas por el paso remachante de la tradición?

No... A todas luces no. Los protagonistas de esa sombría tragedia no eran los culpables.

¿Quiénes entonces?

Los de antes y los de ahora, contestaron la historia y la experiencia. Tiranías de antaño y abusos de hoy.

De nadie es la culpabilidad y la asumimos todos.

Los que ya murieron y los que vendrán, trayendo en la sangre el prejuicio opresor y despreocupado.

¿Castigo?

¿Perdón?

La muchacha, doblegada por la fatiga de pensar, inclinaba la frente hacia la mesa en la penumbra esperanzada de claridad de su lámpara de eterna aprendiz de la Ciencia y de la Vida.

Dos gruesas lágrimas descendieron sil sus mejillas pálidas.

¿Por Raúl, por Hugo, por los indios, por su vida sin sostén y sin amparo y caudalosa de ideal, empapada de renunciación?

Por cada uso y por todos.

Y ella, la hereje, la descreída, la anatematizada creyó en su alucinación que salía al camino, mientras la campana de la iglesia lloriqueaba hipocritona llamando a las devotas para las preces cuotidianas y estériles...

Creyó que erraba por las calles de Torrebaja, alargadas en mágica perspectiva y flanqueadas de casas en cuyas aceras muchos hombres, hermanos desconocidos y callados, ambulaban con la vista fija en los cantos de la senda, sin mirar allá, a la distancia, donde una gran luz amanecía.

Celina avanzó, avanzó siempre. Fatigada y herida. Con la proa del alma hacia la luz naciente. Insomne y valerosa. Otros bajeles humanos iban también hacia el fanal, portando su carga estremecida y maravillosa de ensueño divino, con velas de ideal, en desgarramiento perpetuo al chocar con las calles rectas de la gran aldea que es la humanidad. Los que iban a la luz clamaban Justicia y claridad para los del andar resignado y esclavo.

En el orto brotó un cuerpo. Del cuerpo una voz dulce de universales transparencias y milenarios ecos.

En la semi luz contigua se dibujaba una mujer de rodillas, medio desnuda y sollozante. En la sombra aullaban los chacales de la hipocresía, rabiosamente, mostrando los colmillos puntiagudos en los hocicos famélicos.

El Hombre era Jesús. La mujer, la adúltera bíblica,

El acento sereno decía:

Aquel de entre vosotros que esté libre de culpa lance la primera piedra.

Y las turbas cobardes persisten lapidando en las tinieblas, sordas a la voz de admonición del Hombre de las Parábolas, a todo aquel que trata de esclarecerlas...

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN 1927